

THESIS

IMAGINARIO Y SILENCIOS EN LA LITERATURA SOBRE TRES PARAMILITARES LÍDERES DE LAS
"AUTODEFENSAS UNIDAS DE COLOMBIA"
(LA AUTOBIOGRAFÍA DE CARLOS CASTAÑO, LA BIOGRAFÍA DE SALVATORE MANCUSO Y LA
NOVELA SOBRE RODRIGO TOVAR PUPO)

Submitted by

Camilo Alberto Jiménez Alfonso

Department of Foreign Languages and Literatures

In partial fulfillment of the requirements

For the Degree of Master of Arts

Colorado State University

Fort Collins, Colorado

Summer 2012

Master's committee:

Advisor: Francisco Leal

Maria del Mar López Cabrales

Mary Van Buren

THESIS

IMAGINARY AND SILENCES IN THE LITERATURE ABOUT THREE PARAMILITARY LEADERS OF THE

“SELF-DEFENCE FORCES OF COLOMBIA”

(THE AUTOBIOGRAPHY OF CARLOS CASTAÑO, THE BIOGRAPHY OF SALVATORE MANCUSO AND
THE NOVEL ABOUT RODRIGO TOVAR PUPO)

Submitted by

Camilo Alberto Jiménez Alfonso

Department of Foreign Languages and Literatures

In partial fulfillment of the requirements

For the Degree of Master of Arts

Colorado State University

Fort Collins, Colorado

Summer 2012

Master's committee:

Advisor: Francisco Leal

Maria del Mar López Cabrales

Mary Van Buren

RESUMEN

“IMAGINARIO Y SILENCIOS EN LA LITERATURA SOBRE TRES PARAMILITARES LÍDERES DE LAS “AUTODEFENSAS UNIDAS DE COLOMBIA””

En este trabajo analizo una autobiografía, *Mi confesión: Carlos Castaño revela sus secretos*; una biografía, *Salvatore Mancuso su vida*; y una novela, *Líbranos del bien*. Cada uno de estos libros cuenta la vida de un líder de los jefes de las Autodefensas Unidas de Colombia (AUC), una organización que coordinaba varios grupos paramilitares en Colombia. Las preguntas de esta investigación son: ¿qué imagen crean estos libros de la figura del paramilitar cuya vida narran? Y ¿qué imagen crean del fenómeno paramilitarismo en general? La afirmación central de este trabajo es que los tres libros presentan una imagen indulgente de los personajes y del paramilitarismo como fenómeno. Por una parte, los tres libros justifican de una u otra forma la existencia del fenómeno de los grupos paramilitares; por otra, todos ellos hacen énfasis en la faceta humana de los personajes y reducen sus crímenes. Dos de los libros están relacionados directamente con una discusión política que se generó en torno al proceso de desmovilización de los paramilitares de las AUC entre el 2002 y el 2006, uno de los principales puntos de la discusión era establecer si las AUC eran una organización armada criminal o una organización política, y por tanto esta tesis debe enmarcarse dentro de un contexto más amplio, el del uso de la literatura como vehículo ideológico.

ABSTRACT

“IMAGINARY AND SILENCES IN THE LITERATURE ABOUT THREE PARAMILITARY LEADERS OF THE “SELF-DEFENCE FORCES OF COLOMBIA””

In this paper I analyze three books an autobiography, *Mi confesión: Carlos Castaño revela sus secretos*; a biography, *Salvatore Mancuso su vida*; and a novel, *Libranos del bien*. Each one of them tells the life of one of the bosses of the Self-Defenses Forces of Colombia, an organization that coordinated many paramilitary groups in Colombia. The questions of this investigation are: What images do these books create about the figure of the paramilitary whose life is narrated? And what image do those books create about the paramilitary group as a phenomenon? The main claim of this work is that the three books present an indulgent image of both the character and the phenomenon. On one hand, the three books justify in one way or another the existence of the paramilitary groups; on the other hand, all of them emphasize the human aspect of the characters and reduce their crimes. Two of these books are directly related with a political discussion that was born around the demobilization process of the paramilitary groups related with the Self-Defenses Forces of Colombia between 2002 and 2006. One of the main points of this discussion was to establish if the Self-Defenses Forces of Colombia was an armed criminal organization or a political organization, and for this reason this thesis should be framed in a wider context, with the use of literature as an ideological vehicle.

TABLA DE CONTENIDOS

INTRODUCCIÓN.....	1
CAPÍTULO 1. CONTEXTO POLÍTICO EN QUE SE PUBLICAN LOS LIBROS Y EL FENÓMENO DEL PARAMILITARISMO EN COLOMBIA.....	7
El fenómeno del paramilitarismo, las AUC, y sus efectos en Colombia	9
¿Son los paramilitares criminales o líderes políticos? Lo que nos dice la literatura	11
CAPÍTULO 2. CARLOS CASTAÑO VISTO A TRAVÉS DE SU AUTOBIOGRAFÍA: EL SER HUMANO RESPONSABLE DE SUS ACCIONES Y LAS AUC COMO ACTOR POLÍTICO EN EL CONFLICTO ARMADO COLOMBIANO	17
La representación de Castaño: sincero, víctima del conflicto armado y humano.....	24
Castaño sincero y franco.....	26
La narración como elemento para despertar empatía en el lector	37
Castaño humano	42
Las AUC como organización político-militar, el DIH y el concepto de “fuerza beligerante”	44
Las AUC como fuerza beligerante: organización, territorio y Derecho Internacional Humanitario	46
Las AUC como organización político militar.....	47
Las AUC y su control territorial	53
Las AUC y el respeto del Derecho Internacional Humanitario	60
CAPÍTULO 3. LA BIOGRAFÍA DE SALVATORE MANCUSO: QUE ACTUÓ BAJO EL MARCO LEGAL COLOMBIANO Y CON LA APROBACIÓN DEL EJÉRCITO	68
Precisiones sobre el género de la biografía y elementos de análisis de una biografía	70
Salvatore Mancuso el héroe de los ganaderos de Córdoba según Glenda Martínez.....	73
Las relaciones entre Mancuso, el ejército y el Estado colombiano	87
CAPÍTULO 4. <i>LÍBRANOS DEL BIEN</i> : ¿ES EL PARAMILITARISMO UN PROYECTO DE CLASE O UN PROBLEMA DE SENTIMIENTOS?	95
Rodrigo Tovar Pupo visto desde la perspectiva sus familiares y allegados: el humano.....	99
El bien y el odio como explicación del conflicto armado colombiano.....	106
Una falsa equivalencia: La extrema derecha y la extrema izquierda actúan en nombre del bien	106

El odio como factor que explica el conflicto armado.....	112
CONCLUSIONES.....	124
BIBLIOGRAFÍA.....	131

INTRODUCCIÓN

Entre 2001 y 2008 fueron publicadas una autobiografía, una biografía, y una novela, los tres libros reconstruían la vida de tres de los jefes paramilitares más famosos de las Autodefensas Unidas de Colombia (AUC), las AUC fue una organización conformada por una parte importante de los grupos paramilitares antisubversivos del país –algunos de ellos no se unieron a esta organización–¹. El primer libro de estos fue *Mi confesión: Carlos Castaño revela sus secretos*, publicado en diciembre de 2001, un año antes de que Carlos Castaño y Salvatore Mancuso declararan el cese del fuego de las AUC. *Mi confesión* es una autobiografía, en la que Carlos Castaño le cuenta su vida y la historia de su movimiento al periodista Mauricio Aranguren. Años más tarde, en el 2004 –cuando Salvatore Mancuso se entregó a la justicia–, la periodista Glenda Martínez escribió *Salvatore Mancuso su vida*, que es una breve biografía de este jefe paramilitar. El tercer libro es la novela *Líbranos del bien*, publicada en 2008, y que salió un par de años después de haber terminado la desmovilización, en un contexto donde las investigaciones de la justicia colombiana cada vez ponían más en evidencia el carácter criminal de los paramilitares de las AUC y la forma como habían infiltrado el Estado y el gobierno. La novela de Sánchez aborda el tema del paramilitarismo en Colombia de forma directa y explícita, al reconstruir las vidas de ‘Jorge Cuarenta’ –un conocido líder paramilitar de las AUC– y Simón Trinidad –un jefe guerrillero– con base en los relatos y las descripciones de sus amigos y allegados. Las preguntas que guían esta investigación son dos: ¿Qué imágenes evocan estos

¹ A lo largo del texto utilizo la palabra “paramilitares” para referirme exclusivamente a los grupos paramilitares que se relacionaron con Carlos Castaño en su iniciativa de conformar una organización para combatir militarmente a la guerrilla. Primero Castaño intentó esto en el Magdalena Medio; después organizó las Autodefensas Campesinas de Córdoba y Urabá (ACCU) a nivel regional y después en las AUC a nivel nacional. Aclaro esto porque hay otros grupos paramilitares que no se vincularon al proyecto de Carlos Castaño.

libros de los líderes paramilitares que representan?, y según los autores de los libros ¿Qué imagen presentan del fenómeno del paramilitarismo?

Una de las razones que explican parcialmente la publicación de estos tres libros, como el éxito en ventas de uno de ellos, fue la coyuntura política en torno a la que salieron a la venta: el proceso de desmovilización de los grupos paramilitares organizados en las AUC en el 2002. El 29 de noviembre de 2002 Carlos Castaño y Salvatore Mancuso, los jefes de la dirección de las AUC – una organización que agrupaba 34 organizaciones armadas bajo un mando unificado–, les ordenaron a sus comandantes el cese del fuego. Este hecho, por una parte, fue la culminación de una decisión que venía discutiendo la dirección de las AUC. Por otra parte, fue el inicio de la negociación entre el gobierno colombiano y el sector más grande, poderoso y organizado de los ejércitos paramilitares en Colombia, el objetivo de este proceso era lograr el desarme, la desmovilización y la reinserción a la sociedad civil de las organizaciones armadas vinculadas a las AUC. Desde el inicio del proceso de desmovilización surgieron una serie de interrogantes que debían ser aclarados para juzgar y reinsertar a los integrantes de los grupos paramilitares.

El proceso desde su inicio, en 2002, hasta la desmovilización, en 2006, e incluso después ha suscitado estas dos preguntas: ¿Son las AUC una organización de paramilitares criminales que se convirtió en una organización política? o, por el contrario, ¿son las AUC una organización de paramilitares con carácter político que tiene algunos criminales infiltrados? La respuesta a esta pregunta era trascendental en su momento, porque de ella dependía la posibilidad de que los paramilitares pudieran negociar con el gobierno, así como el tipo y la severidad de las penas que la justicia les impondría. Alrededor de la discusión de estas preguntas; y a la par que los medios de comunicación cubrían todos los detalles del proceso durante los tres años, así como

los crímenes que habían cometido los paramilitares, es cuando salen publicados tres libros que cuentan las vidas de tres jefes paramilitares de las AUC, en los cuales, en términos generales, tiende a hacerse una representación indulgente de los líderes de las AUC y a explicar el surgimiento del paramilitarismo como un fenómeno político independiente, que nació con el apoyo del ejército y amparado en un marco legal ante la incapacidad del Estado para proteger a sus ciudadanos.

La afirmación central de este trabajo es la siguiente: los autores de los tres libros coinciden en que exculpan a sus personajes de sus crímenes al humanizarlos y justificarlos, pero los tres libros difieren tanto en la imagen que construyen del jefe paramilitar que describen como del fenómeno del paramilitarismo. En el plano del imaginario las representaciones van desde el personaje que toma la justicia por su cuenta y termina convirtiéndose en líder político, cuyos valores son la sinceridad y su responsabilidad, como en el caso de *Mi confesión*; pasando por el ganadero culto, temerario y líder que se convirtió en el paladín de los ganaderos víctimas de la guerrilla, el caso de, *Salvatore Mancuso su vida*; hasta el ser humano alegre y trabajador que se convierte en victimario por la presión que el medio ejerce sobre él y por factores propios de la cultura local.

Desde el punto de vista la imagen que construyen del fenómeno paramilitar, el libro *Mi confesión*, publicado un año antes de la desmovilización, tiene como propósito ambientar la tesis de que la organización paramilitar de las AUC es una organización armada con carácter político, con lo cual los paramilitares tendrían acceso a una serie de derechos legales, entre otros, el derecho a negociar con el gobierno y el indulto de los crímenes cometidos. El libro sobre Mancuso, publicado cuando ya estaba marchando el proceso de desmovilización, apunta

a mostrar la institucionalidad del fenómeno paramilitar en Colombia, es decir, muestra cómo el paramilitarismo se desarrolló con el apoyo directo del ejército colombiano y hace énfasis en las normas legales que permitieron su desarrollo, al mismo tiempo que trata de establecer una diferencia entre los distintos grupos paramilitares –unos son criminales y otros no lo son–.

Finalmente, la novela *Líbranos del bien* ofrece una perspectiva más compleja del ambiente y las causas sociales que devienen en la formación de la guerrilla y los paramilitares, sin embargo en la novela el autor, por una parte, equipara a los paramilitares y a los guerrilleros al afirmar que ambos actúan bajo el precepto de estar haciendo el bien y de recurrir a la violencia para imponer sus ideales; por otra, el autor le atribuye un valor excesivo al odio como factor que explica el conflicto armado colombiano.

La crítica literaria colombiana poco se ha ocupado de estos libros. Más allá de artículos de opinión publicados en los diarios colombianos y extranjeros, y de reseñas cortas que aparecen en revistas académicas y culturales –algunas de estas las citaré en los capítulos que corresponden a cada uno de los libros–, es difícil encontrar artículos o tesis de grado que analicen estos libros en profundidad, y en algunos casos no existen, por ejemplo, no encontré reseñas sobre el libro *Salvatore Mancuso su vida*. Además, en las bases de datos como la MLA no se encuentran artículos sobre estos tres libros. A pesar de que el tema del paramilitarismo está vigente –los paramilitares aún existen en Colombia– y pese al éxito comercial que han tenido algunos de estos libros y de que han sido publicados por editoriales importantes como Alfaguara, Norma u Oveja Negra. En este trabajo me propongo analizar el imaginario paramilitar que construyen estos libros desde sus distintos géneros, así como el imaginario que estos libros ofrecen del fenómeno del paramilitarismo. Y por imaginario me refiero a la capacidad de hablar

sobre algo inventado, que no tiene necesariamente relación con la realidad, tal como lo sugiere el filósofo griego Cornelius Castoriadis (127), es decir, de la imagen inventada o creada por estos libros sobre el paramilitar y el fenómeno del paramilitarismo.

Ambas imágenes, desde luego, están relacionadas de alguna forma con una discusión política que se generó en torno al proceso de desmovilización de los paramilitares de las AUC y por tanto esta tesis debe enmarcarse dentro de un contexto más amplio, el del uso de la literatura como vehículo ideológico. Y por ideología me refiero al concepto de Raymond Williams, quien ve en la ideología un sistema relativamente formal y articulado de significados, valores y creencias que pueden ser abstraídos como “una forma de ver el mundo” (Williams 109). Todos estos valores y creencias están relacionados con el contexto en el que se publican los libros.

Mi trabajo de grado parte de la premisa de que los múltiples sentidos de la obra están determinados por las circunstancias en las que esta se produce. Sobre este punto, Macherey, hablando de la multiplicidad de sentidos que puede tener una obra literaria, afirma que: “the work is not created by an intention (objective or subjective); it is produced under determine conditions.” (Macherey 78). En este sentido, para esclarecer los múltiples sentidos posibles de un trabajo es preciso examinar las condiciones bajo las cuales fue producido, y por esta razón en el primer capítulo de mi tesis reconstruyo los antecedentes históricos del paramilitarismo, así como el contexto en el que fueron publicados estos libros.

Finalmente la ideología, de acuerdo con Macherey, también se expresa a través de lo que se omite en el texto. En este sentido los silencios también hablan en los textos, puesto que

la ideología existe a raíz de que hay cosas que no se deben mencionar (Macherey 132). Por ello, esta investigación apunta a estudiar las imágenes que evocan estos tres libros de los paramilitares que describen, la perspectiva que ofrecen del fenómeno paramilitar, y los silencios que hay en ellos. Dicho esto, comenzaré por esbozar un contexto histórico que muestre la historia del paramilitarismo en Colombia pero, especialmente, sobre las circunstancias en las que fueron publicados estos libros, las cuales están directamente relacionadas con el proceso de desmovilización y con las dos discusiones que se generaron a su alrededor: cuál era el marco jurídico apropiado para negociar la desmovilización de los paramilitares y si estos deberían ser juzgados como criminales comunes y corrientes o no, pero para entrar en esta discusión –sobre el carácter de los paramilitares– conviene hacerse una idea sobre sus orígenes y sobre su efecto en la sociedad colombiana, ambos puntos se desarrollarán en el siguiente capítulo.

CAPÍTULO 1. CONTEXTO POLÍTICO EN QUE SE PUBLICAN LOS LIBROS Y EL FENÓMENO DEL PARAMILITARISMO EN COLOMBIA

La publicación de los tres libros que analizo se dio entre el 2001 y el 2008, este periodo que corresponde con el final del gobierno del presidente Andrés Pastrana (1998-2002) y con el inicio y posterior desarrollo del gobierno del presidente Álvaro Uribe (2002-2010). Pastrana había llegado a la presidencia con la promesa de adelantar un proceso de paz exitoso con las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia (FARC). En un acto audaz, durante su campaña presidencial, Pastrana se había reunido con el jefe máximo de las FARC con el propósito de acordar las condiciones necesarias para iniciar los diálogos con esta organización guerrillera. Una de las condiciones que exigieron las FARC fue el despeje de la zona de San Vicente del Caguán.

Durante los cuatro años de su gobierno, Pastrana retiró al ejército y la policía de esta zona conformada por cuatro municipios de Colombia –unos 42.000 kilómetros cuadrados– con el propósito de adelantar diálogos de paz con las FARC. Durante los cuatro años del gobierno de Pastrana las FARC no sólo incrementaron el número de acciones militares en todo el país, sino que usaron estos municipios como refugio, como base de operaciones militares y como un lugar para esconder a los secuestrados que mantenían en su poder. Como si esto no fuera suficiente, los diálogos de paz no llegaron a ningún lado, y en 2002 Andrés Pastrana acabó con la zona de despeje y le ordenó al ejército retomar la zona. Todo este proceso creó una sensación de desconcierto entre la sociedad colombiana, la guerrilla parecía estar más agresiva y fuerte que nunca y los diálogos de paz habían fracasado. Estos factores, por un lado, llevaron a la elección de un presidente que prometía combatir militarmente a las FARC y hacer acuerdos de paz todas

las facciones involucradas en el conflicto armado colombiano, es decir, tanto con los paramilitares como con la guerrilla y ese fue Álvaro Uribe. Por otro lado, hicieron que los paramilitares tuvieran simpatizantes, pues durante los cuatro años de Pastrana enfrentaron a la guerrilla recurriendo a métodos de la guerra irregular y del terrorismo, como el asesinato selectivo.

Uribe fue elegido presidente en 2002 y durante su gobierno, por una parte, puso en marcha la política de “Seguridad democrática”, que básicamente era una ofensiva militar para acabar con las guerrillas colombianas, pero en especial con las FARC. Por otra parte, en 2002 su gobierno inició un proceso de diálogos de paz con líderes paramilitares de las AUC; como resultado de esta fase exploratoria, el gobierno y las AUC firmaron un acuerdo en Santa Fé de Ralito en junio de 2003, en este acuerdo las AUC se comprometían a desmovilizarse y a reintegrarse a la sociedad civil. Sin embargo tanto el historial criminal de los paramilitares de las AUC como la falta de un marco jurídico adecuado para llevar a cabo el proceso de desmovilización dilataron la reinserción de los paramilitares hasta el 2006. Para el momento de los acuerdos de paz y la posterior desmovilización, algunos de los grupos paramilitares ya llevaban más de 20 años operando y habían cometido muchos crímenes graves, como el asesinato, la extorsión y la intimidación (en la siguiente sección mencionaré algunos datos sobre los crímenes cometidos por los paramilitares). Además había varios jefes paramilitares relacionados directamente con el narcotráfico. Los paramilitares agrupados bajo las AUC querían que el gobierno les diera el trato de “criminales políticos”, sin embargo, tanto los delitos que habían cometido como sus nexos con el narcotráfico dificultaban que pudieran ser tratados

como tales, y esto quedan más claro cuando se revisa la historia de cómo se iniciaron los grupos paramilitares y cómo algunos de ellos terminaron organizándose en y constituyendo las AUC.

El fenómeno del paramilitarismo, las AUC, y sus efectos en Colombia

El actual conflicto armado en Colombia comenzó a mediados de los años 60 con la creación de varios grupos guerrilleros. La lucha se agudizó en los años 80, cuando diversos sectores tanto de la sociedad civil –ganaderos y comerciantes– como del crimen –narcotraficantes– decidieron crear grupos armados con el propósito de combatir militarmente a la guerrilla, a estos grupos se les conoció como ‘paramilitares’, es decir grupos armados que actuaban de manera paralela a las Fuerzas Armadas de Colombia; estos grupos, desde el punto de vista ideológico y militar, son antagonistas de la guerrilla.

Los paramilitares surgieron entre finales de la década de 1970 y los comienzos de la década de 1980, y tienen una ideología que oscila entre valores conservadores –como defender el orden– y la extrema derecha, por extrema derecha me refiero a una ideología antisubversiva, que apelan a la fuerza para imponer su ideología, y que defienden ideas como “la patria” o el Estado, todas estas ideas son frecuentes en el discurso de Castaño. Las personas que los financiaban eran, en general, gente de las clases media alta y alta que habían sido víctimas de la extorsión de la guerrilla. Inicialmente, estos grupos surgieron como organizaciones independientes que controlaban territorios relativamente pequeños y específicos, el caso del municipio de Puerto Boyacá, ubicado en el norte del departamento de Boyacá. De manera que, desde el principio del paramilitarismo, ha habido una mezcla entre sectores relacionados con el narcotráfico y ganaderos y comerciantes que se consideraban víctimas de la guerrilla.

Con el tiempo, el número de ejércitos paramilitares aumentó y terminó organizándose, primero en una estructura regional en los departamentos del norte del país, bajo el nombre de Autodefensas Campesinas de Córdoba y Urabá (ACCU) en 1994; y después fundaron una organización nacional conformada por varias federaciones regionales de organizaciones armadas que se agruparon bajo el nombre de AUC (1997). Las AUC se presentaron ante el país como una organización nacional, con un mando unificado, y con una agenda política que incluía acciones programáticas, con lo cual exigían que se les reconociera como actores políticos en el conflicto armado colombiano. Carlos Castaño, Salvatore Mancuso y Rodrigo Tovar Pupo – conocido como Jorge Cuarenta– fueron tres de los principales líderes paramilitares que promovieron la fundación de las AUC.

A partir del surgimiento de los paramilitares y, en especial desde de la creación de las ACCU, el conflicto armado colombiano cobró una intensidad sin precedentes en la historia del país. Las cifras de los crímenes confesados por los desmovilizados de las AUC así lo demuestran, la Unidad de Justicia y Paz de la Fiscalía (2012) reportó que a junio de 2011 los desmovilizados habían confesado ser los responsables de 16.287 homicidios, 2.546 desapariciones forzadas, 7.493 extorsiones y 1.000 desplazados.

Estas cifras son altas, pero sólo reflejan los delitos confesados por los paramilitares. Al mirar el conflicto armado en general, las víctimas aumentan de forma considerable. La misma Unidad de Justicia y Paz de la Fiscalía afirma que, como resultado del conflicto armado colombiano, hasta julio de 2010 ha documentado 177.972 homicidios, 36.011 desapariciones forzadas, y 81.734 desplazados. Otras entidades van mucho más allá, la organización no gubernamental Consultoría para los Derechos Humanos y el Desplazamiento (CODHES) dedicada

al estudio de la situación de los derechos humanos en Colombia y la cual estudia fenómeno de las personas que han sido desplazadas por el conflicto armado, dice que, en 2010, había en Colombia más de tres millones de personas desplazadas por la violencia (“Número de desplazados por año”). Personas como Carlos Castaño, Salvatore Mancuso o ‘Jorge 40’ son algunos de los dos principales protagonistas de la guerra que ha dejado estas cifras como saldo. La cantidad de crímenes cometidos por los paramilitares y el deseo de los comandantes de las AUC de desmovilizarse generó una controversia en torno a cómo podía organizarse un proceso que culminara en la reinserción de los miembros de las AUC a la sociedad civil.

¿Son los paramilitares criminales o líderes políticos? Lo que nos dice la literatura

El proceso de desarme, desmovilización y reinserción de las AUC se encontró con dos obstáculos: el primero era cómo juzgar a los paramilitares, el segundo era el marco jurídico colombiano para los procesos de paz. El primero tenía que ver con definir si los victimarios debían ser juzgados como criminales comunes y corrientes o si las instituciones estatales debían tener algunas consideraciones legales especiales que atenuaran sus penas. El segundo problema estaba relacionado con que la legislación colombiana sólo le permitía negociar al gobierno con grupos armados que fueran reconocidos como actores “políticos”. En cierta forma ambos puntos estaban relacionados, si el gobierno aceptaba que los paramilitares eran actores políticos, estos podrían entrar a negociar con el gobierno y las penas por los delitos cometidos podrían reducirse considerablemente, a tal punto que buena parte de ellos podrían ser indultados. Sin embargo, la indignación social contra los crímenes de los paramilitares era grande no sólo por el número de víctimas, sino también por el uso de la fuerza para enriquecerse.

Los jefes de los paramilitares no sólo habían ordenado el asesinato de miles de personas, sino que algunos de ellos habían aumentado su patrimonio aprovechándose del conflicto armado. Por ejemplo, Salvatore Mancuso era hijo de un comerciante adinerado de Córdoba, sin embargo su fortuna aumentó a raíz de su vinculación con los grupos paramilitares, la revista *Cambio* (“¿Quiénes aparecen en la caleta de Mancuso?”) informó que en el 2008 la Fiscalía le incautó a Salvatore Mancuso bienes valuados en unos 25 millones de dólares. Según esta publicación, Mancuso no fue el único líder paramilitar que vio crecer su fortuna con la guerra, la Unidad de Extinción de la Fiscalía reportó que los bienes confiscados a otros 7 jefes de los paramilitares oscilaban entre 1 millón y 20 millones de dólares. Los jefes de los ejércitos paramilitares también se adueñaron de grandes extensiones de tierra, por ejemplo, un documento producido por el observatorio Verdad Abierta señala que, entre 1997 y 2006, ‘Jorge Cuarenta’ echó de sus tierras a 253 familias campesinas y se apropió de 17.000 hectáreas de tierra (Equipo de Verdad Abierta 2009).

A los crímenes cometidos por los paramilitares, el asesinato y el abuso de la fuerza para enriquecerse, hay que añadirle que algunos de los jefes paramilitares eran narcotraficantes o estaban relacionados con el narcotráfico. Al principio algunos narcotraficantes desempeñaron un importante papel en la formación de algunos de los ejércitos paramilitares, por ejemplo, según Carlos Castaño, Gonzalo Rodríguez Gacha –uno de los más grandes narcotraficantes colombianos de los años 80– fue uno de los primeros en financiar y organizar grupos paramilitares en la región colombiana del Magdalena Medio. Sin embargo, con el paso del tiempo, la importancia de los narcotraficantes en los grupos paramilitares fue creciendo, en buena medida porque los paramilitares dependían de los narcotraficantes para poder financiar

su guerra contra la guerrilla. La relación entre paramilitarismo y narcotráfico llegó a tal punto que el Departamento de Estado norteamericano pidió en extradición a Salvatore Mancuso en 2002 y, después, en 2008, 14 de los jefes de los paramilitares que se desmovilizaron fueron extraditados a este país bajo cargos de narcotráfico.

Dado que la justicia nacional e internacional les imputaba a los jefes paramilitares múltiples crímenes de diversa índole se generó un debate alrededor de cómo debían ser juzgados los paramilitares al iniciar el proceso de desmovilización. El debate se desarrolló en torno a los intereses de los paramilitares, en un extremo; y a los de las víctimas de estos grupos, en el otro extremo. De un lado estaban los paramilitares que querían confesar sus delitos y legalizar sus fortunas, al mismo tiempo que deseaban minimizar las consecuencias penales de sus crímenes. En el otro polo estaban las víctimas de los paramilitares que demandaban tres puntos: saber la verdad de lo que había sucedido, es decir, que los paramilitares confesaran sus delitos; que se hiciera justicia, esto es, que los paramilitares fueran juzgados y condenados; y, finalmente, que el gobierno o los paramilitares indemnizaran a las víctimas de los crímenes cometidos por los paramilitares.

El segundo problema del proceso de desmovilización estaba relacionado con el marco jurídico para llevar a cabo la desmovilización de las AUC. Había dos caminos legales para iniciar el diálogo con los paramilitares uno constitucional y el otro legislativo, el primero era bastante impopular entre los políticos y el segundo era inviable por el carácter de las AUC. Tanto la Constitución nacional de 1991 como la ley 418 de 1997 establecían que el gobierno colombiano sólo podía negociar con grupos armados que tuvieran el carácter de “actores políticos”. La Constitución exigía que las dos terceras partes de ambas cámaras votaran a favor de conferirle

el estatus de “político” a una organización armada, para que los delitos cometidos por una organización armada fuesen considerados como políticos. Este camino era impopular entre los políticos, puesto que ninguno quería que lo relacionaran con los paramilitares, aun cuando años más tarde se comprobó los nexos que los paramilitares tenían con varios senadores y gobernadores.

La otra vía era la legal, y básicamente exigía que las características de la organización armada se ajustaran a la Ley 418 de 1997, que había sido escrita pensando en grupos guerrilleros. Por ejemplo el artículo 50 de la ley 418 de 1997 dice que dice que podrá concedérsele el indulto a grupos armados que hayan cometido delitos como rebelión, sedición, asonada, conspiración o delitos los conexos. Pero todos estos delitos eran delitos que un grupo armado cometía contra del Estado, sin embargo los paramilitares de las AUC en ningún momento habían atentado contra el Estado, pues no era su enemigo, así que sus crímenes no podían ser considerados como delitos políticos.²

Para el momento de la desmovilización de las AUC, el estado colombiano ya había llevado a cabo procesos de paz exitosos con varios grupos guerrilleros alzados en armas –el Movimiento 19 de Abril (M-19), el Quintín Lame y el Ejército Popular de Liberación (EPL)– , a estos grupos el gobierno les había reconocido el ser actores políticos en el conflicto armado colombiano y, gracias a esta catalogación, el gobierno había indultado a sus militantes y en

² El artículo 50 de la Ley 418 de 1997 dice: “El Gobierno Nacional podrá conceder, en cada caso particular, el beneficio de indulto a los nacionales que hubieren sido condenados mediante sentencia ejecutoriada, por hechos constitutivos de los delitos políticos de rebelión, sedición, asonada, conspiración y los conexos con éstos, cuando a su criterio, la Organización Armada al margen de la ley a la que se le reconozca el carácter político, del cual forme parte el solicitante, haya demostrado su voluntad de reincorporarse a la vida civil.”

algunos casos, como el del M-19, les había brindado apoyo económico a los desmovilizados de estas organizaciones guerrilleras.

Además de poder negociar con el gobierno y de recibir incentivos económicos, de ser reconocidos como actores políticos, los paramilitares tendrían una ventaja adicional: podrían convertirse en partido político, con lo cual entrarían a disputar el control del poder político en Colombia. Hasta el momento de la desmovilización, los paramilitares apoyaban y patrocinaban campañas de políticos locales en las regiones donde operaban, tal como lo demostró años más tarde el escándalo de la financiación de campañas electorales con dinero de estos grupos.³ Sin embargo, los paramilitares querían controlar directamente el poder político, y no a través de intermediarios, para lo cual necesitaban organizar un partido político legal e independiente que les permitiera hacer elegir a sus propios candidatos para los puestos de elección popular.

Por todas estas razones, el punto de que el estado le reconociera a las AUC el estatus de actor político en el conflicto armado a los paramilitares era crucial para ellos: primero porque sin él no podían negociar con el estado, segundo porque si les concedían el estatus político estaban bastante cerca de que el gobierno les indultara los crímenes –como el que querían los jefes de las AUC–, y tercero porque ellos ya tenían un control indirecto de la política en las regiones donde operaban, pero querían uno directo.

³ Para hacerse una idea de la influencia de los grupos paramilitares en la sociedad colombiana, puede usarse como referencia el artículo Elisabeth Ungar y Juan Felipe Cadrona. En la introducción de su artículo estos autores afirman que entre 1999 y 2003 los grupos paramilitares influyeron considerablemente en la escena política de 12 de los 32 departamentos de Colombia, los aliados y simpatizantes de los paramilitares –en muchos casos financiados por los grupos paramilitares– obtuvieron curules en el Congreso y en otras corporaciones públicas, además influyeron en las elecciones presidenciales y capturaron el poder político en varias partes del país (Ungar y Cadrona 274).

A grandes rasgos, este es contexto en el que se publican los dos primeros libros: la discusión del carácter del fenómeno de las AUC –si eran criminales o no o si se juzgarían o no– y en la discusión del marco legal para poder adelantar el proceso de paz. Esto cambió en 2005 con la aprobación de la Ley de ‘Justicia y Paz’ por parte del congreso colombiano, esta ley le dio el respaldo legal al gobierno para negociar con los paramilitares y era bastante favorable para los paramilitares, por ejemplo, fijó la pena máxima para ellos en ocho años de prisión. Sin embargo, recién expedida la ley surgió otro problema, y es que cada vez era más evidente el carácter criminal de los paramilitares y la forma como estos habían financiado las campañas políticas de congresistas y gobernadores que habían salido elegidos, de manera que ellos infiltraron el Estado y la economía colombiana.

En el caso del libro de *Mi confesión*, por ejemplo, al ser publicado en diciembre de 2001, abona el terreno para que la sociedad y el gobierno colombiano acepten a las AUC como actores políticos en el proceso de desmovilización que se llevará a cabo un año más tarde. El libro de *Mi confesión*, al contar la vida de Carlos Castaño, refuerza el discurso oficial de las AUC –la forma como ven su propia organización–, en el sentido de que el libro presenta la idea de que las AUC son una organización con carácter político – militar. Pero antes de hacer esto Castaño debía ganarse la empatía del público lector, dado que Castaño era consciente de que se enfrentaría a un auditorio escéptico, para lograr esto tanto Mauricio Aranguren como Carlos Castaño intentan humanizar al personaje de Carlos Castaño mediante la organización retórica del texto, la cual está orientada a crear una empatía por el caso de Castaño a la vez que ellos crean la imagen de un Carlos Castaño que es responsable de sus acciones.

CAPÍTULO 2. CARLOS CASTAÑO VISTO A TRAVÉS DE SU AUTOBIOGRAFÍA: EL SER HUMANO RESPONSABLE DE SUS ACCIONES Y LAS AUC COMO ACTOR POLÍTICO EN EL CONFLICTO ARMADO COLOMBIANO

“Why Castaño has chosen to unburden himself in such an incriminating way is a question no one has been able to answer. Officials at the U.S. Embassy here have been poring over the book, looking for motive and meaning, since it appeared on store shelves in December.” (Scott Wilson, *The Washington Post*, 02/09/02, C 01)

“Castaño’s book is thus, among other, things, an ambitious attempt to fend off extradition by portraying himself as a politically motivated, morally concerned, patriotic freedom fighter who can also expound thoughtfully on realities of the anti-insurgency struggle in Colombia” (Alma Gillermoprieto, *The New York Review of Books*, 10/10/2002/ 24)

Dentro de la literatura colombiana, el libro de *Mi confesión* es interesante primero porque fue un éxito en ventas y segundo porque inicia un subgénero dentro de la literatura de no ficción, en el cual un paramilitar le cuenta su historia de vida a un periodista. Antes de *Mi confesión* habían sido publicados artículos y entrevistas con paramilitares incluidos en libros periodísticos, por ejemplo, en 1996 el periodista colombiano German Cástro Caycedo publicó *En secreto*, un libro donde él entrevista a varios líderes de los diferentes sectores involucrados en el conflicto armado colombiano, y en su libro incluyó una entrevista que le hizo a Carlos Castaño,

está entrevista puede ser considerada como el embrión de lo que se convertirá en el libro de *Mi confesión*, pues en ella ya aparece alguna información autobiográfica de Castaño así como la idea de utilizar varios testimonios para hablar del fenómeno paramilitar.⁴ Pero hasta aquí lo que se había publicado eran entrevistas y crónicas, es a partir de la coyuntura de la desmovilización, y de la publicación del libro de *Mi confesión* así como de su éxito en ventas que empiezan a aparecer varios libros en los que los paramilitares cuentan su versión de los hechos o sus historias.⁵

Mi confesión fue uno de los libros más vendidos en 2001, y la editorial que lo publicó hizo varias ediciones en 2002. El libro circuló tanto dentro del país como por fuera de Colombia, la editorial española Sepha, por ejemplo, lo reeditó en 2006. El éxito en ventas del libro se debe a dos factores: el personaje y a lo que él declara en el libro. Carlos Castaño, el personaje central del libro, era el principal hombre público de las AUC para ese entonces y ya había concedido entrevistas en los principales canales de televisión en horarios estelares. El otro factor que explica el éxito en ventas, es la curiosidad de la sociedad colombiana por conocer más acerca de los paramilitares, y por la información que revela Carlos Castaño en el libro, la cual abarca desde las relaciones entre los grupos guerrilleros y el narcotráfico hasta decenas de homicidios que él ordenó, incluyendo el de varias figuras políticas como un excandidato presidencial y varios políticos. Pese al éxito comercial del libro, la crítica literaria le ha prestado poca atención a este texto. Además de los comentarios y de las reseñas sobre el libro que aparecieron en periódicos

⁴ En 2000 Patricia Lara publicó su libro titulado *Mujeres en la guerra*, en el que entrevista a varias mujeres que han sido víctimas del conflicto armado o que han estado involucradas en él, y en su libro está el relato de una mujer que llegó a comandar un grupo de paramilitares.

⁵ A partir de la publicación de *Mi confesión* han sido publicados al menos otros dos libros similares al de Castaño en el sentido que un paramilitar le cuenta su vida a un periodista: *Confesiones de un paraco*, el diario íntimo de un comandante paramilitar, en 2007; y *No divulgar hasta que los implicados estén muertos: las guerras de "Doblezero"*, en 2009.

como *The Washington Post* y *The New York Review of Books*, de donde provienen los epígrafes que abren este capítulo, poco se ha escrito sobre este libro.⁶

En el primer epígrafe, el periodista Scott Wilson se pregunta ¿qué razones llevaron a Castaño a auto inculparse de esta manera? Y la periodista Alma Gulliermo Prieto, en su reseña para *The New York Review of Books*, pareciera contestarle cuando afirma que, con este libro, entre otras cosas, Castaño buscaba eludir la extradición y dictar los términos en los que la historia colombiana lo recordaría. En su libro, Carlos Castaño se autorretrata como una persona que sostuvo una lucha basada en razones políticas, como un ser que tuvo una conducta moral, y como una persona que fue un patriota y un luchador por la libertad. En este trabajo ofreceré una interpretación alternativa de este libro, en cuanto creo que la representación que crean el periodista y Castaño de este personaje es la de un ser humano sincero y responsable de sus acciones; mientras que en el plano ideológico, el objetivo del libro no solamente es exculpar a Castaño de sus crímenes mediante una justificación, sino sobre todo la de reivindicar el carácter político de su movimiento, es decir, de las AUC.

La afirmación central de esta parte de mi trabajo es que la autobiografía de Carlos Castaño ambienta una tesis que resultaba central para su organización ante una eventual negociación con el gobierno de una desmovilización, y es la idea de que las AUC son un actor político del conflicto armado colombiano. Este punto era importante para que las AUC pudieran acogerse a las facilidades que la Constitución y la ley colombiana le concedían a los grupos

⁶ Hasta el momento el único libro de crítica publicado es *El resentimiento en el paramilitarismo. Análisis del discurso de Carlos Castaño Gil* de Angela Milena Salas García, publicado en 2008 por la Universidad del Rosario. Aun cuando no he podido leer el libro, la contraportada del libro afirma que analiza el libro de *Mi confesión* desde una perspectiva filosófica, en la cual se analiza el resentimiento como justificación ética y moral de los paramilitares. También está la reseña de Herminia González, publicada en la *Revista Iberoamericana de Antropología*, que elogia el trabajo de Aranguren.

armados cuyos delitos fuesen catalogados como “delitos políticos”, uno de estos beneficios, por ejemplo, era el indulto. Sin embargo, para poder argumentar este punto, Castaño debía ganarse primero la atención y la confianza de un lector que, ante las atrocidades cometidas por los paramilitares vinculados con las AUC, recibiría la versión de Castaño con recelo. Tanto el personaje como el periodista humanizan a Castaño para despertar una empatía hacia Castaño, pero antes de analizar el contenido del libro quisiera hacer una breve descripción del libro y de sus características genéricas.

Mauricio Aranguren cierra el primer capítulo de *Mi confesión* de esta forma: “Me encontraba con uno de los hombres más buscados de Colombia [dice Mauricio Aranguren], a quien había convencido de escribir un libro sobre su vida” (Aranguren 43). Tal como lo sugieren estas palabras Aranguren convenció a Castaño de contar su historia de vida, y en ese sentido el libro *Mi confesión* es una autobiografía. El libro fue el resultado de una extensa entrevista que Carlos Castaño y otras personas cercanas a él le concedieron al periodista Mauricio Aranguren durante varios días y en diversos encuentros –la mayor parte del libro está narrada en la estructura de pregunta respuesta–; el periodista, además, tuvo la oportunidad de complementar su material mediante el intercambio de correos electrónicos con Carlos Castaño.

Mi confesión es una autobiografía escrita en la forma de “collaborative life writing”, término que Sidonie Smith y Julia Watson utilizan para denominar la producción de un texto autobiográfico narrado en la forma “as-told-so”, en la cual un entrevistado le cuenta a un entrevistador la historia de su vida (Smith y Watson 265). Este tipo de texto, afirman las autoras, es el producto de una negociación entre el entrevistado, el periodista y el editor. Y en este sentido el libro de Castaño no es la excepción pues, de acuerdo al director de la editorial que

publicó el libro, Carlos Castaño revisó y aprobó el manuscrito antes de ser publicado, según dice el periodista del artículo publicado en semana titulado “‘Yo maté a Carlos Pizarro’: Carlos Castaño”.

El tema principal del libro es la vida de Castaño, sin embargo, a lo largo del libro el periodista aborda varios asuntos relacionados con su vida: la historia de la organización paramilitar que crearon Carlos Castaño y su hermano Fidel, desde los inicios hasta la conformación de las AUC; la lucha de Castaño por aislar su organización militar de la influencia de los traficantes de droga; describe las relaciones entre Castaño y los narcotraficantes colombianos más poderosos de los años 90; y finalmente Castaño narra las negociaciones entre altos funcionarios del gobierno y los paramilitares, para terminar con su versión de las negociaciones de desmovilización que estaba adelantando con el gobierno de Andrés Pastrana – presidente de Colombia en ese momento– sobre un eventual proceso de paz que involucrara a los paramilitares de las AUC, a la guerrilla y al gobierno.

El periodista cuenta la vida de Castaño intercalando todos estos temas e incluye diversos testimonios a lo largo del relato. Los títulos de los cinco primeros capítulos ilustran la forma como Aranguren narra la vida de Castaño: “La exhumación”, “Pizarro tenía que morir”, “El secuestro de mi padre”, “Mi infancia”, “Historia de la autodefensa”. Estos títulos reflejan la estructura narrativa del libro, la cual se asemeja a una trenza, es decir, los temas mencionados en el párrafo anterior están entrelazados y se cruzan alternativamente en forma de capítulos. El periodista comienza con la narración de la historia de vida de Castaño, relata la exhumación de Fidel Castaño –el hermano de Carlos Castaño–, la forma como murió y la manera como Carlos Castaño lo reemplazó como jefe del grupo paramilitar que comandaba; después describe las

relaciones entre el grupo paramilitar que comandaban los dos hermanos Castaño y el narcotráfico, específicamente la relación entre el narcotráfico, los paramilitares y el asesinato de Carlos Pizarro, un reconocido líder político colombiano; y a continuación vuelve a narrar la historia de vida de Carlos Castaño, el secuestro de su padre y su infancia; el quinto capítulo cambia nuevamente de tema, en él Castaño y Ernesto Báez empiezan a narrar para pasar a la historia de los paramilitares que terminaron organizándose en las AUC. Esta estructura narrativa de trenza se mantiene a lo largo de todo el libro, y está dispuesta de esta manera para ganarse la empatía del lector primero, de tal forma que después pueda argumentar la idea de que las AUC son una organización político-militar ante un lector menos prevenido.

Por otra parte, en el libro el periodista entrevista a varias personas. A lo largo del libro es posible leer las respuestas de Carlos Castaño, y también lo que dicen algunos comandantes e ideólogos del paramilitarismo sobre Castaño y sobre las AUC, además intervienen las de personas allegadas a Castaño, como su futura esposa o su mamá. Sin embargo, es la voz de Castaño la que predomina a lo largo del libro no sólo porque es el que más interviene durante la narración, sino también porque es la principal fuente de información de lo que se afirma en el libro.

Como se verá a lo largo de este trabajo, la inserción de diferentes testimonios a lo largo del relato cumple diversas finalidades: unas veces crea la sensación de que Castaño está hablando a nombre de una colectividad; otras veces, sirve para crear la sensación de objetividad sobre un tema, similar al efecto que producen las versiones de dos testigos que coinciden en su narración de los hechos; y otras veces las personas aparecen utilizadas como argumento de autoridad, por ejemplo, para hablar de su lucha contra el narcotraficante Pablo Escobar,

Castaño y el periodista incluyen la voz de una de las principales personas que lo acompañó en esa lucha 'Don Berna'. El libro también incluye varios paratextos, que cumplen una función similar a las de las otras personas que intervienen, las fotografías unas veces sirven como prueba de las afirmaciones de Castaño, otras veces refuerzan algunas ideas implícitas en el texto que hacen parte de la imagen que el texto crea de Castaño como su cordialidad y su humanidad.

Tanto la forma como el contenido del libro tienen un propósito: Conferirle la categoría de actor político en el conflicto armado colombiano al grupo que representa Carlos Castaño, es decir, a las AUC. Para lograr este objetivo, primero era preciso darle validez al testimonio de Carlos Castaño y segundo dar argumentos para que las AUC fueran consideradas como actores políticos, es decir, que éstas fueran catalogadas como un grupo armado cuyas motivaciones tienen un fundamento político, de tal manera que pudieran entrar a negociar la paz con el gobierno y acogerse a los beneficios que otorga la ley para los delitos cometidos por criminales políticos, como el indulto.

La idea de validar la versión de Castaño es importante, Sidonie Smith y Julia Watson afirman que, si una autobiografía como *Mi confesión*, basada en la experiencia, quiere ser reconocida como válida, es preciso tener en cuenta dos factores: la autoridad del personaje sobre los temas de los que habla en su autobiografía y la confianza que despierta en el lector su versión de los hechos. Castaño satisfacía a cabalidad el primer requisito, pero el segundo era más problemático (Smith y Watson 34).

En el momento de la escritura y posterior publicación del libro, Castaño era el jefe de las AUC y el vocero público de esta organización. Esta doble condición le confería autoridad para

hablar sobre su vida y sobre la historia de la organización paramilitar de las AUC; pero su versión de los hechos tendría como receptor a un lector escéptico, dado que, para ese momento, la prensa colombiana ya había cubierto algunas de las masacres y los crímenes cometidas por los grupos paramilitares bajo el mando de las AUC, y ya se sospechaba de los vínculos de algunos de los jefes de las AUC y los narcotraficantes. De manera que, primero, era preciso ganarse la empatía de un lector desconfiaría de la versión que Carlos Castaño daría de los hechos que iba a contar.

La representación de Castaño: sincero, víctima del conflicto armado y humano

Dado que el propósito de este libro es persuadir al lector, esta biografía tiene algunas similitudes con la estructura que la retórica clásica le atribuye a los discursos. Todo autor de un discurso debe empezar con un exordio, en el cual el orador busca hacer que el auditorio sea benévolo tanto con el emisor del discurso, en este caso Carlos Castaño, como con su argumento. En su autobiografía, Castaño primero se gana la atención del lector creando la imagen de que él es un hombre sincero y que responde por sus actos.

Considérese, por ejemplo, estas tres citas procedentes de diversas partes del texto:

“Soy el único que se atreve a asumir sus acciones y a explicarlas” Carlos Castaño
(Aranguren 342)

Y más adelante

“La historia recordará a este hombre por haber sido el primer actor del conflicto en atreverse a expresar innumerables realidades, dar la cara y asumir la responsabilidad de

sus excesos y los de su tropa como un gesto autocrático de paz.” Mauricio Aranguren (Aranguren 46)

Posteriormente:

“Pero nadie puede discutirle la franqueza con que aborda algunos temas macabros y su decisión de aceptar algunas verdades nada favorables sobre él, su entorno cercano y su organización” (Salud Hernández, prólogo del libro, 10)

Todas estas citas provienen del libro y son de tres fuentes distintas –el entrevistado, el entrevistador y la prologuista–, pero todas ellos coinciden en que Castaño es un hombre que dice verdades y que se atreve a asumir las consecuencias de sus acciones, aun cuando no le favorezcan, esa es una de las imágenes que los dos autores quieren crear del personaje de Castaño. En mi opinión, estas tres citas, al hacer énfasis en la franqueza de Castaño, relegan a un segundo plano el hecho de que Castaño es quien elige lo que va a contar y la versión que va a dar de esos hechos, por ejemplo, algunos de los crímenes que confiesa en el libro tienen una clara intención política de desprestigiar a la guerrilla, como se verá más adelante en mi trabajo (Más adelante en mi trabajo hablaré de los crímenes de Manuel Cepeda y Carlos Pizarro confesados por Castaño como ejemplos de esta táctica ver al final de la sección “Castaño el hombre sincero y franco”).

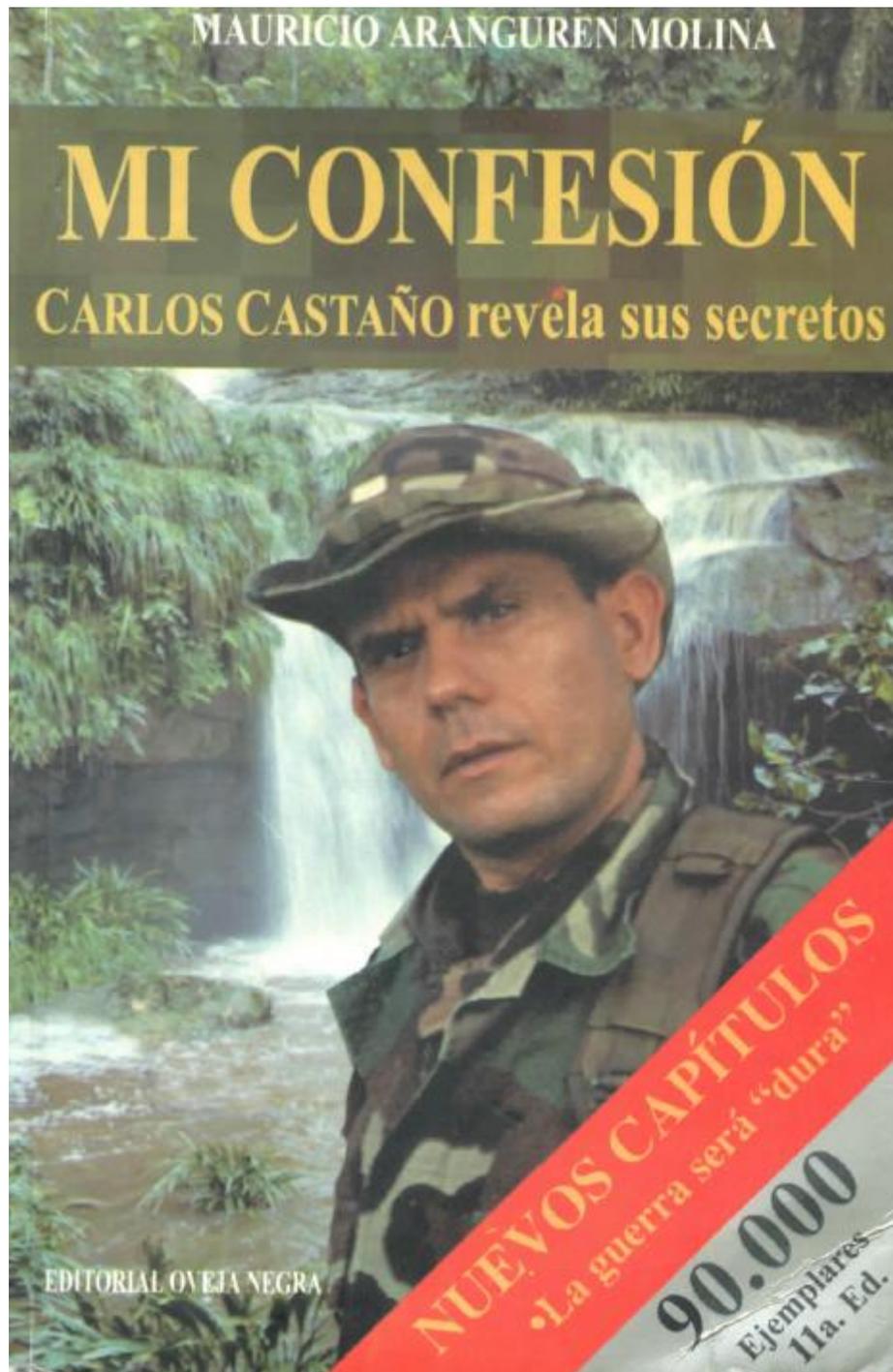
La intención por parte de los dos autores del libro de convencer al lector de la franqueza y valentía de Castaño es clara tanto en la forma como en el contenido del libro. El título del libro, la portada, el tono del libro, la organización del texto, la narración de los hechos, la representación del personaje son algunos de los recursos que utilizan Castaño y el periodista

Mauricio Aranguren para ganarse la simpatía del lector. Para comenzar está la portada del libro (ver anexo 1), la cual pareciera haber sido concertada entre Castaño y el periodista, pues en el libro Aranguren afirma que “Castaño aceptó mi propuesta para llevar un fotógrafo profesional para tomar la foto de la portada del libro” (Aranguren 353).

Castaño sincero y franco

La portada del libro es una foto de Carlos Castaño sobre un fondo en el que aparece una cascada que puede estar ubicada en cualquier lugar de las selvas de Colombia. La foto de Castaño es un plano medio, en la que él aparece vestido en uniforme camuflado (en algunas ediciones se puede ver la bandera de Colombia en su brazo izquierdo) y la expresión de su rostro es seria, con el ceño un poco fruncido y como si estuviera mirando directamente a los ojos a la persona que ve la foto. La fotografía de la portada ya está creando una doble imagen de Castaño: por un lado, la de una persona que da la cara por sus actos; por otra parte, la de una persona que es sincera, abierta, y franca en lo que dice, en tanto es capaz de mirar a los ojos a su interlocutor.

Esta idea está reforzada por el título del libro: *Mi confesión Carlos Castaño revela sus secretos*. Según la Real Academia de la Lengua, la palabra “confesión” en español tiene tres sentidos: uno legal, uno religioso y uno autobiográfico. En el plano legal, la confesión es una declaración de un abogado o de un reo ante un juez; en el plano religioso, es un sacramento en el que el penitente declara al confesor sus pecados con la esperanza de que le sean perdonados; y finalmente, en el plano autobiográfico, la confesión es el relato “que alguien hace de su propia vida para explicarla a los demás”. Los tres significados coinciden en la idea de que quien se confiesa va a contar la verdad.



Anexo 1

Si bien es cierto que la palabra confesión refuerza la idea de que en su libro Castaño cuenta la verdad, pienso que el contenido del libro se distancia del significado de la palabra confesión en varios sentidos. Por una parte, Castaño mismo reconoce que no va a contar todas las verdades que sabe, pues algunas de ellas podrían resultar dañinas para el país (Aranguren 44); por otra parte, Castaño no está arrepentido de buena parte de los crímenes que narra en el libro, la mayoría de los cuales o bien fueron ordenados por Castaño o bien los cometió él mismo. Y aun cuando Castaño admite errores, él considera que la mayoría de sus ejecuciones estaban fundadas en razones políticas –como lo muestra el caso de Carlos Pizarro⁷– y, más específicamente, sus crímenes estaban orientados por su idea de luchar contra la subversión y de defender la patria. Por ejemplo, Castaño admite en el libro el haber coordinado una operación el 31 de diciembre de 1984 en la que sus comandos urbanos asesinaron el mismo día a 21 personas en distintas poblaciones, todos ellos –según Castaño– guerrilleros y colaboradores de la guerrilla (Aranguren 127). Aquí es preciso señalar que, desde mi perspectiva, las diferencias políticas e ideológicas no son razones que justifiquen ordenar el asesinato de ninguna persona. Además Castaño poco dice de las pruebas que lo llevaron a concluir que estas veintiun personas eran guerrilleros

A lo largo de la entrevista Carlos Castaño –para probar que él está dispuesto a asumir las consecuencias de sus actos–, confiesa el haber sido el autor intelectual de varias decenas de asesinatos, entre los cuales se destacan algunos de políticos colombianos. Vale la pena resaltar la confesión de los crímenes políticos de Carlos Pizarro y Manuel Cepeda, porque muestra la

⁷ En el capítulo II, titulado “Pizarro tenía que morir, Castaño afirma haber salvado a Colombia de lo que Carlos Pizarro representaba: una alianza entre el narcotráfico y la guerrilla. Y en ese mismo capítulo, para justificar la muerte de Pizarro Castaño se pregunta: “–Si esto que relataré es un asesinato, debo aceptarlo. ¿Pero cuántos asesinatos en bien de las naciones no cometen los estados?” (Aranguren 47)

doble naturaleza de algunas de sus confesiones. Según Castaño, él les cuenta estos crímenes al periodista y al país porque la justicia colombiana nunca le hubiese logrado probar que él era el responsable de estos crímenes, y con este acto él se proyecta como un hombre dispuesto a responder por sus acciones.

Desde mi punto de vista, la confesión de estos crímenes por parte de Castaño obedece a otro propósito: el de denunciar el carácter corrupto de la guerrilla y de su influencia en la sociedad. El asesinato de Carlos Pizarro muestra la relación entre guerrilla, narcotráfico y política, pues de acuerdo con la versión de Castaño, Carlos Pizarro era el “hombre de Pablo Escobar”. Y en el del asesinato del senador Manuel Cepeda, el objetivo es comprobar qué tan lejos llega la mimetización de la guerrilla de las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia (FARC) en la política legal colombiana así como en la sociedad civil, puesto que las FARC son capaces de hacer salir elegido a un congresista.

Aun cuando Castaño pretende lo contrario, la sinceridad de Castaño sobre las muertes que ordenó debe asumirse con escepticismo. A lo largo del libro el autor revela haber sido el autor intelectual o material de varias decenas de asesinatos, sin embargo considero que es importante tener en cuenta que Castaño no acepta que él o su hermano hayan ordenado alguna de las masacres de las que se les acusa, sólo en pocos casos da detalles que permiten identificar claramente quién fue la víctima y qué pruebas lo llevaron a la conclusión de que una determinada persona era guerrillera.

En el libro de Salvatore Mancuso, por ejemplo, la periodista Glenda Martínez le atribuye a Vicente Castaño –el hermano de Carlos– el haber ordenado una operación paramilitar en las

que sus hombres torturaron y asesinaron a 42 personas (Martínez 96). Y cuando murió Castaño, en 2004, cursaban en su contra 127 procesos penales (“Se cierran 127 procesos penales contra Carlos Castaño”), cifra que no se menciona en el libro. Y como dirigente de los grupos paramilitares que funcionaron de forma coordinada primero bajo ACCU y después en las AUC, se le atribuyen entre otras las masacres de la Gabarra en el Norte de Santander (1999) o la de Mapiripán en el departamento del Meta (1997), en esta última fueron asesinadas 49 personas por paramilitares que hacían parte de las AUC y con la complicidad del ejército colombiano. De estas masacres, por ejemplo, nada se dice en el libro.

Si bien el número de crímenes que confiesa Castaño es impresionante, es preciso tener presente que en la autobiografía tanto lo que se recuerda como la forma en que se recuerda tienen un significado político –especialmente en el de personajes como Carlos Castaño– y esta no es la excepción. La confesión de sus crímenes cumple tres funciones. Primero, al aceptar algunos de sus crímenes, Carlos le está enviando un mensaje claro al lector del libro: Carlos Castaño está dispuesto a decir la verdad y a responder por sus actos. Segundo, el confesar algunos crímenes le da credibilidad a su versión de los hechos pues, conociendo al personaje a través de la actuación de sus hombres, el lector está esperando que confiese al menos algunos crímenes. Y finalmente el dar detalles sobre las razones que lo llevaron a asesinar a alguien le sirve para denunciar las tácticas y el comportamiento de su principal enemigo, es decir, de la guerrilla.

De manera que la elección del título del libro Carlos Castaño trata de utilizar a su favor las connotaciones jurídicas y religiosas del término, las cuales apuntan a ganarse el perdón del interlocutor, cuando en realidad lo que ofrece Castaño es una justificación de algunos de sus

crímenes. Pero además trata de sacar partido de la idea de que quien se confiesa está diciendo la verdad y, para reforzar esta idea, Castaño ofrece pruebas de lo que dice.

La sinceridad de Castaño, que subyace bajo la idea de que está haciendo una confesión, la refuerzan testimonios y pruebas que el mismo Castaño le da al periodista. Por ejemplo, una de las voces que incluye el periodista es la de Rodrigo García, quien afirma que la principal cualidad de Castaño es su “honradez con el país y con el mismo “(Aranguren 255). Además, algunas veces Castaño le ofrece pruebas físicas al periodista que documentan lo que él afirma, por ejemplo, cuando Castaño desea probarle al periodista que él alertó a las autoridades de la ubicación de un carro bomba en Bogotá, Castaño le entrega al periodista la copia de su declaración juramentada (Aranguren 155), y como si esto no fuera suficiente, en el libro aparece una foto de la declaración en la página 156 (Ver anexo 2).



Anexo 2

Vale la pena resaltar que el periodista pocas veces contrasta de manera explícita la versión de Castaño con la de otras fuentes, por ejemplo, el periodista coteja la versión de Castaño sobre la toma del palacio de justicia por la organización guerrillera M-19 con la del hijo de una de las víctimas de la toma (Aranguren 51). Sin embargo a lo largo del relato tanto la versión de Castaño como las pruebas que ofrece parecieran ser aceptadas sin mayor corroboración. Con relación a este punto Salud Hernández, la prologuista del libro, bien señala que la verdad del libro es parcial y sus afirmaciones deben ser verificadas o contrastadas con otras versiones (Hernández 11).

Fuera de la portada del libro, del título, de los hechos que confiesa y de las pruebas que ofrece de sus afirmaciones, la narración tiene un tono que crea la sensación de que Castaño habla con franqueza y sinceridad. El libro abre con la exhumación del cadáver de Fidel Castaño, Aranguren comienza narrando la vida de Castaño en tercera persona, pero pasadas unas pocas páginas la forma como el periodista narra la historia de Castaño es a través de la estructura pregunta respuesta; con lo cual, la narración cambia de un tono impersonal, en el que se describe a una persona como un objeto distante, a un tono conversacional, el cual abre oportunidades para crear un ambiente de familiaridad.

En el libro escrito por Aranguren, Castaño habla de forma despreocupada e informal, y algunas veces utiliza un lenguaje bastante coloquial. Por ejemplo, cuando el periodista le pregunta a Castaño cómo murió su hermano, este inicia su respuesta de una manera que suena franca: *“El murió a los 45 años y de la manera más pendeja”* (Aranguren 26), la palabra *“pendeja”* le da un aire bastante coloquial a la respuesta, pero además al usarla para calificar la muerte de su hermano le da un tono informal al relato, y crea la sensación de que Castaño está

hablándole de manera sincera al periodista, casi como quien habla con un amigo sobre un tema personal, y esa misma sensación le llega al lector. Este tono coloquial e informal se mantiene a lo largo de todo el libro, y lo refuerza con un trato amigable hacia el periodista y hacia los allegados de Castaño.

El trato familiar como se dirige al periodista, por ejemplo, contribuye a crear la imagen de una conversación que se lleva a cabo en un ambiente íntimo. En la mitad del primer capítulo, por ejemplo, Castaño y Aranguren se encuentran sentados en la misma mesa y tiene lugar la siguiente conversación:

“¡Guardia! Tráiganos dos tinos y que vayan preparando la comida. ¿A quién le tocó hoy de rancho? –preguntó [Castaño]–.

–Al Pastuso –contestó uno de los hombres de la escolta.

–¡Ah, nos van a tocar esas papás duras! Ojo, me hacen quedar mal con el invitado.

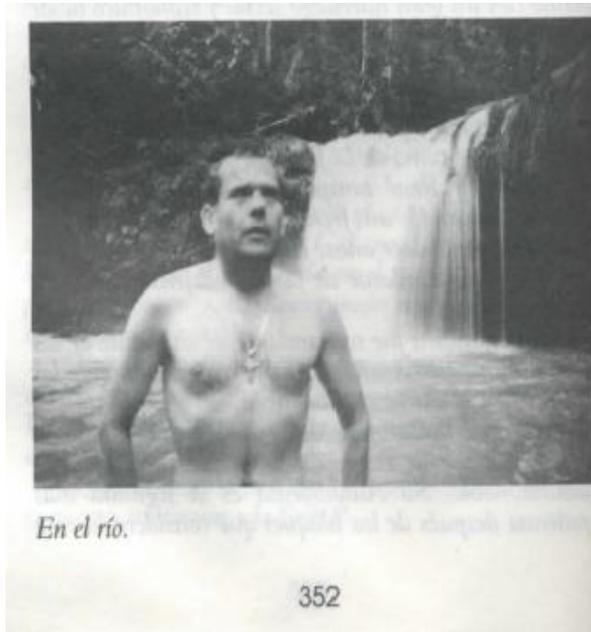
Como contándome un secreto, bajó la voz [interviene el periodista].

–Aquí toca comer lo que los muchachos preparen. Cada día, los hombres de la guardia cocinan y se turnan. Se identifica como rancho al que le toca hacer de chef.”(Aranguren 35)

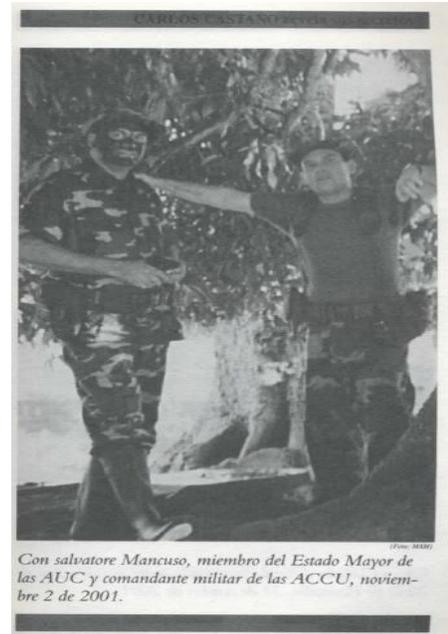
Este diálogo crea la sensación de que hay una cercanía entre Castaño y periodista. Castaño se muestra muy cordial frente a su invitado y hace una broma sobre la comida. Además Carlos Castaño le habla en voz baja al periodista para que sus hombres no lo escuchen, con lo cual se crea una atmósfera de confianza entre los dos. Después de esta escena, ante la solicitud

del periodista, Castaño continúa contándole a Aranguren algo que ya él venía narrando, el combate que lo legitimó como nuevo jefe de su organización paramilitar después de la muerte de su hermano Fidel. Tanto el tono como el ambiente de la entrevista refuerzan la idea de que el entrevistado se está abriendo completamente ante el periodista y, por extensión, ante el lector; y sobre todo transmiten la sensación que quien habla no es el comandante de las AUC, sino un ser humano común y corriente que se expresa con franqueza.

Los paratextos también juegan un papel dentro del libro. En una de las fotos aparece Castaño en un plano medio, con el torso desnudo, bañándose en un pozo, lo que refuerza la confianza que se establece entre el periodista y él (Ver anexo 3). El material visual también refuerza la idea de cordialidad, en la página 229 hay una fotografía de cuerpo completo en la que están Carlos Castaño y Salvatore Mancuso (Ver anexo 4), en ella ambos están de pie, debajo de un árbol, mirando hacia la cámara y vestidos con uniforme camuflado; Carlos Castaño tiene su mano en el hombro de Salvatore, lo cual refuerza el ambiente de amistad que existe entre Castaño y algunos de sus allegados. Todo esto con el propósito de crear una imagen positiva de Carlos Castaño, en la cual él se presenta tal y como es al país, asumiendo las consecuencias de sus actos. De otra parte, la forma como está organizada la narración también apunta a ganarse la simpatía del lector.



Anexo 3



Anexo 4

Y en este punto es preciso evaluar el papel del periodista como intelectual público. Después de leer el libro, en términos generales, me quedó la sensación de que Carlos Castaño es quien guía la conversación, y no el periodista. Carlos Castaño ofrece datos y documentos que el periodista acepta sin reparo, pero además, a lo largo del libro, el papel del periodista suele limitarse a describir el ambiente el que tiene lugar una determinada conversación, con menor frecuencia el periodista expresa sus propios pensamientos, formula juicios o comenta lo que Castaño le cuenta. Desde luego no es fácil el reto de entrevistar a un personaje como Carlos Castaño, pero el periodista crítico tiene la obligación de cuestionar lo que su entrevistado le dice y más tratándose de un personaje como Castaño, de lo contrario la labor el periodista se convierte en un micrófono de su entrevistado.

Y en cierta forma, pienso que el hecho de que grandes secciones del libro estén escritas bajo el esquema de pregunta respuesta reafirma esta idea de que Aranguren está sirviendo de altoparlante para lo que Castaño quiere decir. Al usar este formato, ya de por sí el periodista pareciera transcribir directamente lo que sus entrevistados le cuentan. Pero además, en varias ocasiones, las preguntas que Aranguren hace le permiten a Castaño desarrollar una idea que él ha comenzado a exponer, el periodista casi nunca le hace preguntas que impliquen discutir las afirmaciones de Castaño o preguntas originales a cerca de información que sería valiosa para el país, como por ejemplo, de crímenes que se le imputan a Castaño.

Aranguren comienza su trabajo con un epígrafe tomado del libro *Las memorias de Adriano*, de Margarite Yourcenar, con el cual el periodista pareciera justificar su falta de actitud crítica ante la versión de Castaño. El epígrafe alude a que la verdad no es pura, sino que va mezclada con dudas y rodeos, y finaliza de la siguiente forma: *“En ocasiones, aunque no a menudo, me asaltaba la impresión de que el emperador ocultaba parte de la verdad. Y entonces tenía que dejarle decir verdades a medias, como todos hacemos”* Considero que es inevitable identificar a la figura del emperador con Carlos Castaño y a la de Aranguren con la del personaje o el narrador que le deja decir verdades a medias a Adriano.

Este debate sobre la ética del periodista cobró especial importancia en tiempos recientes, cuando el periódico colombiano *Un pasquín* publicó una noticia en la que desacreditaba totalmente a algunos periodistas que tienen columnas de opinión en importantes diarios colombianos. El periódico *Un pasquín* afirmó que un periodista del diario colombiano *El Espectador* –uno de los más importantes del país– le enviaba sus columnas de opinión a Castaño para que este aprobara su contenido en temas relacionados con el paramilitarismo, la

afirmación la sustenta el periódico *Un Pasquín* basado en una memoria USB que le fue incautada a Carlos Castaño, en la cual también se encontraron correos dirigidos a la periodista española Salud Hernández, quien prologa el libro.

La narración como elemento para despertar empatía en el lector

Los primeros capítulos del libro también están destinados a conmover al lector. En el primer capítulo narra la muerte de su hermano Fidel, en el tercero el secuestro de su papá y en el cuarto su infancia. Castaño narra en detalle estos tres momentos de su vida con el propósito de que el lector se identifique mental y afectivamente con sus razones de su lucha. Vale la pena analizar en detalle la forma como Castaño recuerda la muerte de su padre, dado que—según Castaño— es la razón por la que empezó su lucha antisubversiva.

El capítulo sobre la muerte de su padre está dividido en tres partes: primero el periodista describe el escenario en el que se encuentran, después Castaño narra el secuestro de su padre y la forma como él y sus hermanos se vengaron de los secuestradores, y finalmente el periodista entrevista a la futura esposa de Castaño. Las tres partes contrastan bastante entre sí, en la primera Aranguren describe a Castaño como una persona poderosa, Castaño está abordando un helicóptero y recibe 750 millones de pesos empacados en bolsas de plástico, producto del pago de 250 fusiles que le vendió a los paramilitares del departamento de Boyacá, y reafirma que acaba de entrar un cargamento de 4.500 fusiles. En la segunda Castaño busca ganarse la simpatía del lector narrando la forma como la guerrilla de las FARC secuestraron a su padre. Y en la tercera el periodista trata de mostrar la faceta humana de Castaño a través de su futura esposa, ella le cuenta al periodista cómo se conocieron y cómo se enamoraron el uno del otro. La que me interesa comentar aquí es la forma como Castaño narra el secuestro de su

padre por las FARC, dado que es la parte central y más extensa del capítulo, y la que le da al título al capítulo.

La narración de esta parte comienza cuando el periodista le solicita a Castaño que vuelvan al tema del secuestro de su padre, y Castaño empieza a contar la historia así: *“Sí, ese fue el triste comienzo de todo. Es que si a papá no lo hubieran secuestrado y asesinado, seguro yo no estaría liderando la lucha antiguerrillera. Yo puedo perdonar lo que ha pasado en estos veinte años de guerra, pero la muerte de mi padre, no.”*(Aranguren 68) Con este inicio, Castaño justifica la razón por la cual nació el embrión de su futura organización armada, pero con el relato del secuestro de su padre Castaño busca que el interlocutor se identifique con su situación.

Después de describir brevemente cómo se enteró del secuestro de su padre y las primeras reacciones de la familia, Castaño narra la cercana relación que tenía su familia con las FARC y describe a su papá. Uno de los hermanos de Castaño simpatizaba con la izquierda, por ejemplo; y los guerrilleros de las FARC tomaban cerveza en el bar de su hermano Fidel. Pero la relación que vale describir en detalle es la que tenía su papá con las FARC, dada la centralidad del personaje.

Según Castaño, su padre era generoso con la guerrilla –les daba comida y de vez en cuando les regalaba una novilla–, a pesar de que opinaba que los guerrilleros “son unos sinvergüenzas que no trabajan” (Aranguren 68). La descripción que hace Castaño de su papá es la de un campesino que vio crecer su patrimonio de unas 150 reses a unas 600 en el momento del secuestro gracias a su arduo trabajo. Habiendo descrito a su papá y su relación con las FARC, Castaño cuenta cómo fue el secuestro de su padre.

Aun cuando Castaño pareciera no haber presenciado nada de lo que narra, Castaño relata toda la acción con una seguridad absoluta de su versión, sensación que se crea a través de los detalles que da del secuestro de su padre y del trato que le dieron las FARC. La forma como las FARC se comportaron con la familia Castaño conmueve a cualquier persona.

Castaño cuenta que guerrilleros de las FARC detuvieron a su papá en su finca, lo amarraron de pies y manos y lo subieron en una camioneta. Después la guerrilla extorsionó tres veces a la familia para liberar a su papá, la primera vez por 20 millones (unos 400.000 dólares⁸); una vez que la familia Castaño pagó esta suma de dinero, la guerrilla les pidió otros 30 millones de pesos; y después otros 50 millones de pesos. La familia de Castaño pagó los dos primeros rescates, pero –según Castaño– cuando ellos pagaron los 30 millones de pesos la guerrilla ya había matado a su padre, aun así la guerrilla cobró el segundo pago y les exigió otros 50 millones de pesos más.

También describe la forma como la guerrilla mató a su papá. Las FARC asesinaron a su papá porque en su marcha por la selva confundieron una patrulla del Ejército de Liberación Nacional (ELN) con el ejército colombiano, ante esta situación los guerrilleros decidieron caminar más rápido, pero como el papá de Castaño se reusó a seguir caminando debido a su estado físico, los guerrilleros decidieron matarlo. Primero lo insultaron, luego lo hicieron arrodillar y después le dispararon por la espalda. Castaño afirma que la guerrilla, consciente de que su papá estaba muerto, los extorsionó la tercera vez bajo el pretexto de devolverle el cadáver a la familia.

⁸ En 1979 el precio del dólar en pesos colombianos osciló entre 41 y 44 pesos, es decir un dólar equivalía a unos 43 pesos, luego las FARC estaba pidiendo por el papá de Carlos Castaño unos 400.000 dólares.

Cuando Fidel Castaño –el hermano mayor de Carlos Castaño– recibió la tercera extorsión de las FARC, Fidel escribió en una hoja de cuaderno que le entregó al intermediario de las FARC: “Nunca he tenido esa plata y si la tuviera algún día, sería para combatirlos a ustedes. Fidel Castaño” (Aranguren 77). A pesar de haberles pagado 50 millones de pesos, la guerrilla nunca les devolvió el cadáver de su padre.

Con el tiempo la familia Castaño logró identificar a los responsables del secuestro de su padre, y la justicia detuvo a uno de los secuestradores. Sin embargo, debido a la falta de pruebas, la justicia colombiana lo dejó en libertad. Ante esta situación, los hermanos Castaño decidieron hacer justicia por cuenta propia y ejecutaron a todos los guerrilleros que habían estado involucrados en el secuestro de su padre.

En resumen, según Castaño, su familia tenía buenas relaciones con las FARC; su papá era un campesino honrado y trabajador, que juntó una modesta fortuna, y que colaboraba con las FARC. Las FARC, por su parte, no sólo secuestraron a su papá y extorsionaron a su familia para liberarlo, sino que después lo matan de una forma vil y, peor aún, las FARC siguen chantajeando a la familia conscientes de que el papá de los Castaño está muerto; como si todo esto fuera poco, las FARC nunca les devolvió el cadáver de su padre. El estado colombiano, por otra parte, cuando detiene a uno de los responsables del secuestro de su padre lo deja libre porque no tiene las pruebas suficientes para condenarlo. Después de esta narración resulta difícil que el interlocutor no sienta empatía con Castaño y con su causa; y más en un país azotado por el secuestro.

Para Castaño el asesinato de su padre por parte de las FARC y la ineficacia del Estado colombiano para hacer justicia son las razones que más fuertes que lo llevaron a convertirse en paramilitar. Sobre este punto, yo coincido con la prologuista del libro, Salud Hernández, cuando dice que: “Habría que preguntarle a Castaño cuántos padres no han perdido sus vidas porque Fidel y él decidieron tomarse la justicia por su mano ante la falta de acción, habitual por otra parte, de los tribunales y de los cuerpos de seguridad estatales” (Hernández 13). Además, pienso que si cada colombiano que ha sido víctima de la guerrilla o de los paramilitares decidiera hacer justicia por cuenta propia o fundar su propia organización armada, la población del país desaparecería en unos pocos años. Y de hecho Castaño se ve enfrentado en el combate a una situación que plantea este problema.

En una operación planeada por su hermano Fidel en la que Carlos Castaño participaba, Carlos Castaño y sus hombres van a matar a una persona. Después de asesinar a su víctima, se dan cuenta de que un niño de 10 años ha presenciado el asesinato de su padre. Cuando Castaño le pregunta a su hermano qué debe hacer con el niño, su hermano Fidel le ordena matarlo, y su argumento es que si no lo hace el niño tratará de vengar la muerte de su padre en el futuro matando a Carlos Castaño. En este momento Castaño se planteó el siguiente dilema: “Si lo dejo vivo, puede ser perfectamente un Carlos Castaño en el futuro y me va a perseguir a muerte. Si lo mato, ¿a cuántos niños más me va tocar ejecutar?” (Aranguren 144). Castaño le entregó el niño al ejército, pero la conclusión a la que llegó Castaño a partir de esta experiencia es que a quienes hay que “seguir ejecutando” es a los jefes de las FARC, que son los responsables del conflicto armado colombiano. Creo que la conclusión a la que llega Castaño es la equivocada, la reflexión que debería surgir a partir de esta experiencia es que resolver un problema ideológico

apelando a la eliminación física del contradictor lleva a este tipo de situaciones, de lo cual se infiere que no es el mejor método o el más apropiado porque siempre suscita este tipo de situaciones que propician el resentimiento.

Castaño humano

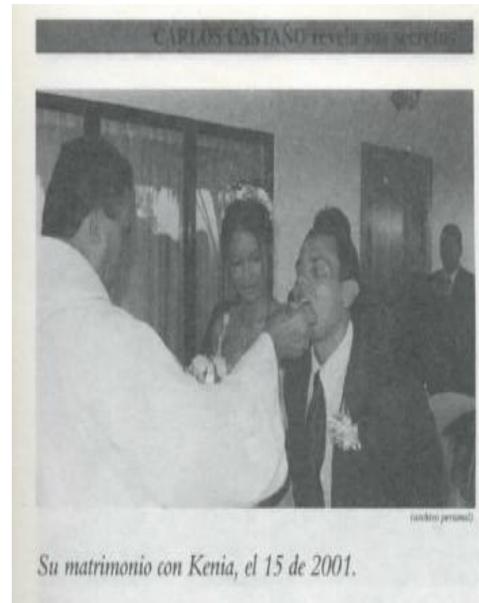
Finalmente, como estrategia retórica para ganarse al lector, está la humanización de Carlos Castaño. En los primeros capítulos del libro el periodista le busca mostrar el ángulo humano de Castaño, y esto lo hace dejando que el personaje se retrate a sí mismo; pero también en la forma en que algunas de las personas entrevistadas lo presentan. Castaño se retrata a sí mismo como una persona de extracción social más bien humilde y sencilla; él se considera a sí mismo un campesino; en lo intelectual se presenta como un autodidacta culto y con mundo, a lo largo del libro hace varias referencias a libros que ha leído y le dedica un capítulo entero del libro a su estadía en Israel, donde estudió técnicas militares, pero también la historia de ese país; en lo ideológico se declara conservador y católico; y en el trato personal se muestra amable y de buen humor; Castaño acepta que su temperamento es explosivo, pero cuando se calma dice ser una persona racional y autocrítica; además dice que su sueño era ser profesor de escuela pero, debido a la muerte de su padre, terminó involucrado en el conflicto armado colombiano y convirtiéndose en uno de sus líderes.

Para reforzar el rasgo humano de Castaño, en el libro se incluyen otras voces y fotografías. La futura esposa de Carlos Castaño, Kenía –la hija de un ganadero colombiano– le cuenta al periodista brevemente cómo se conocieron y cómo este la cortejó. Y en el capítulo donde Carlos Castaño narra su infancia, su mamá está presente, y aun cuando ella no interviene mucho, su madre expresa cierto afecto hacia su hijo. Por último, el relato de Castaño está

respaldado por imágenes, fotografías de la escuela donde estudió su primaria (ver anexo 5), de la finca donde nació y de su matrimonio (Anexo 6), así como de su papá y su hermano.



Anexo 5



Anexo 6

Esta perspectiva humana contrasta con la frialdad con la que Castaño narra la planeación y ejecución de sus “operaciones” militares, algunas de las cuales describe extensamente y con abundantes detalles, y de las cuales se enorgullece, pues considera que sus operaciones son “limpias”, en el sentido de que solamente asesina al objetivo militar y minimiza el efecto sobre los civiles que no tienen nada que ver con el conflicto.

Hasta aquí he querido mostrar cómo Castaño y Aranguren tratan de despertar una empatía hacia la causa de Castaño y hacia su persona narrando en detalle el secuestro de su padre y mostrando a un Castaño humano, franco y responsable. Sin embargo, en mi opinión, en

el trasfondo queda claro que las razones que justifican el origen de su lucha son bastante débiles, en tanto la muerte de un ser querido no es un argumento que justifique ni el hecho de que haya decidido tomar la justicia por su cuenta; ni menos aún todos los crímenes cometidos por Castaño desde la muerte de su padre. Una vez que Castaño ha hecho su mejor esfuerzo para validarse como interlocutor, él pasa a demostrar que las AUC tenían varias similitudes con lo que el Derecho Internacional Humanitario (DIH) cataloga como “fuerza beligerante”. Ante las dificultades que ofrecía el marco jurídico colombiano para que el gobierno abriera una negociación con los paramilitares, Castaño y los paramilitares vinculados con las AUC buscaron otro camino: el DIH.

Las AUC como organización político-militar, el DIH y el concepto de “fuerza beligerante”

Tanto a Castaño como a los grupos paramilitares miembros de las AUC les interesaba probar que ellos eran una organización con carácter político, con lo cual tendrían derecho a negociar con el gobierno y podrían resultar indultados. Para demostrar esto, Castaño primero tenía que deslindar su organización del crimen organizado, en particular del narcotráfico; segundo, era preciso demostrar que él hablaba en nombre de una colectividad; y tercero, buscar una alternativa que lo legitimara como actor político en una instancia distinta al marco legal nacional, y esto lo encontró en el concepto de “fuerza beligerante” que propone el Derecho Internacional Humanitario. Este concepto básicamente significa que tanto la comunidad internacional como el estado le confieren el estatus de enemigo “oficial” a una organización armada que lucha contra el estado de un país.⁹ Pero antes de argumentar la condición de las AUC como fuerza beligerante había que demostrar que la dirección de las AUC no estaba

⁹ El estado le había conferido, por ejemplo, el estatus de beligerancia a las FARC en 2000

conformada por narcotraficantes y aclarar el tipo de vínculos que existían entre el narcotráfico y las AUC.

Castaño le dedica cinco capítulos –una quinta parte del libro– a esclarecer los vínculos de su organización con el crimen organizado, sobre todo con el narcotráfico. Hay cuatro capítulos consagrados a aclarar sus relaciones con los narcotraficantes y uno a las relaciones entre las AUC y la temida organización criminal conocida como ‘La Terraza’. A lo largo de los cuatro capítulos sobre el narcotráfico, Castaño afirma que él es un enemigo acérrimo de los narcotraficantes, como lo demuestra su lucha contra Pablo Escobar y contra otros narcotraficantes de Colombia, y narra en detalle los atentados que algunos narcotraficantes hicieron contra su vida por considerarlo como su enemigo.

Una de las razones que esgrime Castaño para combatir el narcotráfico es que el dinero producto de la venta de drogas corrompe cualquier ideología. Castaño ejemplifica el efecto negativo del narcotráfico sobre su proyecto con la experiencia del paramilitarismo en el Magdalena Medio, el cual pasó de ser un proyecto político militar a una organización armada privada controlado por uno de los grandes narcotraficantes de los años 80. Si bien Castaño afirma que ha luchado para evitar que el narcotráfico se tome su organización paramilitar, él admite que debe recurrir al dinero del narcotráfico para financiar su lucha, y que él hace esto imitando a la guerrilla, la cual también se financia con dineros que provienen del narcotráfico. Aclarar las relaciones entre las AUC y el narcotráfico no sólo fue un intento para tratar de evitar una futura extradición, sino también es un intento por demostrarle a la opinión pública que los paramilitares vinculados con las AUC no eran criminales, sino que sólo utilizan a los

narcotraficantes como instrumento para financiar su guerra. Fuera de aclarar la relación entre las AUC y el narcotráfico, Castaño debía probar que él representaba a un grupo social.

Con el propósito de probar que Castaño habla a nombre de muchas personas, Castaño cuenta cómo ganaderos y víctimas de la guerrilla en general comenzaron a financiar su organización para que los protegiera de la guerrilla, algunos de ellos de forma soterrada como el caso de la familia Bedout (Aranguren 102); pero en el libro también se incluyen los testimonios de varios allegados al proyecto antiguerrillero de las AUC como la del ganadero Rodrigo García, un vocero de los ganaderos de Córdoba. Castaño le dedica un capítulo a narrar su relación con este personaje, el título del capítulo es “Mi segundo padre” (a este capítulo me referiré en la sección relacionada con el control de territorio) en el cual Castaño muestra la relación entre uno de los representantes del poderoso gremio económico de los ganaderos del departamento de Córdoba. Pero quizá, el argumento más fuerte para probar que las AUC debían ser consideradas como una organización que había cometido delitos políticos era lograr que el estado colombiano les reconociera a las AUC el estatus de fuerza beligerante.

Las AUC como fuerza beligerante: organización, territorio y Derecho Internacional Humanitario

Juan Manuel Valcárcel afirma que en el Derecho Internacional Humanitario, para que una organización armada sea catalogada como fuerza beligerante, debe cumplir tres requisitos: primero que exista un grupo armado con una estructura jerárquica con un mando que responda por sus acciones; segundo, la organización armada debe dominar una parte del territorio y remplazar al estado en sus funciones; y tercero esta fuerza armada debe respetar las normas del

Derecho Internacional Humanitario. Estos tres componentes están a lo largo de la narración de la historia de vida de Carlos Castaño, paralela a la cual se cuenta la historia de las AUC.

Las AUC como organización político militar

El adjetivo “político-militar” suele usarse para calificar organizaciones guerrilleras, y en términos generales implica dos ideas: por una parte que luchan por una ideología o un programa político; por otra parte que los militantes de la organización cumplen funciones políticas y militares. Un ejemplo de este tipo de organizaciones es el Ejército de Liberación Nacional—una organización guerrillera colombiana que se considera político-militar—, el ELN tiene un comando central que dirige la organización. El comando central está integrado por cinco comandantes, cada uno de ellos tiene diversas funciones, uno está a cargo de la organización política, otro está a cargo del área militar, otro maneja las finanzas de la organización y así sucesivamente. A lo largo del libro Castaño trata de dar varios argumentos para sustentar el carácter político de su lucha, y de mostrar cómo su organización tiene una estructura análoga a una organización político-militar.

La intención de Castaño queda clara desde las primeras páginas del libro, cuando el periodista, al narrar la muerte de Fidel Castaño dice lo siguiente:

“Allí quedó el fundador de las Autodefensas de Córdoba y Urabá, una organización que comenzó con seis hermanos y tres primos. Bajo el mando de Fidel llegó a tener trecientos hombres armados y desde que su hermano Carlos Castaño la comanda se convirtió en un ejército irregular de trece mil combatientes. Ahora son las Autodefensas Unidas de Colombia, AUC, un curioso grupo político militar de resistencia

civil armada antiguerrillera. Comenzaron siendo una familia de vengadores, luego unos clásicos paramilitares, y ahora un grupo paraestatal autónomo, con una ideología inspirada en el concepto de autodefensa del pueblo israelí. Lo que Castaño llama “*el primer ejército contra guerrillero del mundo*”. Si se retomara el concepto de que el idioma es vivo y no rígido, hoy las AUC se alejarían de la definición tradicional de “paramilitares” y se les podría llamar guerrilla de derecha en formación. Se enfrentan a una guerrilla marxista-leninista, además sirven y defienden gran parte de los intereses del Estado. Pero de vez en cuando se muestran en contra de los militares y del gobierno de turno, que sólo los persiguen cuando les conviene por una razón muy simple, tienen un enemigo común: la guerrilla de las FARC y el ELN.”(Aranguren 23-24)”

En este fragmento, el periodista se refiere a las AUC como un “ejército irregular”, es decir, el periodista le reconoce el estatus de ejército, sólo que no se rige por las normas que rigen los ejércitos regulares. Y elige este término frente a otras posibilidades, por ejemplo bandas armadas –con la connotación negativa de la palabra “banda”– u organización armada.

Un segundo punto que quiero resaltar es la transformación que vivió la organización que formaron los hermanos Castaño: de vengadores pasaron a grupos paramilitares, y de ahí a un grupo paraestatal autónomo inspirado por una ideología de autodefensa que ejerce una resistencia civil armada antiguerrillera. Y ahora –dice el periodista– a esos paramilitares, se les podría llamar “guerrilla de derecha en formación”. Lo que está haciendo aquí el periodista es afirmar que la organización armada de Castaño tiene una ideología, y más aun, el periodista establece una analogía entre lucha guerrillera y las AUC; los términos de la analogía serían los

siguientes: la ideología de izquierda es a la guerrilla lo que la ideología de la autodefensa israelí es a los paramilitares de las AUC.

La lucha por el reconocimiento también está en el plano lingüístico. Castaño nunca se refiere a su organización como “paramilitares”, sino como un ejército contra guerrillero y más comúnmente como “autodefensas”, con este cambio se suaviza la connotación negativa de paramilitar, que alude a una banda armada privada. Y su organización armada se convierte en un grupo que lucha por la legítima defensa de una comunidad, lo que le confiere un valor positivo a su organización. Pero los principales argumentos de Castaño para probar que su organización es político militar son tres: la vincula con proyectos políticos a lo largo de su relato, expone la estructura jerárquica de su organización y ofrece testimonios de varias personas que hablan a favor de su organización.

Castaño muestra cómo sus acciones –incluida la organización de las AUC– han estado ligadas a movimientos políticos y a objetivos políticos, aun cuando no precisa la ideología de estos movimientos. El capítulo V del libro está narrado a dos voces, en este intervienen Carlos Castaño y Ernesto Báez –considerado por Castaño como el ideólogo y arquitecto político de la coordinación de grupos paramilitares que se convirtió en las AUC–. La voz de Báez tiene dos funciones: de una parte refuerza la veracidad de lo que está narrando Carlos Castaño, de manera análoga a cuando dos testigos dan la misma versión sobre un solo hecho; de otra parte, al incluir su voz los autores del libro muestran que las AUC tienen una ideología dado que Castaño considera que Ernesto Báez es el ideólogo y el arquitecto político de las AUC. Sobre este punto, Castaño dice que Báez fue la primera persona a la que le escuchó el “cuento de una Autodefensa civil armada”.

En el capítulo V, Castaño y Báez narran los inicios de los paramilitares en la región del Magdalena Medio colombiano, y conectan a los paramilitares con líderes políticos, organizaciones civiles, y partidos políticos. Por ejemplo, en la narración del capítulo Báez señala que él llegó a las “autodefensas” al enterarse del “proyecto político anticomunista” que el representante Pablo Guarín –congresista afiliado al partido liberal colombiano– estaba organizando en el Magdalena Medio. Pero además hablan de los vínculos de los grupos paramilitares con gremios como la Asociación Campesina de Ganaderos y Agricultores del Magdalena Medio (ACDEGAM) (Aranguren 116). Posteriormente, Castaño cuenta cómo el sector de los paramilitares bajo su mando y miembros de ACDEGAM crearon el movimiento político MORENA (Movimiento de Reconstrucción Nacional). Todo esto con el objetivo de fundamentar que su organización militar ha tenido una tradición política.

Cuando el proyecto de Ernesto Báez y Carlos Castaño de crear una grupo paramilitar con carácter político fracasa en el Magdalena Medio, Castaño se vincula con un grupo de la alta sociedad colombiana, a los que Castaño considera unos “verdaderos patriotas” (Aranguren 140). Según Castaño, este grupo le dio un norte político a su actuar, Castaño afirma que “Gracias a estos señores no soy hoy en día un bandido” (Aranguren 140). A partir de lo que dice Castaño en su relato, la función del grupo de los seis era decidir a qué personas debía asesinar Castaño en bien de la nación. En mi opinión es preciso señalar que, a pesar de los intentos de Carlos Castaño por vincular su actuación con una ideología política, Castaño nunca precisa cuáles son ni

los fundamentos ideológicos de su movimiento ni su programa político más allá de generalidades relacionadas con la defensa del estado.¹⁰

Además de probar que su organización tenía un carácter político, Castaño debía probar que esta tenía las características de un ejército irregular, como por ejemplo, el hecho de que funcionaba bajo un mando unificado, existía una jerarquía, y tenía unos símbolos. A lo largo del texto intervienen con mayor o menor duración las voces de varios subordinados de Castaño para mostrar la estructura militar de la organización armada de Castaño.

Castaño también hace énfasis en que las AUC tienen cohesión simbólica. Castaño recuerda una charla con Rodrigo García en la cual el ganadero le dijo que: “Organización que se respete tiene una oración, un único uniforme, unas insignias y un himno. De lo contrario esto de las Autodefensas no funciona” (Aranguren 219), con esta frase Castaño alude a cómo su organización tiene unas insignias y unos símbolos –aun cuando nunca los describe ni incluye fotos de ellos en el libro– de forma análoga a los que tienen un ejército o un grupo guerrillero. Sin embargo, entre los paratextos del libro no aparece ninguna imagen que represente a las AUC, como un escudo o una bandera; ni tampoco Castaño describe las insignias de su organización, con lo cual uno se pregunta si realmente existían estas insignias.

Por otra parte, a lo largo del libro hay varias referencias al carácter jerárquico y organizativo de las AUC. Por ejemplo, Castaño dice que tienen una dirección colegiada, que realizan conferencias donde toman decisiones, así como a que tienen unos estatutos disciplinarios (Aranguren 196-197). Sobre este punto, se pueden encontrar alusiones

¹⁰ Aun cuando debe reconocerse que un esbozo bastante elemental de su ideología y de su programa político puede encontrarse en el libro *Colombia siglo XXI : las autodefensas y la paz*.

interesantes en los capítulos el capítulo XII y XIII del libro. En estos capítulos intervienen las voces de Castaño, de Hernán Gómez Hernández –otro de los ideólogos de los paramilitares que se convirtieron en las AUC– y de Ernesto Báez. La reunión se desarrolla en un ambiente cordial, que tiene la apariencia de amigos que se reúnen y recuerdan viejos tiempos.

Según Hernán Gómez, con el nacimiento de las AUC se acabaron los “feudos” con poder armado de carácter antsubversivo, y se creó una organización con “un solo brazalete, un único uniforme y un norte político” (Aranguren 243). Las AUC son una fuerza que representa a la clase media colombiana, pues en ellas no participa ni “el Estado, ni los dueños del país y menos aún las multinacionales” (Aranguren 245). En estas palabras de Gómez está claro que las autodefensas son un ejército irregular, pero además es interesante la idea de que –desde su propia perspectiva– las AUC protegen a la clase “media” colombiana.

Recapitulando, desde la perspectiva de Carlos Castaño en su libro, ni las AUC ni los grupos paramilitares relacionados con ella podían ser catalogados como “bandas armadas”, sino que debía ser clasificadas como una fuerza política militar organizada, la cual defendía los intereses de las personas perjudicadas por la guerrilla. En lo político tenía una ideología –si bien no precisa cual– y tenía simpatizantes en sectores sociales como los ganaderos y la “clase media”; había organizado movimientos políticos como el MORENA; y en el plano militar, tenían un mando unificado y una jerarquía. Pero además habían remplazado al estado en varios lugares del país, es decir, tenían un control del territorio.

Las AUC y su control territorial

El control territorial alude a la idea de control militar y político que una organización tiene sobre una región, pero también a que esta organización reemplaza al estado en algunas de sus funciones en ciertas zonas del territorio donde tiene lugar el conflicto. A lo largo del libro, Castaño muestra que las AUC no sólo son una organización armada sino que controlan militarmente territorios y que –a pesar de su carácter ilegal– ejercen funciones que normalmente le corresponderían al estado colombiano, sobre todo la relacionada con garantizar la seguridad de sus ciudadanos.

El punto del territorio era importante para Castaño, en el sentido de que él consideraba que le permitiría negociar con el gobierno. Castaño afirma que gracias a Hernán Gómez, él entendió que lo fundamental de la guerra es el control de territorios (Aranguren 237). Y a su vez, el ideólogo de las autodefensas Hernán Gómez pensaba que la posibilidad de negociar en términos cómodos con el estado colombiano dependía de los territorios que controlaran las AUC (Aranguren 248). Por estas razones Castaño se preocupa por resaltar el control militar y la suplantación del estado por parte de las AUC a lo largo del relato.

Siguiendo la estructura general del libro, los autores del libro muestran el control territorial de las AUC mediante las descripciones que hace el periodista, algunas veces mediante la inclusión de voces, e incluso mediante el uso de fotografías. A lo largo del relato Castaño y el periodista aluden implícitamente o explícitamente a la idea de las zonas que controlan las AUC. Pasadas las primeras 20 páginas de la narración, por ejemplo, el periodista y Castaño van viajando en un helicóptero y dice Castaño:

“–Ahora entramos en territorio liberado de guerrilla, zona de Autodefensa.

Transcurrieron más de quince minutos y seguíamos en “zona nuestra”, como él se refiere a las tierras donde la autoridad en la sombra es la autodefensa [Comenta el periodista].” (Aranguren 66)

La idea de estar desplazándose en un helicóptero por espacio de 15 minutos crea de manera implícita la imagen de que ellos controlan una vasta extensión de territorio, pero además, cuando el periodista afirma que en estos territorios los paramilitares de las AUC son la “autoridad” oculta, insinúa que suplantán a la autoridad oficial en sus funciones.

Varias páginas más adelante el periodista reflexiona en forma de monólogo interior sobre la tranquilidad con que se desplaza Carlos Castaño, a quien el periodista cataloga de “uno de los hombres más buscados del país” (Aranguren 91). Y Castaño, como si leyese su mente, le contesta diciéndole:

“—Ésta es zona de Autodefensas, es muy difícil que hasta aquí llegue un guerrillero; tenemos gente nuestra con radioteléfonos cuarenta kilómetros a la redonda, que nos reporta si hay algún retén o un operativo militar, eso sin contar los campesinos, agricultores y ganaderos amigos que nos avisan por teléfono cualquier movimiento”
(Aranguren 91)

En la respuesta de Castaño expresa claramente la idea del control del territorio, pero además sugiere que las AUC no sólo tienen una fuerza armada, sino que esta cuenta con el apoyo de la población civil, la cual le informa de los movimientos de la guerrilla y del Ejército. En el libro, la idea de que las AUC cuentan con una fuerza armada y con el apoyo de la población

civil se refuerza con la inclusión de otras voces que corroboran directa o indirectamente esta idea.

El hecho de que la voz de los comandantes de las AUC tenga un espacio en la narración refuerza la idea de que son una organización real. En su autobiografía, Castaño no sólo habla de sus comandantes, sino que ellos hablan por sí mismos. La inclusión de las voces de los comandantes tiene una doble función: por un lado corroboran la versión de Castaño y dan detalles de lo que él narra; por otra parte, el incluir sus voces también sirve para mostrar la estructura interna de su organización armada. Unas veces los comandantes sólo se mencionan y no hablan mucho, otras veces narran un capítulo del libro, pero frecuentemente reivindican la organización militar de las AUC y su control de territorio.

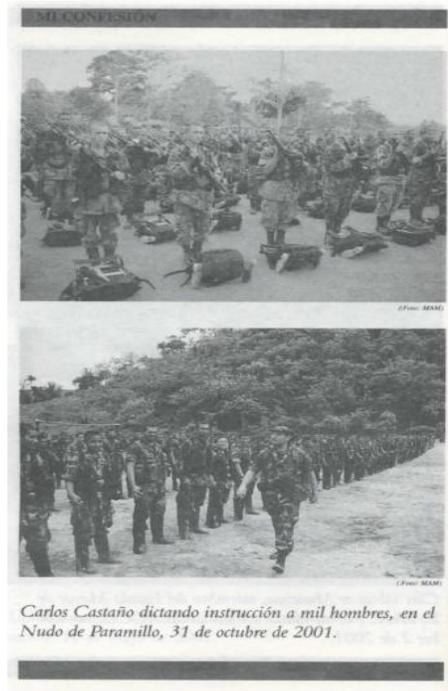
Algunas veces los comandantes hablan poco, pero en el libro se alude directamente al control de territorios y a su rango. Por ejemplo, al iniciar el capítulo VI, aparece el 'Alemán'. Aranguren, después de relatar la forma afectiva como se saludan con Castaño y de describir físicamente al comandante, lo describe así: "[el 'Alemán'] se asemejaba a un excursionista experto, no a un comandante de mil hombres. Además de controlar gran parte de la Costa Pacífica y el golfo de Urabá. Es uno de los más jóvenes entre los comandantes". El 'Alemán' no vuelve a intervenir después de saludar a Castaño y de que el periodista hace esta breve presentación, pero en ella queda claro su rango, la cifra de hombres que comanda, que es uno entre varios comandantes y que controla una gran cantidad de territorio estratégico, pues el territorio que domina incluye las dos costas colombianas. Algunas veces los comandantes hablan durante todo un capítulo.

En el capítulo XIX Castaño y el comandante Julián, el encargado de la zona del sur de Bolívar, narran cómo las AUC derrotaron al ELN en este territorio, también muestra cómo los paramilitares de las AUC ajustician a los comandantes irresponsables y cómo diseñan nuevas estrategias para ganarse el apoyo de la comunidad, en el caso del sur de Bolívar, el de los campesinos. También se refuerza la idea del control de territorios a través de la fotografía.

En la página 227 del libro aparece una fotografía de Carlos Castaño vestido con uniforme camuflado (Ver anexo 7), parado sobre lo que parece ser una roca y con su brazo derecho extendido como quien señala una dirección. El pie de foto dice “Castaño en el cerro del “Mico ahumado”, antiguo territorio del ELN”. Pero además hay otras dos fotografías en las que Castaño les está dando instrucción militar a sus hombres en la página 230, (ver anexo 8).



Anexo 7



Anexo 8

En resumen, hasta aquí he querido mostrar cómo el libro va sugiriendo que las autodefensas tienen un control territorial –parte de la Costa Pacífica, el ‘Alemán’; partes del sur de Bolívar, donde está el comandante Julián; Córdoba, donde está Castaño–, además cómo Castaño muestra que él está al mando de un ejército irregular, no de una organización armada cualquiera. Pero además apunta que su control territorial cuenta con el apoyo de la población y que en algunos casos pueden suplantar al estado en sus funciones.

Una forma de demostrar este apoyo de la población es incluir el testimonio directo de los pobladores de Córdoba, los cuales le agradecen a las AUC que les hayan ofrecido la seguridad que el estado colombiano no estuvo en capacidad de garantizarles. En el capítulo XI el ganadero Rodrigo García –a quien Castaño considera su segundo padre– relata cómo era el sentimiento de inseguridad en Córdoba antes de que Castaño llegara a la región:

“–Cuando hoy nos dicen que somos paramilitaristas [amigos de los paramilitares], se olvidan de todo nuestro pasado, en el que solicitamos, insistimos y hasta rogamos que se nos brindara fuerza pública para protegernos de la guerrilla. Parecíamos no formar parte de Colombia y de eso fue testigo la prensa que registró mi clamor. Después de tanto insistir, nos instalaron la XI Brigada, su aparato administrativo, pero sin soldados suficientes. Vino luego el ministro de defensa Guerrero y resultó uniéndose a nuestras críticas, pues los soldados en el batallón permanecían de pantuflas porque les prestaban las botas a los que salían de servicio. ¡Se fija!” (Aranguren 220).

García no se sentía protegido por el Estado colombiano. Primero porque el Estado no tenía presencia militar en la región –había policía, pero no ejército–; después porque el ejército

colombiano no tenía soldados suficientes. Y finalmente porque el ejército no combatía a la guerrilla, como lo sugiere el sarcasmo de que los soldados en servicio estaban en “pantuflas”. García continúa su historia narrando cómo los ganaderos reunían dinero para donárselo a la Brigada IX, hasta que apareció “el señor Fidel Castaño como un ángel de justicia y de revancha” (Aranguren 201). El testimonio de García es utilizado por Castaño para probar que la organización militar de Castaño tiene una base social, pero además que está suplantando al estado al ofrecerles seguridad a sus habitantes y, a veces, en otros aspectos puntuales.

La base social del paramilitarismo, según Castaño, también es popular. Por ejemplo, cuando el gobierno trató de despejar militarmente cuatro municipios para establecer una mesa de diálogo con el ELN en el Sur de Bolívar, el gobierno consultó con la organización armada de Castaño para que ellos también aprobaran el despeje y les garantizaran la seguridad a los miembros del ELN. La contrapropuesta de las AUC es que ellos sólo despejarían uno. Cuando el gobierno anunció el despeje de los cuatro municipios la organización de Castaño movilizó su base social en un paro cívico (Aranguren 328).

De acuerdo con la versión de este libro, la organización de Castaño no sólo le ofrecía seguridad a la región, sino que además, en algunos momentos, había adelantado diferentes iniciativas sociales en diversos momentos. Ernesto Báez asegura que cuando se organizó el núcleo de los paramilitares en el Magdalena Medio bajo el nombre de ACDEGAM “se construyeron cuarenta y dos escuelas y los profesores eran pagados por ACDEGAM” (Aranguren 117).

Y Castaño afirma que, en 1991, durante el proceso de paz con el EPL, su hermano Fidel contribuyó a la redistribución de la tierra en Córdoba, él le entregó 10.000 hectáreas de tierra a más de cinco mil familias campesinas, con lo cual, dice Castaño: ...“captábamos fuerza social, y fuerza social es poder” (Aranguren 99). Además Castaño y su hermano fundaron la Fundación para la Paz de Córdoba (Funpascor), a través de la cual canalizaban recursos para la “obra social” de su organización. Y creo que estos datos, por ejemplo, omiten intencionadamente el proceso de la concentración de la tierra que ocurrió en los lugares donde operaban los paramilitares de las AUC, como por ejemplo, el hecho de que ‘Jorge Cuarenta’ expulsó a unos 200 campesinos y se apropió de sus tierras.

Salvatore Mancuso y Castaño sostienen que su organización paramilitar ha logrado cosas que ni los políticos ni el gobierno local han logrado, como por ejemplo “mejorar vías, la salud, el empleo, tener maestros y generar progreso en la región” (Aranguren 301) y, a reglón seguido, Castaño complementa lo que dice Mancuso cuando afirma que en Córdoba “La autoridad que impulsó el cumplimiento de las normas fuimos nosotros”. Y de nuevo interviene Mancuso “Hoy las Autodefensas les paga a más de doscientas personas por ser los veedores que controlan el funcionamiento de los municipios donde operamos” (301 Aranguren). En resumen, según Castaño y sus hombres, los paramilitares de las AUC cumplen funciones que normalmente debería cumplir el Estado, como velar por la salud y el trabajo de sus ciudadanos, y además vigilan el cumplimiento de la ley en sus territorios y fiscalizan la labor del estado colombiano.

Recapitulando, en esta sección del trabajo he querido mostrar que los autores del libro tratan de probar que las AUC ejercían un control territorial en Colombia, y este punto era importante porque desde la perspectiva de Castaño mostrar esto era crucial para poder

negociar con el gobierno de Colombia. En la autobiografía Castaño deja claro que su organización tiene la estructura de un ejército, cuenta con el apoyo de la población civil, y remplacea al estado en la función de ofrecerles seguridad a los pobladores de una región, pero además adelanta labores sociales como abrir escuelas.

De manera que, de acuerdo con el libro, las AUC tenían la organización de un ejército irregular con un mando unificado, con unos estatutos y una estructura jerárquica; además extensiones importantes del territorio colombiano en el cual suplantaba al estado colombiano en sus funciones; solo hacía falta probar un punto adicional, el relacionado con que las AUC respetaban el DIH.

Las AUC y el respeto del Derecho Internacional Humanitario

El DIH tiene dos objetivos fundamentales: proteger a la población civil que vive en un territorio en el que dos fuerzas sostienen un conflicto armado; y proteger a las personas que se encuentren en poder de una de las partes en conflicto, como por ejemplo, los prisioneros de guerra. En este sentido el esfuerzo de Castaño apunta a probar que su organización no ataca a la población civil, tal como lo sugieren las siguientes palabras de Castaño: “Lo que yo hice fue ejecutar a los guerrilleros activos dentro de las organizaciones de izquierda” (Aranguren 145), es decir, desde su punto de vista, Castaño sólo ejecutó a guerrilleros mimetizados dentro de la sociedad civil y los partidos legales.

A lo largo de su libro Castaño muestra muy bien la naturaleza irregular del conflicto colombiano. En una guerra regular dos ejércitos claramente identificables se enfrentan en un campo de batalla, pero en un conflicto irregular ambos bandos se mimetizan entre la población civil o dentro de los organismos gubernamentales. Por ejemplo, en las zonas que controla la

guerrilla, esta tiene relaciones con civiles que se benefician de su presencia en la región, idea que Castaño desarrolla en “los padrinos de la guerrilla” (Aranguren 133), donde cuenta como un civil asociado con la guerrilla –y por esto se refiere a ellos como “padrinos”– compraba tierra a precios muy económicos debido a que la presencia de la guerrilla en la zona intimidaba a los pobladores. La guerrilla, según Castaño, también se ha infiltrado en sindicatos y organizaciones sociales (Aranguren 144).

En medio de esta situación Castaño afirma que él ejecuta únicamente a guerrilleros, y este hecho distingue a su organización de otras que combaten la subversión, incluyendo a las estatales. Algunos oficiales del ejército colombiano, según Castaño, consideraban que “todo lo que fuera izquierda era guerrilla” (Aranguren 138); Gonzalo Rodríguez Gacha, un narcotraficante que tuvo su propia organización armada, “atacaba todo lo que fuera comunista” (Aranguren 119). Castaño señala que él se diferencia de otros sectores de la extrema derecha que no distinguen entre guerrilleros y militantes de partidos políticos civiles de izquierda, con el propósito de probar su condición de ejército irregular que no involucra a civiles en su guerra. Sin embargo, en mi opinión, es importante tener en cuenta que Castaño pocas veces precisa las pruebas o el procedimiento que usa para llegar a la conclusión de que alguien es guerrillero, más allá de comparar la información que le llega a través de diversas fuentes sobre una persona.

Castaño, a pesar de que acepta el haber planeado y ejecutado operaciones en las que morían decenas de personas en un solo día en distintas poblaciones, y a pesar de que admite haber sido el responsable, entre otros, de la muerte “*de unos treinta a cuarenta guerrilleros*

*fuera de combate, escondidos en la Unión Patriótica”*¹¹ (Aranguren 117), rara vez habla en términos de masacres.

A lo largo del relato Castaño habla de pocas masacres, una de ellas en la vereda Lagartos (Aranguren 104); y, por el contrario, niega que uno de sus hermanos haya estado en una masacre y que su hermano Fidel haya tenido que ver con cuatro masacres. Además, si bien acepta que sus hombres algunas veces abusan de la fuerza, él desmiente que sus hombres hayan realizado actos como desmembrar guerrilleros con motosierras o decapitar personas –de lo cual se les acusó en algún momento– (Aranguren 188-187). Todo esto para conferirle el carácter de ejército irregular a su organización armada.

Finalmente Castaño ha estado dispuesto a realizar intercambios de prisioneros: “La captura del jefe guerrillero Carlos Alirio Buitrago del ELN descubrió para mí la esencia de Carlos Castaño. A cambio de la libertad del guerrillero demandó la liberación de un significativo número de secuestrados y cuando se los entregaron cumplió a cabalidad devolviendo al subversivo.” (Aranguren 223) Este detalle muestra que es una persona que respeta la integridad de algunos de sus prisioneros.

Con todo esto lo que está tratando de probar Castaño es que su organización armada respeta algunas de las reglas del derecho internacional humanitario, en particular el hecho de que respeta a la población civil, y el respeto por la humanidad de la contraparte. Así, desde la

¹¹ La Unión Patriótica fue un partido político que se creó en Colombia en el marco de las negociaciones de paz entre las Fuerzas Armadas y Revolucionarias de Colombia FARC y el gobierno de Belisario Betancourt, en este proyecto se mezclaron integrantes del Partido Comunista Colombiano, un partido legal que desde hacía varios años había lanzado la estrategia de combinar las formas de lucha –aludiendo a combinar la lucha armada y con la lucha política electoral y civil– y miembros las FARC –considerado por algunos como el brazo armado del Partido Comunista Colombiano–, el resultado de este experimento fue la muerte de más de 5.000 militantes de la UP por grupos armados de la extrema derecha colombiana.

versión ofrecida por los autores de este libro, Castaño estaría al frente de una organización político militar, que controla un territorio militarmente y suplanta al estado en algunas de sus funciones, pero que además su ejército irregular respeta el derecho internacional humanitario, con lo cual cumpliría algunas de las condiciones que le exige el DIH para reconocer a una organización armada como “fuerza beligerante”.

Sin embargo, en mi opinión, creo que el argumento de Castaño tiene un gran vacío y es que a lo largo del libro casi nada se dice de las masacres que cometieron los paramilitares, y nada se dice de las atrocidades de las que se les acusa. Para hacerse una idea de estas basta mencionar que el Grupo de Memoria Histórica de la Comisión Nacional de Reparación y Reconciliación afirma que en Colombia hubo 2.505 masacres entre 1982 y 2007, con un saldo de 14.660 víctimas. Si bien es cierto que algunas de estas masacres fueron cometidas por la guerrilla, buena parte de ellas están relacionadas con los grupos paramilitares. En estas masacres no siempre murieron guerrilleros, sino que a veces fueron asesinadas personas que se negaban a darles dinero a los paramilitares; y otras veces los paramilitares mataron a gente que no tenía nada que ver con el conflicto armado. Pero además en el libro nada se dice de las atrocidades que cometieron los paramilitares.

El 17 de enero de 2001, por ejemplo, algunos hombres de una de las organizaciones paramilitares vinculadas a las AUC llegaron al corregimiento de Chengue, en el municipio de Ovejas en el departamento de Sucre. Allí el frente paramilitar de las AUC ‘Héroes de los Montes de María’ asesinaron a 24 personas golpeando sus cabezas con mazos de moler piedra (Masacre de Chengue, Sucre (Enero del 2001)).

A lo largo de esta sección de mi tesis lo que he buscado es contestar una pregunta que Sidonie Smith y Julia Watson consideran fundamental para los relatos de un testigo sobre un hecho y es ¿Quién está autorizado a contar una historia y para qué fin? (Sidonie Smith y Julia Watson 366). Al final de cuentas Castaño ha sido testigo de la creación tanto del paramilitarismo como de las AUC, su experiencia como paramilitar abarcó prácticamente más de la mitad de su vida.

Hasta aquí he querido mostrar cómo esta autobiografía de Castaño, primero trata de despertar una empatía hacia su persona y hacia las razones que lo llevaron a convertirse en paramilitar. Para lograr esto tanto Carlos Castaño como el periodista presentan a un Carlos Castaño sincero y dispuesto a asumir las consecuencias de sus actos, pero además a un ser humano que es amable, que soñaba con ser profesor, que es cordial con sus allegados, y que tiene una esposa e hijos. En cuanto a las razones que lo llevaron a la paramilitarismo, Carlos Castaño se presenta a sí mismo como alguien que resultó involuntariamente involucrado en un conflicto armado debido a que la guerrilla asesinó a su padre y señala explícitamente a la guerrilla como la culpable de que existan paramilitares en Colombia.

Una vez Castaño que ha hecho esto, él se centra en demostrar un punto que era importante para las autodefensas en el momento de la negociación: el hecho de que las AUC – organización que agrupaba a varios grupos paramilitares de todo el país– eran una coalición de paramilitares con carácter político, lo cual les permitiría a las AUC acogerse a ciertos beneficios, como el indulto. Para hacer esto Castaño establece similitudes entre su organización y lo que el derecho Internacional Humanitario denomina fuerza beligerante.

Personalmente creo que, al revisar el libro con atención, Castaño no logra su objetivo de crear empatía por varias razones. La primera es que la muerte de un familiar y la ineficacia de la justicia colombiana no justifican ni justicia por cuenta propia matando los asesinos de su padre, y aún menos justifican todos los crímenes que cometió después bajo el argumento de combatir a la guerrilla.

Por ejemplo, una de las primeras zonas que Castaño eligió como objetivo militar en su lucha contra la guerrilla fue el Urabá antioqueño, y en esa zona entre 1991 y el 2001 se cometieron 96 masacres en las que murieron 597 personas (Masacres: la ofensiva paramilitar). A pesar de que en el libro hay un capítulo dedicado a la toma de Urabá titulado “La guerra de Urabá” y de que Castaño acepta que esa fue una guerra de una “horda” contra otra “horda” en la que murieron “tanto inocentes como culpables” (Aranguren 269), Castaño no dice nada de las masacres cometidas por los paramilitares, y más bien hace énfasis en que ellos desafiaron a las FARC a una guerra formal entre combatientes que no involucrara a la población civil (Aranguren 270). Además en este capítulo Castaño también resalta el papel que jugaron los grupos guerrilleros en estas masacres, por ejemplo, dice que en 1994 las FARC asesinaron a varios desmovilizados de la organización guerrillera EPL. Esto último fue cierto, sin embargo no explica todas las muertes ni aclara el papel que jugó su organización en estas muertes.

Tampoco considero que tenga éxito creando la imagen de hombre sincero y franco. No sólo porque no confiesa todo lo que sabe bajo el argumento de que algunas verdades pueden hacerle daño al país, sino también porque en el momento de su muerte cursaban en su contra 127 procesos penales de los cuales casi nada se dice en el libro. Y cuando confiesa asesinatos o bien lo hace de forma general, sin que sea posible identificar ni la víctima ni aclara de forma

precisa cómo llegó a la conclusión de que era guerrillero; o bien lo hace con un propósito explícito, desvirtuar a su opositor político y a su enemigo militar, es decir, a la guerrilla, como sucede, por ejemplo, con la muerte de Carlos Pizarro. Castaño narra esta muerte con detalles con el propósito de conectar de forma directa a los guerrilleros del M-19 con el narcotráfico y, por extensión, con el objetivo de desprestigiar la guerrilla en general.

Finalmente un libro como esta autobiografía de Castaño trata de construir un argumento sobre una experiencia de vida con el propósito de buscar apoyo para una determinada causa. En este tipo de libros es imprescindible que todo lo que se dice en el texto sea verdadero y verificable, y en ese sentido es importante señalar que al menos hay un escrito que afirma que mucho de lo que se narra en el libro es falso. De acuerdo con esta versión alterna, Carlos Castaño empezó su carrera criminal a los 15 años como asesino a sueldo que trabajaba para Pablo Escobar, y Castaño le “robó” parte de la vida a su hermano para hacer parecer su vida más interesante (Carlos Castaño Gil).

En cuanto a la idea de Castaño de presentar a las AUC como una organización político militar creo que tiene más éxito, pero aun así quedan vacíos. Creo que Castaño logra probar que su organización controla territorios, pero no logra demostrar ni que su organización respete el Derecho Internacional Humanitario ni mucho menos la idea de el carácter político de la organización, pues más allá de vagas alusiones a la “defensa de la patria” o a la lucha antiterrorista nunca se expone un programa ideológico claro ni un programa político.

He dedicado tanto espacio a Castaño porque considero que es el libro más interesante de los tres que analizo en este trabajo. Y la razón es que en este libro Castaño usa su historia de

vida como argumento para justificar, primero su conversión en criminal que asesina guerrilleros, y después para reivindicar a su grupo paramilitar y la organización que él contribuyó a fundar, las AUC, como una organización de carácter político en vísperas de una eventual negociación de la paz con el gobierno. Esto último con el propósito de acogerse a los beneficios que la justicia colombiana les garantizaba a aquellos grupos que fueran considerados como actores armados con carácter políticos.

Por otra parte creo que el libro es importante porque la forma como el periodista se aproxima a Castaño abre un debate sobre el papel de los intelectuales en la sociedad colombiana. En mi opinión el intelectual debe asumir una posición crítica frente a su entrevistado, aun cuando eso signifique grandes retos y dificultades como, en efecto, sucede con un personaje como Carlos Castaño. Y esto es algo que no logra Mauricio Aranguren en su libro sobre Castaño, pero que tampoco hacen otros periodistas que han cubierto el mismo tema.

Se puede comprender que una persona quiera justificar sus actuaciones en su autobiografía, lo que hace interesante de la biografía de Carlos Castaño es que su biografía apunta a justificar no sólo a su persona, sino a todo un proyecto político, el de las AUC. Sin embargo uno esperaría encontrar una actitud más crítica y más objetiva en una biografía. Y en ese sentido resulta interesante mirar la representación que hace Glenda Martínez de Salvatore Mancuso en la breve biografía que ella escribió sobre este jefe paramilitar.

CAPÍTULO 3. LA BIOGRAFÍA DE SALVATORE MANCUSO: QUE ACTUÓ BAJO EL MARCO LEGAL COLOMBIANO Y CON LA APROBACIÓN DEL EJÉRCITO

La biografía cumple diversas funciones políticas de acuerdo al enfoque que el biógrafo le da a su biografiado y al contexto en el que sale publicada la biografía. Y la biografía que analizaré en este capítulo, *Salvatore Mancuso su vida* (2004), es la primera que se ha escrito sobre un paramilitar colombiano, y en ella la biógrafa convierte a su personaje –el segundo hombre más importante en la estructura de los paramilitares en el momento de la desmovilización– en un héroe que actuó de acuerdo con el marco legal colombiano, con la aprobación del ejército y que se distingue claramente de otros paramilitares que son criminales.

Esta biografía, escrita por la periodista Glenda Martínez, fue publicada en 2004 y forma parte de la colección “Historias no Contadas”, publicada por la editorial Norma. La colección editorial “Historias no Contadas”, según dice en la contra carátula del libro, pretende dar una visión compleja y sin juicios de valor de las distintas realidades del país a través de reportajes, textos periodísticos e historias personales, dado que Colombia se ha caracterizado por ser un país sin memoria. La pregunta que subyace bajo esta sección de mi investigación es, precisamente, qué tipo de “memoria” del paramilitarismo propone una biografía como la que escribió Glenda Martínez sobre Salvatore Mancuso.

Salvatore Mancuso su vida es una biografía periodística, es decir, es corta, tiene unas 100 páginas y no tiene muchas fuentes bibliográficas. La biografía abarca desde el nacimiento de Salvatore Mancuso hasta 2003, año en el que se inició el proceso de desmovilización y en el que aún se estaba discutiendo tanto la gravedad de sus crímenes como las consecuencias legales de sus acciones. En este sentido, por ejemplo, conviene tener en cuenta que Salvatore Mancuso no

se desmovilizó hasta 2004. En un contexto como este, la labor del periodista es presentar a su biografiado de manera objetiva, pues la justicia, y la sociedad en general, necesitan elementos de juicio para tomar decisiones. Teniendo en mente que la biografía sale publicada en el mismo año que Salvatore Mancuso se somete a la justicia, vale la pena entrar a analizar la biografía – pues no encontré ni reseñas ni artículos periodísticos sobre el libro–. Comenzaré por describir el libro.

El libro tiene 12 secciones muy cortas, las cuales están enumeradas –no tienen títulos– y tiene dos paratextos, el texto del Acuerdo de Santa Fe de Ralito –el acuerdo que firmaron el gobierno y las AUC en 2003 en el momento de la desmovilización–; y la primera entrevista que le concedió Salvatore Mancuso a los medios de comunicación, publicada en la revista Semana en 2003, en la cual Mancuso habla sobre el proceso de paz. Las doce secciones no siguen un orden cronológico, sino que dan saltos en el tiempo hacia atrás y hacia adelante. La narración comienza en 1993; retrocede a 1956, cuando llegó el papá de Salvatore Mancuso de Italia y se estableció en Montería; después avanza a 1981 y así sucesivamente.

Al organizarlo cronológicamente, en el libro se destacan los siguientes periodos históricos: la llegada del padre de Mancuso en 1950 y el nacimiento de Salvatore Mancuso en 1964; el crecimiento descontrolado de la guerrilla y el incremento de la extorsión en Córdoba entre 1981 y 1991; el regreso de Salvatore Mancuso a Córdoba en 1989, después de haber estudiado en el exterior y en Bogotá; la llegada del oficial Walter Fratini a Córdoba en 1991 con la intención de formar redes de seguridad organizadas por los ganaderos para que ellos mismos se defendieran de la guerrilla; la llegada del EPL a la finca de Salvatore Mancuso en 1992, lo cual marcó un punto de giro en su vida porque a partir de allí él se involucra cada vez más con la organización

de su propio grupo paramilitar; 1996 cuando el gobierno expide la primer orden de captura y Salvatore se convierte en fugitivo de la justicia; y finalmente el periodo posterior a 2001, cuando Salvatore Mancuso se convierte en el líder de los paramilitares y cuando las AUC toman la decisión de desmovilizarse, de ahí la inclusión de los dos paratextos al final del libro.

Esta sección de mi trabajo gira en torno a dos afirmaciones centrales: la primera es que Glenda Martínez representa a su biografiado como un héroe, y lo que me propongo mostrar es cómo construye esta imagen y qué virtudes le atribuye a Salvatore Mancuso como héroe en la representación que hace de él en la biografía. La segunda es que ella hace énfasis en que los paramilitares se desarrollaron con la complicidad de algunos oficiales del ejército y hasta cierto punto bajo el amparo legal del Estado colombiano, la consecuencia directa de este punto de vista –que no se afirma explícitamente en el libro pero que se infiere– es que la justicia no puede juzgar a Salvatore Mancuso –un personaje que actuó con la aprobación del ejército y, amparado por el marco legal nacional– con la misma severidad con la que esta castiga a un criminal que todo el tiempo ha actuado al margen de la ley. Pero para hacer esto considero necesario precisar qué elementos voy a recurrir para analizar esta biografía y qué es la biografía como género.

Precisiones sobre el género de la biografía y elementos de análisis de una biografía

Lee, en su introducción a la biografía, afirma que todo biógrafo básicamente trata de responder una pregunta sobre su biografiado, y esta es ¿cómo era o cómo es él? En este sentido, la biografía trata de revelar al lector el ser interior del biografiado, y para lograr este objetivo el biógrafo debe analizar de la forma más completa y precisa el pensamiento, las emociones, el temperamento y las creencias del personaje que ha elegido (Lee 124). De manera

que el biógrafo no sólo lista una serie de hechos en la vida del biografado, sino que el biógrafo representa a su biografado a través de los hechos que decide contar así como de la forma en que narra su vida.

Lee, aun cuando afirma que no hay unas reglas fijas que definan la biografía, sugiere que hay unas características básicas del género y muestra cómo los biógrafos pueden jugar con esas reglas. En particular me interesa destacar cuatro de los puntos que ella menciona en las primeras páginas de su libro y la forma cómo el biógrafo puede matizar a su biografado a través de la manera como aplica las reglas (Lee 6 -13), Lee afirma que la biografía:

- Debe ser una historia verdadera. El biógrafo debe apegarse a los hechos comprobables y debe tratar de narrar lo que sucedió en la vida real; sin embargo, afirma la autora, hay muchas formas de romper esta regla, como sucede en las biografías en las que el biógrafo hace grandes descripciones de las emociones de su biografado y usa estrategias propias de la narrativa de ficción para mantener el suspenso. En este sentido este criterio de que la biografía debe ser una historia verdadera es algo relativo, en tanto la fidelidad de los hechos se subordina –algunas veces– a otros fines, como mantener el suspenso o a un fin abiertamente ideológico.
- Debe cubrir toda la vida o casi toda la vida del biografado. No obstante, cada biógrafo hace énfasis en distintas etapas de la vida del biografado y organiza la historia de vida de distinta forma de acuerdo con los intereses del público para el que escribe.
- Debe ser objetiva y nada debe ser omitido. En la biografía de un personaje no deben existir ni la censura ni la idealización, todas las fuentes usadas deben ser identificadas, y el biógrafo no sólo debe conocer al biografado en profundidad, sino que además debe

ser objetivo. La idea de una biografía completamente objetiva es prácticamente imposible, pero es importante que el biógrafo trate de ser objetivo en la representación que hace de su personaje.

- Debe verse como una investigación de la identidad. Puesto que la biografía cuenta la vida de una persona, el biógrafo debe elegir la mejor forma para representar la identidad de su biografiado, por ejemplo, a través de anécdotas, o de los momentos en los que el personaje tomó decisiones trascendentales, a través de sus relaciones con otras personas. Todo biógrafo debe mostrar la relación entre la personalidad o la vida interior del biografiado y sus actuaciones públicas.

En resumen, a la hora de analizar una biografía conviene tener en cuenta: la forma en la que está organizada la historia o la narración de la vida, las etapas de la vida en las que el biógrafo hace énfasis, la objetividad del biógrafo –relacionado en parte con las fuentes que utiliza para escribir la biografía– y la forma en que representa la identidad de su biografiado. Y estos son los elementos de los que me valdré para analizar la biografía de Mancuso en torno a dos ejes: cómo representa Martínez a este jefe paramilitar y el punto de vista que subyace sobre el fenómeno del paramilitarismo bajo esta biografía. Dentro de los mecanismos que usa Glenda Martínez para representar a su biografiado, se destacan tres: las anécdotas, las situaciones que marcaron un punto de giro en su vida, y cómo se relaciona Salvatore Mancuso con las personas. A través de ellas, la biógrafa construye una imagen heroica de su biografiado atribuyéndole las características básicas del héroe: su liderazgo, su valentía y el carácter justo de su lucha.

Salvatore Mancuso el héroe de los ganaderos de Córdoba según Glenda Martínez

Para comenzar, la periodista presenta el liderazgo como una característica connatural a Mancuso, desde su niñez era un líder y un estratega como lo muestra la siguiente anécdota:

“Una tarde, de regreso del Colegio Juan XIII, con escasos 10 años, Salvatore decidió enfrentar a su padre porque no estaba de acuerdo con la severidad de sus castigos. Lo calculó todo, desde el lugar donde debía abordarlo hasta la última palabra que le diría. Para lograr la solemnidad que necesitaba, lo buscó en su oficina en el concesionario Hermanos Mancuso. Ahí lo encontró, impecable como siempre. Al final de la charla, don Salvador estuvo de acuerdo en cambiar la correa por un castigo más edificante: horas de lectura en la biblioteca. La nueva fórmula de sanción le gustó a pesar de su indisciplina, a menudo comentada por el hermano Arturo, a quien cariñosamente llamaban El Pando, rector del colegio de los Hermanos de la Salle, que no soportaba verlo organizando la indisciplina, dando órdenes a sus compañeros para que se colgaran de los ventiladores en las horas de recreo.”(Martínez 39).

Esta anécdota, que pareciera describir a Salvatore Mancuso como un niño inteligente y travieso, en realidad resalta dos características que posteriormente lo distinguirán como jefe paramilitar: su condición de estratega, calcula todo cuidadosamente para alcanzar un objetivo; y su liderazgo, Salvatore organizaba el desorden en la escuela y les daba “órdenes” a sus compañeros. Además, el hecho de que Salvatore hiciera todo esto desde los diez años básicamente está sugiriendo que él tiene estas características desde niño, le son connaturales a su personalidad. A lo largo de la biografía Martínez destaca su liderazgo en otros contextos, por ejemplo, cuando Salvatore Mancuso viaja para estudiar fuera del país, ella dice que Salvatore

extrañaba su papel de hermano líder “siempre en defensa de los pequeños” (Martínez 60), con lo cual destaca sus rasgos de el líder justo y protector. Pero además, según Glenda Martínez, Salvatore Mancuso es inteligente y culto.

A los 18 años, cuenta la biógrafa, recibió con honores el título de bachiller por haber sido el segundo en su promoción, y con esto la biógrafa comienza a desarrollar otra de las facetas de Mancuso: la de hombre autodidacta y culto. A pesar de que Salvatore Mancuso nunca terminó ninguna carrera universitaria –aun cuando empezó dos–, la biógrafa resalta el hecho de que aprendió tres idiomas, italiano, inglés y español. Y el italiano, por ejemplo, lo aprendió traduciendo las frases que decía su abuelo –de origen italiano– en italiano; también aprendió a volar helicópteros de una forma casi autodidacta, después de “siete horas de instrucción sobre el manual” (Martínez 86) se lanzó a pilotear un helicóptero, y con el tiempo la gente aprendió que esa “era su forma natural de hacer las cosas” (Martínez 86). A partir de la forma como aprende italiano y a pilotear helicópteros, Martínez retrata a Mancuso como un ser extremadamente inteligente que aprende rápidamente en la práctica. La biógrafa también destaca que Salvatore es un hombre con mundo.

Martínez había narrado que Salvatore Mancuso le propuso a su padre que, en vez de castigarlo físicamente, le conmutara la pena por “horas de lectura en la biblioteca”, con lo cual ya comienza a resaltar sus cualidades intelectuales, pero más adelante la biógrafa cuenta que Salvatore Mancuso viajó a estudiar a Pittsburgh, Pensilvania, donde su vida transcurrió entre “museos”, “bibliotecas” y eventos deportivos que lo entusiasmaban de forma pasajera (Martínez 59); las palabras entre comillas evocan la imagen de un Salvatore Mancuso lector,

sentado en una biblioteca en Pittsburgh y que visita regularmente los museos. A lo cual hay que sumarle su faceta de hombre extremadamente valiente.

Ella destaca el gusto de Mancuso por los deportes extremos como el motociclismo. Salvatore Mancuso fue primero en el Campeonato Nacional de Motocross y, como corredor, había sorprendido a sus amigos con “desafíos temerarios de velocidad, altura y dificultad en el terreno” (Martínez 40). Años más tarde, esta faceta de temerario, es la que lo llevará a enfrentar a la guerrilla y a patrullar con el ejército –sin ser militar– y a mostrar más arrojo en combate que el de los mismos soldados. A lo largo de la biografía Salvatore Mancuso participa activamente en tres operaciones militares en diversas funciones que van desde el acompañamiento hasta la planeación y ejecución.

Otra forma de describir a Mancuso es a través de sus relaciones con las personas y con su lugar de origen. Salvatore Mancuso quiere ser agricultor y vivir en Córdoba, pero su comunidad es víctima de la guerrilla, que empezó a operar activamente en la región a partir de la década de 1980. A pesar de ser un deportista exitoso y de haber contagiado a la ciudad de Montería de la fiebre por las motos, cuenta la biógrafa, Salvatore le dio un “portazo” a su carrera deportiva porque quería ser un finquero exitoso (Martínez 40, 41). Pero no sólo dejó pasar esta oportunidad para vivir en Córdoba, en 1983, a pesar de vivir en Estados Unidos por más de un año, y a pesar de que tenía la posibilidad de estudiar en Estados Unidos no quiso hacerlo, como sí lo hicieron otros amigos suyos (Martínez 59). Y unos años más tarde, cuando se va a estudiar a Bogotá, Mancuso sigue en contacto con la situación social de la región “su obsesión por la suerte de Montería, sus amigos y sus tierras no había cambiado” (Martínez 59). Todo esto muestra un gran apego de Salvatore Mancuso a Córdoba y a su comunidad, él sacrifica su

carrera como deportista, la posibilidad de estudiar en Estados Unidos o la posibilidad de vivir en Bogotá –la capital del país–por ser un agricultor exitoso. Sin embargo, esta decisión la toma en un momento en el que la guerrilla tiene azotados a los agricultores y ganaderos del departamento, y para mostrar esto la periodista describe cómo y a qué personajes secuestra la guerrilla.

Según Martínez, Mancuso, a pesar de vivir fuera de Córdoba, estaba al tanto de cómo la guerrilla secuestraba y mataba a los conocidos de su familia y a sus amigos. La biógrafa narra en detalle, por ejemplo, el secuestro del doctor Oscar Haddad, según ella a partir del secuestro de este médico los cordobeses descubrieron que la guerrilla no tendría en cuenta “la bondad de los seres humanos” (Martínez 33) cuando se trataba de secuestrar personas para extorsionarlas. La biógrafa le dedica dos secciones del libro al secuestro de Oscar Haddad, a quien la biógrafa describe como un médico “bondadoso”, y con quien Salvatore –a pesar de la diferencia de edad que existía entre los dos–compartía su gusto por la cacería y la tertulia; también narra el secuestro de Cesar Navarro, a quien la periodista describe como “uno de los personajes más queridos de la región” (Martínez 62); y además cuenta que el EPL había asesinado a Rodolfo Bechara Chalita, un amigo de Mancuso, a finales de los 70 por negarse a pagar una extorsión (Martínez 63). La periodista también describe en detalle cómo la guerrilla fue expandiéndose en Córdoba y cita cifras sobre el efecto negativo que tuvo sobre la sociedad y la economía, como por ejemplo, el descenso en el valor de los predios. De esta forma ella crea un ambiente de zozobra –la guerrilla controla la zona ante la pasividad del ejército¹²– y un tanto maniqueo –las

¹² Para mostrar la ineficiencia del Ejército colombiano, la biógrafa describe el sentimiento de Cesar Navarro al ser liberado de la siguiente manera: “Don César borró de su mente las tejas, las antenas, los cables, los radios, las sillas de montar y hasta los vehículos que había proporcionado durante años en un

víctimas de la guerrilla son gente buena y de bien— en el que es necesario un líder, un héroe que se revele y que reivindique la causa de la justicia, y ese va a ser Salvatore Mancuso.

Todos estos rasgos —su liderazgo, su condición de estratega, de hombre culto, su temeridad y su apego a la tierra— llevaron a que Salvatore Mancuso se convirtiera en líder de una comunidad azotada por la guerrilla y esto sucede en 1992, cuando la guerrilla intentó hablar con él —se sobrentiende que para extorsionarlo— y Mancuso reaccionó de forma enérgica y decidida como una expresión del descontento entre los ganaderos de la región con la guerrilla. La narración de esta escena tiene lugar en la sección 7, en la cual la biógrafa, después de describir a Salvatore Mancuso como un hombre trabajador, cuenta cómo tres hombres de la guerrilla llegaron a la finca de Salvatore Mancuso con una razón: el jefe guerrilla quería entrevistarse con Salvatore Mancuso.

Ante la visita de los guerrilleros, Mancuso toma una escopeta de caza, les apunta y les dice: “Si ustedes me quieren llevar me tienen que cargar muerto. Pero para llevarse mi cadáver primero yo disparo esta escopeta. Díganle a su comandante que si quiere venga a conversar y arreglar las diferencias que tenga conmigo, ¡Pero aquí!” (Martínez 88). Su condición de líder temerario tiene su clímax en esta confrontación. Salvatore Mancuso ha desafiado a la guerrilla en términos de igual a igual, si quiere verme la guerrilla que venga. Después de la conversación con los guerrilleros, Mancuso organiza rápidamente una operación militar, le da la orden a un niño de 12 años de que siga a la guerrilla y le informe por radio de la ubicación de los

intento por subsanar las disculpas de falta de presupuesto para actuar contra la guerrilla. Su retirada terminó por convencer a los ganaderos de que para defenderse era más efectivo conforma su propia escolta o pagarle a Fidel Castaño” (Martínez 69). De manera que el ejército no combatía a la guerrilla argumentando la falta de presupuesto, y no podía garantizar que la guerrilla secuestrara a las personas de la clase media y alta de Córdoba, ante la ineficiencia del ejército los ganaderos preferían la seguridad privada, o pagarle a Fidel Castaño

guerrilleros, y con la ayuda del ejército matan a los tres guerrilleros que habían ido a su finca. Una vez terminada la operación, el coronel del ejército le dice a Salvatore que le quedan dos opciones “o pelear o vender la tierra”, y el mismo coronel le consiguió cuatro ex – soldados profesionales, a quienes les dio salvoconductos para portar armas, de tal forma que le sirvieran de guardaespaldas a Salvatore Mancuso. Desde ese día la vida de Mancuso cambió, se convirtió en el organizador de grupos armados de autodefensas, primero; y después en el líder de los paramilitares en Córdoba.

La periodista enfatiza la temeridad de Salvatore Mancuso y olvida cuestionar una acción irresponsable de su biografiado, la de enviar a un niño de 12 años a seguir a los guerrilleros. La periodista presenta esta acción haciendo énfasis en que Mancuso tomó esta decisión de forma rápida, estratégica y acertada, puesto que llevó a la muerte de tres guerrilleros, según ella Mancuso tomó esta decisión con “cálcul” (Martínez 88); sin embargo, al analizar lo que ella está narrando, a todas luces fue una acción irresponsable que difícilmente puede interpretarse de forma positiva. Por una parte, porque Salvatore Mancuso está involucrando a un menor de edad en el conflicto armado, algo que la ética y el Derecho Internacional Humanitario condenan; por otra, porque poco se dice de las posibles consecuencias negativas que esta acción hubiese podido tener para el niño, como por ejemplo, que los guerrilleros hubiesen descubierto que él los estaba siguiendo y lo hubiesen matado; o que la guerrilla hubiese tomado algún tipo de venganza contra el niño por haber colaborado para que el ejército matara a sus tres combatientes.

La biógrafa convierte a Mancuso en una especie de héroe épico, es decir, en una persona que tiene un objetivo concreto, terminar con la guerrilla; que debe superar una serie de

obstáculos para lograr ese objetivo, organizar un ejército; que se mantiene en guerra y cuyo nombre tiene, en algunas ocasiones un significado simbólico, como por ejemplo, es inevitable relacionar a Salvatore con el Salvador. Su ascenso a la categoría de héroe está marcado por dos elementos simbólicos: la transformación en su aspecto físico y la entrega simbólica de un arma. Glenda Martínez muestra que, en 1992, Mancuso ha dejado de ser un joven o un niño y se ha transformado en un hombre. Como preludio a la operación que terminó con la muerte de los tres guerrilleros, Martínez narra la transformación física que ha sufrido el cuerpo de Mancuso así:

“Mancuso tenía 28 años. A punto de subir y bajar bultos de arroz de los camiones que llegaban a Campamento [su finca] para recoger cereal, había desarrollado cierta corpulencia que perfeccionó con el tiempo. Ya no era el joven delgado, con el cuerpo como un dibujo infantil sobre un par de líneas paralelas. Sin embargo seguía conservando los rasgos físicos que tanta admiración femenina habían despertado. Tenía los pómulos perfectamente marcados, el mentón anguloso, el cuello largo, la línea de los hombros recta y las clavículas prominentes, al igual que las rodillas y los tobillos, todo forrado en una pieza de piel blanca, sin variaciones ni imperfectos. Conservaba algún rastro del pelo por el que lo apodaron “Mono” desde niño y la sonrisa que lucía en las fotografías de los cumpleaños. Su mirada seguía tan firme como esa con la que enfrentaba la severidad del castigo de su padre en nombre de las fechorías de sus hermanos, así como su audacia para anticipar situaciones, como cuando se ponía tres pantalones para evitar los correazos de don Salvador. Todos estos rasgos unidos, desafiantes y resolutos, empujaron al coronel a aceptarlo como guía y a facilitarle quince soldados.” (Martínez 89)

En esta cita quiero destacar tres cosas: la primera es que la biógrafa muestra el paso de Mancuso de niño y de joven a su condición como hombre mayor de edad, la cual está caracterizada porque ha adquirido una fortaleza y una belleza digna de cualquier héroe épico griego, es fuerte, con unos rasgos europeos y “forrado” en una piel perfecta. La segunda es que a la edad 28 conserva sus características heroicas que tenía desde niño, su liderazgo, su calidad de estratega. Y la tercera sugiere que su fortaleza y sus características heroicas son los argumentos que convencieron al coronel del ejército para facilitarle quince soldados, de tal manera que Mancuso pudiera emboscar a los tres guerrilleros que lo habían visitado en su finca.

El segundo hecho simbólico tiene lugar al final del primer capítulo del libro. El primer capítulo se desarrolla en 1993, el año siguiente al momento en que Mancuso enfrentó a la guerrilla. En este capítulo se narra, entre otras cosas, la vida y muerte de Walter Fratini, un oficial al mando de la brigada del ejército radicada en Montería, el cual llegó a ser muy amigo de Salvatore Mancuso –sobre este punto volveré en la siguiente sección del trabajo dedicada a las relaciones entre el ejército y Salvatore Mancuso–. La biógrafa describe a Fratini como un militar “tropero”, es decir, que prefiere comandar tropas en el frente de combate a trabajar como burócrata en una oficina del ejército, y cuya amistad con Mancuso se ha desarrollado por sus intereses comunes y por su espíritu antsubversivo. Además la biógrafa narra la forma como Fratini fue asesinado por los guerrilleros, según la periodista los guerrilleros “lo torturaron hasta la muerte”. Habiendo dicho esto, Marínez pasa a describir el funeral de Fratini.

Mancuso asiste al funeral y el padre de Walter Fratini le entrega el arma personal de su hijo, una pistola Prieto Beretta que su hijo “guardaba celosamente” y le dice a Mancuso lo siguiente: “Sé que eres gran amigo de mi hijo. Esta pistola, yo no la necesito. Tómala y que el espíritu de

mi hijo (sic) el Dios de los cielos te protejan siempre.” (Martínez 20). Con estas palabras trascendentales termina el primer capítulo del libro. El contexto en el que tienen lugar estas palabras, el entierro de su hijo que ha sido asesinado y torturado por la guerrilla; la connotación simbólica de entregarle el arma personal de su hijo a Mancuso; el tono de sus palabras cuando le dice que el espíritu de su hijo acompañe a Mancuso; y el hecho de que la biógrafa ha resaltado que la gran amistad entre Mancuso y Fratini estaba basada no sólo en sus afinidades sino también en su espíritu antsubversivo; todo esto evoca una escena de corte épico en la que un héroe recibe un arma simbólica, Mancuso recibe el arma de Fratini para continuar una lucha que le llevó a la muerte.

Todas estas acciones simbolizan el nacimiento de un héroe de corte épico. La confrontación con la guerrilla en 1992, el simbolismo implícito en la transformación de Mancuso a un fornido guerrero apolíneo y en la entrega del arma por parte del padre de Fratini a Mancuso, unido a que la biógrafa dice que, después de haber enfrentado a la guerrilla, la vida de Mancuso nunca volvió a ser la misma son el punto de nacimiento de Salvatore Mancuso como héroe, cuya fama y arrojo aumentan a medida que avanza la biografía.

A partir de los años de 1992 y 1993 Martínez lo describe como una especie de leyenda entre los ganaderos, por ejemplo, el capítulo 9 inicia así:

“Mancuso siguió los consejos del oficial y también de su amigo Walter Fratini en cuestiones militares, y aprovechó la fama y el respeto que se había ganado por haber encarado a la guerrilla como ningún ganadero lo había hecho hasta entonces. En los comedores de las fincas, en las cabalgatas, en los establos para el ordeño, entre

trabajadores y ganaderos, la afrenta de Mancuso acaparaba las conversaciones. Cada vez que llegaba a un nuevo escenario le hacían repetir la historia una y otra vez. Amigos, conocidos y simples curiosos querían todos los detalles. Adjetivos, exageraciones, hechos magnificados llenos de aderezos tan comunes en las conversaciones entre amigos, capaces de multiplicar versiones de boca en boca, alimentaron la figura del héroe. Lo decían abiertamente: “Mancuso era un hombre para admirar y seguir” (Martínez 99).

Salvatore Mancuso se ha convertido en un modelo a seguir por la seguridad, cuya historia oral se repite una y otra vez como una leyenda entre toda la población, los trabajadores y los dueños de las fincas. Además, a partir de 1992, Salvatore empezó a organizar una red de comunicaciones entre los ganaderos para defenderse de la guerrilla y se asoció con el ejército. Pero el ejército no es el único que ve en Salvatore Mancuso a un aliado, la comunidad también lo aprecia.

La comunidad de ganaderos también estaba agradecida con Salvatore Mancuso. A la finca de Mancuso llegaban “novillos en agradecimiento por ganado recuperado en alguna correría o por la frustración de algún secuestro” (Martínez 101). De manera que Salvatore Mancuso es un héroe dentro de su comunidad y el ejército lo tiene en alta estima.

Sus atributos como héroe y guerrero sólo aumentan con el paso de las páginas, a tal punto que supera en valentía y arrojo a algunos oficiales y soldados del ejército como lo demuestra la hazaña narrada en el capítulo 10, en la cual Salvatore Mancuso y sus hombres guían a un contingente de 80 soldados. Mancuso y sus hombres van como parte de la tropa, pero en

realidad son civiles. En la operación, están persiguiendo a Iván Márquez, uno de los jefes guerrilleros más importantes de las FARC, y en este contexto tiene lugar la siguiente escena:

“ Como líder de una avanzada, Mancuso no encontró obstáculo, a pesar de que el cerro de Chontalito, uno mole de piedra como una pared, les impedía avanzar. Él y sus hombres, equipados de arneses y cuerda de escalar, empezaron de primeros el ascenso por la pendiente. Algunos tímidos soldados los siguieron a regañadientes, mientras el sargento Lucas, al mando de una de las escuadras, le suplicaba que se detuviera, que los estaba llevando a la muerte. Mancuso se detuvo y dejó elegir a quien quisiera seguir con él o devolverse. El sargento Lucas y algunos soldados no resistieron el desafío físico y emocional. Mancuso siguió adelante con el resto. Coronada la cima, el objetivo quedó a la vista. Iván Márquez daba órdenes a sus hombres a 200 metros del filo del cerro. Con su confianza de tirador, apuntó a que el disparo del fusil entrara justo entre las cejas del comandante. Hundió el gatillo” (Martínez 114).

Aquí Salvatore Mancuso muestra más arrojo y liderazgo que el propio oficial del ejército en comando de las tropas, y Mancuso termina suplantándolo en su labor de dirigir a sus hombres. Pero además, Mancuso le apunta a Iván Márquez para matarlo y le dispara, con lo cual se suscita, pienso yo, un problema en torno a la interpretación de este hecho.

Personalmente creo que, aun cuando la periodista dice que con su disparo Mancuso hirió a Iván Márquez y no lo mató, es preciso tener en cuenta que Mancuso está patrullando con el ejército en calidad de civil, razón por la cual lo que está sucediendo en esta escena puede ser considerado como un intento de homicidio, y agravado por la circunstancia de que Mancuso no

se está defendiendo de la guerrilla, sino que Mancuso con sus hombres y los 80 soldados están persiguiendo al jefe guerrillero en la selva. Sin embargo, esta idea del intento de homicidio queda eclipsada por la actitud de líder temerario de Mancuso y por la idea implícita de que Iván Márquez, por ser guerrillero, está al margen de la ley y lo mismo da que lo mate el ejército o un civil.

Una vez ha presentado a Mancuso como un héroe temerario y como una leyenda entre los ganaderos víctimas de la guerrilla, y desentendiéndose de algunos de los posibles aspectos negativos de sus acciones “heroicas”, la periodista pasa a establecer una distinción encaminada a diferenciar a Salvatore Mancuso –a quien la periodista nunca califica de paramilitar– de los paramilitares criminales, en particular de los hermanos Castaño. A partir de la mitad de la biografía, Glenda Martínez comienza a hacer un paralelo entre los hermanos Castaño y Salvatore Mancuso.

Los hermanos Castaño aparecen por primera vez en la página 83 del libro, la periodista afirma que ellos remplazaron a la Brigada Móvil del Ejército que protegía a la región de la guerrilla. Al avanzar la narración, sin embargo, la periodista va dedicándoles cada vez más espacio, de hecho, la sección 8 es sobre ellos. Al mismo tiempo que la periodista va profundizando en el perfil de los hermanos Castaño, ella va resaltando los aspectos negativos de los hermanos Castaño. Por ejemplo, cita el fragmento de la autobiografía de Carlos Castaño donde él describe las actividades ilegales de su hermano Fidel, las cuales incluyen robar camiones con mercancías (Martínez 94). Más adelante narra cómo Fidel ordenó una operación paramilitar en la que sus hombres torturaron y asesinaron a 42 personas para vengarse de la guerrilla –la cual había asesinado al mayordomo de su finca– (Martínez 96). La periodista, aun

cuando resalta que los hermanos Castaño derrotaron al EPL en Córdoba, no tiene problema en presentar la faceta criminal de Carlos Castaño y su hermano con delitos claros, como el robo; o serios, como el de ser responsable de la muerte de 42 personas. Pero cuando se trata de Salvatore Mancuso la forma como presenta sus crímenes es distinta.

En el capítulo 11 Salvatore Mancuso se ve obligado a huir de la justicia porque, en 1996, la fiscalía expide la primera orden de captura contra él, al final del capítulo la periodista resume el prontuario de Mancuso de la siguiente forma:

“Como hombre de guerra, Salvatore Mancuso no tiene memoria. No cuenta ni cómo ni cuándo disparó, atacó, se defendió, dio órdenes, dirigió combates, organizó emboscadas, recogió heridos, enterró combatientes, vio morir gente inocente y se acostumbró a la sangre. Los muertos perdieron su nombre y apellido y dejaron de contarse. De sus siete años de guerra, no habla. En lo individual carga, eso sí, 21 órdenes de captura en su contra por homicidio y una solicitud del gobierno de los Estados Unidos, por narcotráfico, desde septiembre de 2002. Y en lo colectivo, como miembro del Estado Mayor, son muchos los señalamientos por múltiples atropellos y violaciones a los derechos humanos” (Martínez 125-126)

Es natural que Mancuso no quiera auto incriminarse, lo que no es natural es el tono con el que ella presenta a Salvatore Mancuso, no en su condición de jefe paramilitar sino como “hombre de guerra”. Y cuando se trata de describir su prontuario criminal, todo se reduce a unas pocas palabras en un texto de 140 páginas. Esta brevedad contrasta con cómo describe el

grupo paramilitar de los Castaño que, según ella, se “convirtió en una leyenda triste en el Alto Sinú” (Martínez 93).

Pero además el tono con el que presenta los delitos que se le imputan a Mancuso denota cierta objetividad, sin embargo, se parece más a lo que diría un abogado defensor que un periodista crítico. Martínez ha podido explicar en detalle, por ejemplo, por qué los Estados Unidos solicitaron a Mancuso en extradición y si los cargos eran tenían fundamento o no. Por otra parte, el decir que como Miembro del Estado Mayor de las AUC “son muchos los señalamientos por múltiples atropellos y violaciones a los derechos humanos “, suena a eufemismo cuando, en 2008, la justicia colombiana lo está acusando de haber participado de forma directa o indirecta en 139 masacres en las que murieron unas 837 personas (“La senda macabra de Salvatore Mancuso”).

En resumen, la periodista presenta a Salvatore Mancuso como un héroe, resaltando su cualidades de líder temerario y culto; y no analiza actos cuestionables de sus acciones, como involucrar a un niño en una operación militar; compara a Mancuso con los hermanos Castaño para establecer una diferencia a favor de Salvatore Mancuso, diferencia que se refuerza con la forma sesgada en que la periodista presenta el historial criminal de Salvatore Mancuso. Y, de nuevo, es preciso tener en mente que el libro sale publicado por una casa editorial prestigiosa el mismo año en que Salvatore Mancuso decide someterse a la justicia. Como si todos estos hechos sesgados no fueran suficientes, la periodista también enfatiza los vínculos de Salvatore Mancuso con el ejército para sugerir que el personaje de su biografía actuó buena parte del tiempo con la aprobación del ejército y el Estado.

Las relaciones entre Mancuso, el ejército y el Estado colombiano

La biógrafa presenta a Salvatore Mancuso como un líder del paramilitarismo cuya organización surgió con la aprobación y colaboración del Ejército colombiano, y amparada dentro de una política estatal y un marco legal que legitimaba el derecho a la autodefensa de la guerrilla. En Colombia no es un secreto que siempre han existido vínculos entre algunos miembros del ejército y algunos grupos paramilitares, lo que es nuevo en esta biografía es que presente al paramilitarismo como el resultado de las políticas implementadas por el estado colombiano y en especial por el ejército.

Esta situación tiene dos interpretaciones posibles: una es que Glenda Martínez denuncia unos vínculos que nadie había denunciado de forma tan detallada; la otra interpretación es que la periodista al mostrar los vínculos entre Mancuso y el ejército, y entre el ejército y el paramilitarismo, está exculpando a Salvatore Mancuso de haber organizado grupos paramilitares y de todo lo que hizo después al mando de esos grupos a título de enfrentar a la guerrilla, dado que Salvatore Mancuso todo el tiempo actuó con la aprobación del ejército.

En mi opinión, la periodista hace más lo segundo que lo primero, es decir, ella exculpa a Mancuso de sus crímenes o los atenúa mostrando a su personaje como alguien que actuó durante mucho tiempo dentro de la legalidad, y en cuyo juicio se deben tener en cuenta los antecedentes institucionales del fenómeno paramilitar. La periodista se vale de dos elementos para hacer esto: por una parte abre el libro describiendo la amistad de Salvatore Mancuso con el oficial Walter Fratini Lobaccio el oficial del ejército que comenzó a organizar a los ganaderos de Córdoba; por otra parte, al exponer el marco legal y político bajo el cual nacen los paramilitares. Empezaré por la primera, la amistad que existía entre Mancuso y Fratini.

En el libro la narración comienza en 1993, Salvatore acaba de llegar a su casa y su esposa le cuenta que el helicóptero en el que viajaba su amigo Walter Fratini Lobaccio ha sido derribado por la guerrilla, Walter era el segundo comandante del Batallón Junín, adscrito a Brigada XI del ejército colombiano, cuya sede está en Montería (la capital de Córdoba). Apenas se entera de este hecho, Salvatore se va en ropa de trabajo la Brigada XI y los soldados que vigilan la entrada de la guarnición militar lo dejan entrar sin pedirle ningún documento porque “la guardia estaba acostumbrada a verlo en los entrenamientos, en las reuniones de seguridad, en el polígono, en la pista de ejercicios o en el casino de los oficiales” (Martínez 10). De acuerdo con la periodista, Mancuso, sin serlo, actuaba como si fuera un oficial más del ejército.

La amistad entre Fratini y Mancuso surgió a raíz de que ambos eran descendientes de inmigrantes italianos, ellos se encontraron en un puesto de control del ejército que estaba al mando de Fratini, y con el tiempo se volvieron amigos íntimos: “durante las comidas de pasta boloñesa y vino en su casa y las tertulias en el Club de Tiro de Montería, Salvatore Mancuso conoció los detalles de la vida de su amigo” (Martínez 14). Amistad que se construyó no solamente sobre la base de gustos e intereses comunes, sino que ambos tenían objetivos similares: “el de Mancuso, defenderse de la guerrilla; el de Fratini, proteger a Córdoba” (Martínez 13) Es decir, además de su gusto por las armas y la cacería tenían un enemigo común: la guerrilla.

La biógrafa también cuenta en este capítulo la historia del oficial Walter Fratini. Él llegó a Córdoba en 1991, y traía la experiencia del Magdalena Medio, donde Fratini sirvió bajo el mando del general Faruk Yanine durante los años 80. En los años 80 –narra la biógrafa– el ejército lanzó la estrategia de organizar una alianza entre militares y civiles contra la guerrilla

con el propósito de responder a la estrategia guerrillera de combinar las formas de lucha.¹³ Faruk Yanine, en esa época, convenció a sus soldados y a la población civil de que la guerra contra la subversión no podía ganarse sin el apoyo de la población civil; en parte como fruto de este convencimiento nació ACDEGAM –sobre la cual se habla en detalle en la autobiografía de Carlos Castaño y que se convirtió en el embrión de los grupos paramilitares en el Magdalena Medio–. El objetivo de ACDEGAM era defender la zona de la guerrilla, dice Glenda Martínez, y Fratini “ayudó a conformar su estructura militar” (Martínez 16). En resumen, Walter Fratini, el gran amigo de Salvatore Mancuso, implementó en Córdoba la misma estrategia que había dado lugar a la conformación de uno de los primeros grupos paramilitares del país en el Magdalena Medio. Y la biógrafa, de forma explícita, hace la conexión entre Salvatore Mancuso y la estrategia de Fratini.

Fratini comienza a organizar reuniones con los ganaderos y con la comunidad, con el propósito de que ambos colaboren con el ejército con información y para que los ganaderos organicen “estrategias de defensa y redes de comunicación” (Martínez 19) para defenderse de la guerrilla. Mancuso siempre estuvo sentado “en primera fila” en todas estas reuniones puesto que, desde su perspectiva, el discurso de Fratini –con quien compartía varias afinidades– “legitimaba su decisión de armarse para proteger su vida, la de su familia y su patrimonio” (Martínez 19). Es decir, el ejército organiza en Córdoba la semilla de lo que se convertirá en un grupo paramilitar y, además, legitima una decisión que Salvatore Mancuso ya había tomado; la de armarse para defenderse de la guerrilla.

¹³ Combinar las formas de lucha se refiere a combinar la lucha armada y la lucha electoral (ver nota de pie de página número 11 sobre la UP).

De manera que, desde el inicio del libro, Glenda Martínez está mostrando los estrechos vínculos que existen entre Salvatore Mancuso y el ejército; al igual que presenta la forma en que Walter Fratini trasplantó a Córdoba la estrategia que desembocó en la organización de grupos paramilitares en el Magdalena Medio –la cual estaba abalada por la estrategia trazada por el ejército– y, finalmente; cómo el discurso de Fratini legitima la decisión de Salvatore Mancuso de armarse para defenderse de la guerrilla. Una persona que ha seguido este camino difícilmente puede ser juzgada como un criminal, pues todas sus acciones –hasta ese momento 1993– tenían lugar dentro de un marco claramente legal y contaban con la aprobación del ejército. Menos aún si sus acciones, además de ser aprobadas por el ejército, contaban con antecedentes y con un soporte legal.

En el texto Martínez se preocupa por mostrar que el paramilitarismo también creció bajo el amparo de las leyes colombianas. Por ejemplo, señala que el decreto 3398 de 1965 firmado por el presidente Guillermo Valencia permitía a los campesinos “organizarse con el apoyo de las autoridades, portar armas y cuidar sus predios, como un instrumento para frenar la violencia partidista liberal” (Martínez 78). Aun cuando ella dice que el decreto era para frenar la violencia liberal, en realidad la violencia liberal conservadora terminó en la década del 60. La violencia que irrumpió a mediados de los 60 fue la de la guerrilla, puesto que las FARC nacieron en 1964, de manera que el decreto va encaminado a que la población civil se arme para defenderse de la guerrilla.

Otro decreto que se menciona en el texto es el 356 de 1994, mediante el cual el gobierno autorizaba la creación de empresas de servicios especiales de vigilancia y seguridad privada, estas eran especiales en parte porque, a diferencia de las empresas regulares de

vigilancia, podían utilizar ciertas armas que solo podía usar el ejército colombiano, como por ejemplo, subametralladoras. Mancuso organizó la primera empresa de este tipo en Córdoba “convencido de las bondades de este instrumento legal para defenderse” (Martínez 111). Sin embargo, tal como la misma periodista dice en una nota de pie página, ante los abusos que cometían estas empresas de vigilancia, la Corte Constitucional de Colombia declaró inexecutable el decreto en 1997. De manera que, aun cuando la primera orden de captura contra Mancuso fue expedida en 1996, hasta 1997 Salvatore Mancuso estaba actuando amparado por las leyes colombianas. Finalmente la periodista muestra que Salvatore Mancuso no fue el primero en organizar un grupo paramilitar para defenderse de la guerrilla, sino que existía una amplia tradición a nivel nacional y en Córdoba.

La periodista afirma que, a raíz del decreto de Valencia de 1965, se organizaron varios grupos armados en departamentos con presencia guerrillera como el Huila, o en municipios como Puerto Boyacá. También aclara que Mancuso no fue el primero en organizar grupos paramilitares en Córdoba. Antes de que Salvatore organizara su grupo paramilitar ya existían “Los rurales”, un grupo conformado por personas de diversos sectores de la sociedad cordobesa que, armados con escopetas de caza, salían en las noches a recuperar ganado robado. A veces en sus patrullajes “Los rurales” se encontraban con la guerrilla (Martínez 47). Además de “Los rurales”, los hermanos Castaño ya habían establecido su base de operación militar en el departamento de Córdoba. Con esto la biógrafa apunta a mostrar que, además de contar con la aprobación del ejército y de estar amparado por un marco legal hasta 1997, Salvatore Mancuso no fue ni el primero ni el único que organizó grupos paramilitares.

En esta parte del trabajo he querido mostrar que en esta biografía Glenda Martínez representa a Mancuso como un héroe y mostrar cómo construye esta imagen y los valores que le atribuye. Además, he querido mostrar que el punto de vista que refleja su libro sobre el fenómeno paramilitarismo en Colombia expresa la perspectiva de algunos paramilitares que esgrimieron el argumento de haberse armado apelando al derecho a la legítima defensa ante la incapacidad del ejército para protegerlos de la guerrilla, al mismo tiempo que resalta los vínculos entre los paramilitares, el ejército y el Estado a través del marco legal, con lo cual –de forma implícita– la periodista sugiere que no tiene sentido tratar como criminales a las personas que actuaron con la aprobación del Ejército y el Estado.

Otras cosas quedan fuera del análisis, por ejemplo, las fuentes y el periodo de tiempo que abarca la biografía. En cuanto al manejo de las fuentes, la periodista cita varias fuentes para describir el marco legal que ampara a los paramilitares así como para denunciar los efectos devastadores de la guerrilla, como por ejemplo, decretos y periódicos; sin embargo, cuando se trata de la vida de Mancuso, la únicas fuentes que utiliza la periodista es la información que le brinda el propio Mancuso, sus allegados o el libro de *Mi confesión*. Este uso de las fuentes despierta la sospecha de que la información sobre Mancuso es bastante sesgada, dado que él o sus allegados son su principal fuente de la periodista para escribir la biografía; mientras que hace todo un trabajo argumentativo en torno a la relación entre el ejército y la creación de organizaciones paramilitares.

Un segundo punto es los silencios. A lo largo del libro, nada se dice de las víctimas de Salvatore Mancuso. Mientras la periodista narra en detalle cómo la guerrilla persiguió y asesinó Walter Fratini; nada se dice de las 21 personas que murieron asesinadas y que llevaron a la

fiscalía a expedir varias órdenes de captura en contra de Salvatore Mancuso. Y cuando en el libro se menciona a los desplazados, la periodista muestra que son desplazados por los combates entre el ejército y la guerrilla.

Finalmente, el periodo que abarca el libro es un tanto parcial, en el sentido de que enfatiza los antecedentes que llevaron a Mancuso a convertirse en un jefe paramilitar, y poco desarrolla lo que sucedió entre 1997 y 2003, cuando las AUC entraron a operar con todo su poder militar y cuando su trayectoria como paramilitar comenzó de forma oficial. Al hacer esto la autora deja fuera el periodo en que las AUC actuaron de forma más activa en el país. En el libro, por ejemplo, poco se dice sobre cómo Mancuso entró a ser parte de las Autodefensas Campesinas de Córdoba y Urabá y, posteriormente, de las AUC; y poco se dice de su labor como promotor del proyecto paramilitar en la Costa Atlántica colombiana. La forma que la periodista tiene de retratar a Mancuso es tan favorable para él, que Mancuso decidió poner el texto completo del libro en su página web en internet (http://www.salvatoremancuso.com/libro_sm.php)

En mi opinión este en términos generales sigue lo que Castaño dijo en su autobiografía, en tanto el fenómeno del paramilitarismo es el resultado de las tácticas de la guerrilla. Sin embargo este libro, me parece, se diferencia un poco del de Castaño en que hace más énfasis en las relaciones entre el ejército, el gobierno y los paramilitares; además trata de establecer una diferencia entre paramilitares que son criminales, y líderes ganaderos que dirigieron grupos paramilitares, pero que no son criminales.

Salvatore Mancuso impulsó el proyecto paramilitar de Castaño en Córdoba y la costa atlántica, es en este proceso de expansión de las autodefensas por la Costa Atlántica colombiana que aparece por primera vez el nombre de Jorge Tovar Pupo, quien llevó el proyecto de las autodefensas al departamento del Cesar y que será conocido con el alias de 'Jorge Cuarenta'. Este paramilitar será una de las dos personas que constituyen el tema de la novela *Libranos del bien* del escritor Alonso Sánchez Baute, y que analizaré en el siguiente capítulo.

CAPÍTULO 4. LÍBRANOS DEL BIEN: ¿ES EL PARAMILITARISMO UN PROYECTO DE CLASE O UN PROBLEMA DE SENTIMIENTOS?

“It seems, then, that when the biographer complained that he was tied by friends, letters, and documents he was laying his finger upon a necessary element in biography; and that it is also a necessary limitation. For the invented character lives in a free world where the facts are verified by one person only—the artist himself. Their authenticity lies in the truth of his own vision.”(Virginia Woolf, *The art of Biography*)

“Recuerda que no hay nada más falso que la verdad, pues cuando muchas personas ven al mismo tiempo una misma escena cada una la entiende, la siente y la reconstruye de diversa manera” (Josefina Palmera, personaje de *Libranos del bien* de Sánchez 13)

Los epígrafes que abren este capítulo presentan dos ideas que subyacen bajo el texto que analizaré en esta sección de mi tesis. Las palabras de Virginia Woolf apuntan: el novelista, a diferencia del biógrafo, no depende de los hechos y los datos para crear sus personajes; al contrario del biógrafo, el novelista es totalmente libre y los datos que ofrece en su novela están sujetos solamente a la verosimilitud del mundo que construye y a su propia imaginación. Debido a la libertad que ofrece el género de la novela, el escritor Alonso Sánchez Baute tiene la oportunidad de construir una representación tanto de su personaje como del fenómeno del paramilitarismo mucho más compleja, y de hecho lo hace. Por ejemplo, ofrece múltiples perspectivas sobre el mismo personaje y sobre el fenómeno del paramilitarismo, y muestra un

contexto social mucho más complejo. En este sentido la novela ofrece una visión mucho más rica e interesante que la autobiografía de Castaño o que la biografía de Salvatore Mancuso.

El segundo epígrafe proviene de unas palabras que dice Josefina Palmera al principio de la novela –uno de los personajes principales *Líbranos del bien*–. A través de estas palabras su personaje expresa una de las ideas centrales de la novela y es que no existe una interpretación absoluta ni de los hechos ni de por qué sucedieron esos hechos, por el contrario, existen tantas verdades posibles como el número de perspectivas que pueda haber. En este sentido todo es relativo y, por el camino del relativismo absoluto, el narrador de la novela llega a conclusiones como, por ejemplo, que los soldados de la guerrilla y los paramilitares son hasta idénticos, lo cual no es cierto dado que tienen motivaciones ideológicas distintas.

Las afirmaciones centrales de este capítulo dedicado a la novela *Líbranos del bien*, de Alonso Sánchez Baute, son las siguientes: La primera es que, a pesar de que la novela crea un imaginario mucho más complejo de la figura del paramilitar al construir este imaginario desde las perspectivas de múltiples personajes, la imagen que evoca sigue siendo la del ser humano “buena gente”, es decir, asociado a cualidades como responsable, trabajador, y pacífico; al mismo tiempo que reduce al mínimo su faceta de criminal –en lo que coincide con los otros textos analizados–. La segunda afirmación es que, en lo relacionado a la ideología que subyace bajo la novela, no solamente está el hecho del relativismo absoluto, en el que el Estado, los paramilitares y guerrilleros terminan cometiendo los peores crímenes en “nombre del bien”, sino que Sánchez –y esta es la que más me interesa desarrollar en este trabajo– a través de sus personajes propone que el paramilitarismo es un fenómeno sentimental, según esta visión, el paramilitarismo en Colombia surge a raíz del odio.

Sobre *Libranos del bien* se han escrito algunos artículos y reseñas elogiando la novela en revistas y blogs,¹⁴ sin embargo faltan reseñas críticas que analicen la novela en profundidad. Citaré algunos ejemplos representativos de lo que se dice en las reseñas, dado que tienden a ser un tanto repetitivas en su contenido. Unas de ellas destacan el esfuerzo de la novela por explicar el fenómeno de la violencia, Carlos Castillo Cardona, por ejemplo, en su reseña destaca el hecho de que la novela “es un esfuerzo más de la literatura para explicar fenómenos donde han fallado nuestras ciencias sociales.”, y al final de cuentas, el libro “no culpa a nadie, [del fenómeno del paramilitarismo] nos culpa a todos”. La periodista y escritora Patricia Lara escribe que el libro formula una pregunta necesaria entre los colombianos, la de qué razones explican que dos seres humanos se conviertan en actores de un conflicto armado y en criminales despiadados. A pesar de que se han escrito varios artículos periodísticos, es difícil encontrar artículos críticos que traten la novela en profundidad. En lo personal creo que es una novela importante, dado que es necesario que los colombianos reflexionemos más sobre el conflicto armado; es interesante desde el punto de vista narrativo; y atrevida, en tanto toca un tema delicado como el del paramilitarismo. Sin embargo creo que en el fondo hace demasiado énfasis en el factor cultural como motor del conflicto armado Colombiano

La novela de Baute transcurre en Valledupar, la capital del departamento del Cesar. Y en cierta forma es una novela de autoficción, en el sentido de que el autor incorpora su propia experiencia de vida dentro de la narrativa de la novela, por ejemplo, entre otros rasgos el

¹⁴ Algunos ejemplos de artículos publicados son: “‘Libranos del bien’ de Alonso Sánchez Baute”, escrito por Santiago Barrios para la revista *Semana*; “Un libro hospitalario” escrito por Carolina Sanin para *El Espectador*; un ejemplo de reseña de revista académica es “Para libranos del ‘bien’ y entender el mal: un rompecabezas cultural de la guerra en Colombia. Reseña del libro *Libranos del bien* de Alonso Sánchez Baute” de Eudes Toncel Rosado y Silvia Montoy Álvarez; y de Blogs, por ejemplo, puede consultarse el Blog de Iván Garzón Vallejo “*Libranos del bien*, de Alonso Sánchez Baute”.

narrador comparte con el autor de la novela el haber nacido en la misma ciudad, en Valledupar; ambos son homosexuales; el haber estudiado derecho y el ser escritor. Todo esto sugiere que el narrador es una especie alter ego de Alonso Sánchez Baute.

El narrador de la novela *Líbranos del bien* es un escritor o periodista al que sus entrevistados llaman 'Loncho' –abreviación de Alfonso–. Según dice el periodista en las primeras páginas de la novela, el propósito de su investigación es tratar de explicar las razones que llevan a los guerrilleros y a los paramilitares a actuar de la forma en que lo hacen (Sánchez 18). Para llevar a cabo su objetivo, el narrador reconstruye las vidas de Ricardo Palmera Pineda y de Rodrigo Tovar Pupo, ambos personajes existen. El primero de ellos era uno de los principales hombres de las FARC en el departamento de Cesar, y se le conocía como 'Simón Trinidad'. Rodrigo Tovar Pupo, por su parte, era el principal líder de los paramilitares de las AUC en el mismo departamento, y se le conocía como 'Jorge Cuarenta'.

Al igual que el narrador de la novela, Tovar y Palmera son de Valledupar, la capital del departamento de Cesar. Y tanto Tovar como Palmera tienen aproximadamente la misma edad; provienen de misma clase social, la clase media alta del departamento; y ambos dejaron de ser personas trabajadoras y pacíficas para convertirse en dos líderes de las facciones opuestas en el conflicto armado colombiano.

La imagen que el narrador crea de Tovar y de Palmera, en general, es como los miembros de su comunidad ven a estos dos personajes, incluido el mismo periodista que –según nos dice– durante su infancia fue vecino de Rodrigo Tovar. Para escribir la historia de estos dos personajes el narrador de la novela entrevista a Rodrigo Tovar, a los familiares y allegados de

ambos personajes, y el narrador transcribe y comenta sus respuestas en la novela –para indicar que está transcribiendo una respuesta él usa las cursivas–. Sin embargo, las voces que predominan a lo largo de la novela son la del narrador y la de Josefina Palmera, una anciana que pertenece a una de las familias “patricias” de la ciudad de Valledupar, es decir, ella es descendiente de las familias que primero llegaron al departamento y tiene una situación económica privilegiada, forma parte de la clase media alta de Valledupar.

A lo largo de la novela el autor escribe las historias de Ricardo Palmera, de Rodrigo Tovar y del departamento de Valledupar, y las intercala en forma de trenza. La imagen de Tovar la construye a partir tres grandes fuentes: en primer lugar, mediante los testimonios de las personas que lo conocieron; en segundo lugar, desde la perspectiva del narrador, desde los recuerdos del narrador y a partir de la entrevista que el narrador tiene con Tovar y; en tercer lugar, en la novela se construye la imagen de Tovar en contraste con la de Ricardo Palmera. La afirmación central de esta sección del capítulo es que Sánchez, a pesar de mencionar que Tovar fue un criminal, enfatiza en las características humanas del personaje y disminuye el carácter criminal de sus acciones.

Rodrigo Tovar Pupo visto desde la perspectiva sus familiares y allegados: el humano

En esta novela, al narrador lo que le interesa mostrar es cómo dos personas comunes y corrientes llegan a convertirse de un momento a otro en hombres de guerra que cometen múltiples crímenes. Sobre este punto, explica el narrador al inicio de la novela:

“¿Por qué me interesaron tanto Palmera y Tovar en lugar de los personajes en los que luego se convirtieron, es decir, Simón Trinidad y Jorge Cuarenta? Porque ellos no

nacieron siendo Trinidad y Cuarenta, ni tampoco se convirtieron en Trinidad o en Cuarenta de la noche a la mañana. Todo obedece a un proceso, y en los procesos –en ocasiones– lo más valioso es su punto de arranque. Ese primer antecedente remite a la posibilidad de corregirlo cuando es necesario o de exaltarlo cuando es el caso.”(Sánchez 18)

En esta cita, lo primero que quiero destacar es que, desde el comienzo, al narrador no le interesa contar lo que hicieron estos hombres después de haberse convertido en guerrillero, el uno, y en paramilitar, el otro, sino lo que sucedió antes de esto. Por esta razón la imagen que evoca el narrador a lo largo de la novela es la de cómo eran estos seres antes de convertirse en criminales y, en ese sentido, ya desde el inicio, el autor de la novela toma la decisión de hacer énfasis no en las consecuencias de sus crímenes sino en la faceta humana, dejando de lado el tema más espinoso y problemático. El narrador reconstruye a los dos personajes través de los recuerdos del narrador, de las entrevistas con los familiares, los allegados y los amigos de Tovar, entre otras.

Por ejemplo, Cecilia, la madre de Rodrigo Tovar, le cuenta al narrador partes de la primera infancia de su hijo. Para ella su hijo era un niño inquieto y travieso que tenía “*carita angelical*” (Sánchez 58), al que le llamaban ‘Papa’, que es una forma cariñosa para referirse a los niños pequeños en la región del Caribe colombiano. Ese es el Rodrigo Tovar que está interesado en mostrar el narrador de la novela, puesto que más adelante en su relato nos dice que: “Para mí, el Papa existe como tal por más que luego haya asesinado a aquel muchacho mofoso para dar paso, como si se tratara de una alucinación psicogénica, al comandante que se hace

nombrar Jorge Cuarenta” (Sánchez 59). Y de hecho a lo largo de casi toda la novela el narrador se refiere a Rodrigo Tovar como ‘Papa’, es decir, con el sobrenombre que tenía cuando era niño.

La adolescencia de Tovar la recrea a través de anécdotas y de testimonios de los amigos. Las anécdotas hablan de un muchacho joven que le gustaba llamar la atención y que no era muy buen estudiante. Los testimonios los resume el narrador de la siguiente forma: “En la memoria de cada vallenato que lo conoció, la biografía de Rodrigo Tovar Pupo está plagada de escenas que se repiten como un disco rayado: todas hablan de alegría, de mamadera de gallo, tragos y parranda, amigos por doquier, diversión, camaradería...” (Sánchez 122) De nuevo el narrador resalta las características amables de Tovar y lo muestra como un costeño alegre y buen amigo.

En la novela, la esposa lo describe como un hombre *“alegre, respetuoso, cariñoso, muy familiar, pendiente de sus hijos. Un hombre trabajador”* (Sánchez 132), las cursivas son de la novela y básicamente indican que el escritor está transcribiendo textualmente las palabras de la esposa de Tovar. Un ex alcalde de Valledupar –Rodrigo Tovar para la alcaldía de Valledupar como jefe de Pesas y Medidas– describe a Tovar en el trabajo. Entre otras virtudes, su exjefe describe a Tovar como una persona dedicada, disciplinada, exigente con sus subalternos, con un carisma arrollador, siempre muy caballero y amable (Sánchez 236).

Pero el narrador no sólo lo describe a Tovar a través de sus familiares y amigos, sino que también lo entrevista en la cárcel, y a pesar de que hablaron por seis horas, el narrador poco dice de lo que hablaron durante ese tiempo. Además de sentirse “sorprendido” por la destreza mental y de afirmar que Tovar la parece “brillante” y hasta genial, el narrador cierra su

entrevista con Rodrigo Tovar destacando los rasgos positivos de su personalidad de la siguiente forma:

“Reconozco –debo hacerlo– que a pesar de que la crudeza de muchas de estas historias hielan cualquier esperanza [las historias que supuestamente le contó Tovar, pero que el escritor nunca narró], nunca dejé de ver frente a mí a ese mismo muchacho mamagallista, *ponedor de pereque*, que conocí en la infancia. Y por mi mente no dejaba de correr de lado a lado la pregunta:

¿Cómo un man tan bacán, tan divertido, puede ser al mismo tiempo un asesino?” (Sánchez 288)

En resumen, la entrevista tiene lugar en el último tercio de la novela, y hasta aquí el narrador ha construido un Rodrigo Tovar que, en lenguaje costeño colombiano coloquial es un ‘bacán’. Un bacán es una persona amable, con buen humor, que sabe disfrutar la vida con alegría.

Finalmente, a lo largo de toda la novela el narrador crea la imagen de Rodrigo Tovar –el paramilitar– en contraste con la de Ovidio Palmera –el guerrillero–. Las imágenes que el narrador crea de los dos personajes están basadas en lugares comunes, el guerrillero, por ejemplo, es culto y estudioso, heredó la preocupación por los asuntos sociales de su padre, y su personalidad es reservada e introvertida; en contraste, el paramilitar no es muy aplicado en sus estudios, su padre era militar y su personalidad es extrovertida y alegre. La imagen que crea de los dos no sólo está basada en estereotipos, sino que además, en el caso de Tovar falla un poco

en explicar lo que el narrador anunció que era el objetivo de su relato, encontrar cuál fue el “primer arranque” que los llevó a ser paramilitares y guerrilleros.

A lo largo de la novela, el narrador hace un buen trabajo mostrando cómo Ovidio Palmera se fue vinculando con las causas sociales, cómo fue torturado por el ejército nacional y cómo sus convicciones lo llevaron a tomar la decisión de volverse guerrillero. Pero en el caso de Tovar, más allá de explicar que su familia fue víctima –como muchas otras en el departamento y en Colombia– de la guerrilla, no hubo un “primer arranque” como tal, sino que los atropellos de la guerrilla, según el narrador, llenaron de rabia a Tovar hasta el punto de convertirlo en líder de los paramilitares (Sánchez 298).

En la novela se mencionan algunos crímenes cometidos por Jorge Cuarenta, desde luego, pero de manera similar al caso de Salvatore Mancuso, de las más de 39 secciones, los crímenes de ‘Jorge Cuarenta’ quedan relegados a un par de secciones: el asesinato de un guerrillero, y una masacre que –según el narrador– fue ordenada por Carlos Castaño y Jorge Cuarenta tuvo que planear la operación militar, a pesar de que no estaba de acuerdo con llevar a cabo esta acción militar, se vio obligado a cumplir órdenes (Sánchez 333). De manera que los crímenes se reducen considerablemente, y uno de ellos queda justificado a título de estar siguiendo órdenes; además, al igual que en la biografía de Mancuso, Castaño es el personaje malvado a quien el narrador describe con 19 adjetivos negativos como macabro, fatuo, entre otros. Finalmente, al igual que en los otros dos libros que he analizado en este trabajo, los crímenes de la guerrilla, como por ejemplo el asesinato de Consuelo Araujo –una política famosa del departamento–, están narrados con bastante detalle, y de hecho uno de los capítulos está dedicado a narrar cómo la guerrilla hizo del secuestro un mal endémico en la región.

Hasta aquí he querido mostrar cómo el autor evade el punto principal en la reconstrucción de la historia de un paramilitar como Rodrigo Tovar Pupo, conocido como Jorge Cuarenta, al concentrarse en las características que lo identificaron antes de ser paramilitar. El narrador de la novela, por su parte, exalta la faceta humana de 'Jorge Cuarenta' y reduce su lado criminal, y eso es algo bastante cuestionable, en especial si se tiene en cuenta lo que se sabía de la figura de Rodrigo Tovar Pupo en el momento de publicación de la novela.

Dos años antes de ser publicada la novela, en marzo de 2006, varios periódicos y noticieros de televisión colombianos anunciaron que la Fiscalía General de la nación había incautado dos ordenadores y varias memorias portátiles que eran propiedad del paramilitar 'Jorge Cuarenta'; y de hecho al inicio de la novela de Sánchez se alude al hallazgo del computador como una de las razones que lo motivó a escribir la novela. En los discos duros de estos ordenadores, los investigadores de la fiscalía encontraron listas de opositores políticos de los paramilitares que habían sido asesinados por estos grupos, además había detalles sobre la forma en que el grupo de 'Jorge 40' se apropiaba de los recursos del departamento y, finalmente, encontraron pruebas de la relación que existía entre los políticos de la región de la costa Caribe y el grupo paramilitar de 'Jorge Cuarenta', como el gobernador del Magdalena José Domingo Dávila –a quien la Corte Suprema condenó en 2011 por sus vínculos con el paramilitarismo–; así como entre su organización paramilitar y altos funcionarios del Estado, entre ellos Jorge Noguera.

Este hecho solamente fue otro más en una serie de indicios que revelaron hasta dónde las AUC habían infiltrado al gobierno y al Estado, y que fueron saliendo a la luz pública entre 2005 y 2008. En 2007, por ejemplo, la Corte Suprema de Justicia ordenó las primeras capturas de

políticos que habían sido condenados por sus nexos con los paramilitares, a los congresistas relacionados con los paramilitares se les imputaban delitos tan graves como homicidio. Los paramilitares de las AUC también controlaban parte del Estado colombiano, por ejemplo, en 2007 la Corte Suprema de Justicia condenó a 24 años de prisión a Jorge Noguera, quien había sido el director del Departamento Administrativo de Seguridad (DAS) –la antigua agencia de inteligencia del Estado colombiano–. La Corte acusaba a Noguera de haberle entregado información confidencial sobre sindicalistas y líderes de organizaciones sociales al grupo paramilitar de ‘Jorge Cuarenta’ –sobra decir que algunos de los sindicalistas fueron asesinados por los paramilitares–, así como de haber borrado los antecedentes criminales de los paramilitares en los registros de esta institución entre otros delitos. En otras palabras, Noguera puso al DAS al servicio de los paramilitares y, entre ellos, de ‘Jorge Cuarenta’.

La novela *Libranos del bien* sale publicada en 2008, precedida de todos estos hechos, y creo que estos hechos son el gran silencio en la novela. En ella Sánchez muestra a Rodrigo Tovar Pupo como a un ser humano, trabajador, alegre y simpático –omitiendo muchos aspectos de su vida de paramilitar– y casi que lo infantiliza, al referirse a él a lo largo de la novela, en general, como ‘Papa’, sobrenombre con el que se le conoció durante la infancia. El Papa se transformó en Jorge Cuarenta porque fue poseído por la rabia y el odio, un sentimiento que es el denominador común a la sociedad del departamento del Cesar. Y con esto, el narrador reduce el problema de volverse criminal a un problema de sentimientos y, en especial, un sentimiento inherente a la sociedad colombiana, como se verá en la siguiente sección.

El bien y el odio como explicación del conflicto armado colombiano

Una persona que lea la novela de forma desprevenida verá con claridad que la causa guerrillera tiene unos antecedentes y unas justificaciones sociales y económicas; y la causa paramilitar nace como una forma de defenderse de la guerrilla, y la razón es que la novela presenta una perspectiva mucho más rica y compleja que la autobiografía de Carlos Castaño o que la biografía de Salvatore Mancuso en la reconstrucción del ambiente social que da origen al paramilitarismo y a la guerrilla, así como al mostrar a las víctimas del conflicto armado colombiano. Sin embargo, –y casi que de forma inconsciente, para decirlo en términos psicoanalíticos– la explicación que la novela da sobre el fenómeno del paramilitarismo le atribuye un excesivo valor al sentimiento del odio. En el fondo, Sánchez en su novela argumenta que el paramilitarismo es un problema que lo explica el odio, y que lo fomentan rasgos culturales colombianos como el machismo y la homofobia; con lo cual convierte al paramilitarismo en un problema que no es social, ni económico ni político, sino de sentimientos. Además en su novela –a pesar de que afirma que la extrema derecha justifica sus crímenes en nombre del bien– el autor tiende a equiparar a los paramilitares, una manifestación de la extrema derecha colombiana, con la guerrilla, la extrema izquierda, en tanto ambos actúan en nombre del bien.

Una falsa equivalencia: La extrema derecha y la extrema izquierda actúan en nombre del bien

El título de la novela es *Líbranos del bien*, una frase irónica y con marcada connotación religiosa, puesto que en la biblia y en algunas oraciones está la frase “señor [refiriéndose a Jesucristo], líbranos del mal”. Con este juego el autor comienza a sugerir una idea que es central a lo largo de la novela y es que aquéllos que dicen actuar en nombre del bien, en realidad están

haciendo el mal. Una de las primeras alusiones a “Las Fuerzas del Bien” –las letras mayúsculas son del autor– aparece en la página 77 de la novela, donde los servicios de inteligencia del ejército colombiano apresan, torturan y matan a un guerrillero del Ejército Nacional de Liberación, con lo cual el autor pareciera sugerir que las fuerzas del ejército son estas fuerzas. Sin embargo, a medida que la novela avanza el narrador amplía esta idea a un concepto más general, a los actos que cometen quienes dicen actuar en nombre del bien. Sobre este punto, y en el contexto de otra persona que el ejército ha desaparecido, dice el narrador:

“Lo de siempre. Los investigadores afirmaron que [que quienes desaparecieron a esa persona] fueron las fuerzas oscuras y con eso se solucionó el problema. Esas silenciosas Fuerzas del Mal disfrazadas como Fuerzas del Bien son las mismas que menciona Kevin Spacey en *Los sospechosos de siempre* cuando advierte que *el mejor truco del diablo es convencer a todo el mundo de que él no existe*. (A propósito, me gusta la manera como Josefina Palmera definió las Fuerzas del Bien: *Es cuando varios que se creen buenos se unen para ocultar la maldad que hacen entre todos ellos*. Me soltó esta frase a lo largo de una conversación en la que se regó en prosa contra los asesinos de su hija. Otro párrafo suyo de esa misma conversa es que quisiera resaltar es el que advierte: *Es que este mundo está lleno de gente buena que hace cosas malas justificadas en <<el bien>>*.” (Sánchez 217)

De manera que apelar a que se está haciendo el bien –desde la perspectiva del narrador– es sólo una forma de justificar actos que en el fondo son malos o criminales, y que se extiende a todos los grupos de extrema derecha. Dado que la hija de Josefina Palmera a la que alude esta cita era una activista social desaparecida por las “fuerzas del bien”.

Pero unas líneas más abajo, las fuerzas del bien se extienden a todos aquéllos que usan la violencia como un mecanismo para imponer sus ideas, como lo sugieren estas palabras:

“De estas <<Fuerzas del bien>> hacen parte extremistas de derecha, intolerantes, gente que teme perder el statu quo, homofóbicos, racistas, clasistas, pero especialmente aquel que hable de paz pero por detrás promueve la guerra; aquel que almacena odio en su corazón mientras por su boca respira bondad, amor; aquel para quien la palabra moral traduce asesinar. En fin. Todos los que recurren a la fuerza para imponer sus ideas. Lo curioso es que la derecha no avanza cuando la izquierda retrocede. La derecha se frena, se deslegitima cada vez que busca acabar con la izquierda. Y viceversa, por supuesto. Es un círculo vicioso” (Sánchez 218)

Al principio de la cita, las palabras continúan afirmando que las “fuerzas del bien” son la extrema derecha, sin embargo, después de la mitad de la cita queda claro que tanto la extrema izquierda –la guerrilla– como la extrema derecha –los paramilitares– hacen parte de las fuerzas del bien, pues al igual que el sector del ejército que desaparece personas, los paramilitares y la guerrilla apelan a la violencia para imponer sus ideas, bajo las cuales subyacen unas “buenas intenciones”, y estas buenas intenciones guían a personas como Jorge Cuarenta.

El capítulo de la novela titulado “¿Quién tuvo la culpa?” tiene un epígrafe que refuerza la idea de que quienes actúan en nombre del bien –entendido en la novela como un concepto abstracto y relativo, pues nunca lo definen ni el narrador ni los personajes–, en realidad hacen el mal. En este capítulo el periodista narra cómo Rodrigo Tovar Pupo se convirtió en paramilitar, y el narrador –al igual que la autobiografía de Castaño y la biografía de Mancuso– no sólo señala

que el ejército colombiano fue incapaz de defender a la población de la guerrilla, sino que también afirma que entidades del Estado colombiano como el ejército y la policía son los responsables de haber organizado los grupos armados que, posteriormente, se convertirían en grupos paramilitares organizados bajo la dirección colegiada de las AUC. Este capítulo se abre con el siguiente epígrafe de Michael de Montaigne: “Es común ver que las buenas intenciones, conducidas sin moderación, empujan a los hombres a actos muy viciosos”. Con lo cual ya está sugiriendo que, detrás de las acciones de Rodrigo Tovar Pupo, entre los cuales –tal como narra en este capítulo– está haber matado a un guerrillero a sangre fría de un disparo en la cabeza (Sánchez 296) están las “buenas intenciones”. Pero además, según el autor, tanto guerrilleros como paramilitares actúan basados en “buenas intenciones”.

Tanto Rodrigo Tovar como Ovidio Palmera creen que hacen el bien. El personaje de Rodolfo Palmera, el amigo más cercano de Ovidio Palmera, dice en la novela que el jefe guerrillero era un héroe romántico cuya misión era “salvar a este país” (Sánchez 233), una de las formas que se tienen en cuenta para actuar en nombre del bien colectivo o del bienestar social. De forma análoga los amigos de Jorge Cuarenta “lo referían cercano al mesianismo (*Él creía que podía salvar a su pueblo*)” (Sánchez 352), nos dice el narrador; y unos párrafos más adelante, al final del capítulo, el narrador concluye que Cuarenta “Tovar –e incluso Cuarenta– es una persona sencilla y humilde, y al mismo tiempo un hombre que se convenció a sí mismo de que sólo él podía salvar a los de su clase social” (Sánchez 353), de nuevo aquí está la idea del ser humano noble –de la que hablé en la sección anterior del trabajo– que actúa en nombre del bien, ya no en nombre del pueblo sino de una clase social y, a pesar de que el autor, a través del

narrador, menciona el aspecto de clase de los paramilitares, no lo enfatiza y tiende a dejarlo en un segundo plano.

De manera que la novela envía un mensaje ambiguo. Por una parte, la novela pareciera enfatizar estereotipos como que la guerrilla actúa por razones sociales, por ejemplo, y que quienes desaparecen personas son las fuerzas del mal, asociadas con la extrema derecha xenófoba y homofóbica. Por otra parte –y este es el mensaje que yo quiero destacar– la novela sugiere que tanto la extrema izquierda como la extrema derecha cometen crímenes a título de hacer el bien. Así, al principio de la novela, está la idea de que la fuerzas malignas que actúan en nombre del bien comienza aludiendo al ejército; después se extiende a toda la derecha, incluye el clasismo y la homofobia; posteriormente se amplía a los que usan la violencia para imponer sus ideales –con lo cual ya incluye a los dos bandos en conflicto–, y a lo largo de la novela el autor sugiere que tanto guerrilleros como paramilitares están movidos por la idea de hacer el bien, pero la equivalencia entre guerrilla y paramilitares se cierra en las últimas líneas de la novela.

El final de la novela sugiere que paramilitares y guerrilleros son idénticos:

“En el momento de actuar con un fusil al hombro –con un arma en la mano– el terrorismo no mide distancias entre la izquierda y la derecha. De hecho, ni siquiera son tan diferentes los soldados que luchan por uno u otro bando.

Si hasta son idénticos.” (Sánchez 356)

En este epílogo parcial –puesto que la novela cierra con un poema corto titulado ‘La vida’ y que está dedicado a las vidas cegadas por la violencia– el narrador establece una no muy

feliz homologación entre los combatientes de bando y bando al decir que son idénticos. Si bien ambos bandos utilizan los mismos métodos, caracterizados por apelar a la violencia y a la fuerza para zanjar discusiones ideológicas, el narrador parece olvidar sus propias palabras cuando dice que Cuarenta quería defender una clase social.

Al igual que deja en lontananza las palabras que dice Josefina Palmera cuando afirma:

“No desconozco que la principal causa de admiración es porque Cuarenta nos permitió a los ricos seguir siendo ricos. ¡Pero es que ése no es ningún pecado! Pecado lo que hizo la guerrilla, que pretendió destruir lo que bien hemos construido. Es más, no te diré que admiro a Cuarenta. Te diré que admiro a la manera como Cuarenta enfrentó a esos bellacos y nos ayudó a conservar lo que nos pertenece...Oye esto: los héroes de hoy no salvan patrias. Los héroes de hoy son aquellos que nos ayudan a conservar la Patria. Y ese Patria la mantenemos los que tenemos dinero. Por eso los héroes de hoy son los que nos ayudan a ser más ricos, a llegar más lejos. Cuarenta es mi héroe porque quiere lo que todo el mundo quiere: DINERO.” (Sánchez 271)

En estas palabras ella expresa claramente el punto de vista de que los paramilitares representan o defienden a una clase social específica: a las personas que tienen dinero en una sociedad profundamente desigual, en el caso del departamento del Cesar a los ganaderos. En estas palabras de Josefina Palmera queda explícito el carácter de clase de los paramilitares, sin embargo esta perspectiva no se desarrolla en el libro de Sánchez, solamente Josefina vuelve a hablar en términos de relacionar clase social y paramilitares en otra sección del libro titulada *“De cómo el dolor me llevó al odio”*, cuando narra cómo el haber sido víctima de la guerrilla la

llevó a apoyar a los paramilitares. Y es que, de forma paralela a la equivalencia que el autor establece entre paramilitares y guerrilla bajo la premisa de que ambos argumentan actuar en nombre del bien, el autor afirma que las razones del conflicto armado son sentimentales, para Sánchez Baute la causa del conflicto armado colombiano es el odio fratricida de los colombianos, el cual es fomentado por valores inherentes a la cultura colombiana como el machismo.

El odio como factor que explica el conflicto armado

En comparación con los otros dos libros, la novela esboza las condiciones socioeconómicas del departamento del Cesar en las que surgen la guerrilla y los paramilitares. La sociedad cesariense está caracterizada por una extrema desigualdad social, por ser una sociedad basada en estamentos y por el abuso de unos cuantos sobre muchos. Para mostrar estas circunstancias sociales, el autor usa la voz de Josefina Palmera –que cuenta su versión de la historia del departamento–, así como las voces de otras clases sociales como una empleada del servicio, un sindicalista o una líder indígena, entre otras personas, a quienes el narrador entrevista.

Sobre las condiciones sociales, por ejemplo, a lo largo de la novela, el personaje de Josefina Palmera emprende la reconstrucción de la historia social y económica de Valledupar y del departamento del Cesar en general. Este personaje deja claro que la sociedad del departamento está marcada por la desigualdad y la segregación. Según Josefina, la sociedad de Valledupar funciona más por estamentos que por clases sociales, la anciana dice que *“Valledupar siempre ha sido tierra de ganaderos que, generación tras generación, han heredado los mismos apellidos que aparecen en el Acta de Independencia del 4 de febrero de 1813”*

(Sánchez 91). Es decir, la sociedad de Valledupar está basada en estamentos, en este sistema social medieval la posición social se hereda y son pocas las posibilidades de promoción social, entre otras razones, porque en Valledupar se segrega a sus miembros por raza, color y dinero.

Desde la perspectiva de Josefina la sociedad de Valledupar se divide en dos: *“Los ambiciosos y los pretenciosos. Los ambiciosos son los blancos; los pretenciosos son los negros. Los ambiciosos son los ricos; los pretenciosos son los pobres; los ambiciosos son los ganaderos; todos los demás son pretenciosos, pues aquí el ganadero siempre ha gozado de mejor prestigio que quien pase por comerciante o empresario”* (Sánchez 92). En la sociedad de Valledupar, los ambiciosos son ricos, blancos y ganaderos, y los oficios que caracterizan a la sociedad moderna gozan de menos prestigio que el de ganadero, con lo cual no sólo sugiere que la sociedad de Valledupar discrimina por raza, riqueza y ocupación; sino que es pre moderna, en el sentido que hoy vivimos en una sociedad dominada por la industria, el comercio y el capital financiero mientras que en Valledupar predomina la ganadería.

Los ejemplos continúan, hablando de la llegada del alambre de púas a Valledupar, la anciana comenta que –llegado el alambre– todos los habitantes comenzaron a cercar predios baldíos que antes eran de uso comunal y *“Fue la forma como surgieron los grandes latifundios que dieron origen a las dos únicas clases que tuvo la ciudad hasta la bonanza algodonera: ricos o pobres”* (Sánchez 46). Pero, si bien la versión de Josefina muestra algunos de los elementos socioeconómicos de la sociedad, sigue siendo la versión de la aristocracia del departamento. En ese sentido es interesante que el narrador introduzca otras voces como la de Dolores Moscote.

Dolores Moscote es la empleada del servicio de Josefina Palmera, ella ha sido abusada sexualmente por uno de los hijos de Josefina, y le dice al periodista que:

“Deberías hablar con mi gente, entender que la verdad de los de arriba no es la misma de los de abajo –sentenció sin dejar de tutearme, con esa confianza con que hasta los desconocidos se tratan en este pueblo– Es que el pueblo raso vive agobiado con hambre. A los indios siempre los discriminan. Mira que ella ni siquiera los menciona. Como si los hubiera blanqueado.” (Sánchez 167)

Dolores denuncia cómo la clase alta del departamento trata a los pobres y a los indígenas, y en el caso de los indígenas cómo los borra de la historia del departamento. Dolores pone en contacto al periodista con Tulio Villa, una de las primeras personas con ideología de izquierda en Valledupar. Josefina decía que la sociedad estuvo dividida en ricos y pobres hasta la bonanza del algodón, a partir de la bonanza del algodón –dice Tulio Villa– se hicieron más patentes los abusos de la clase alta del departamento.

Tulio Villa ofrece su propia versión del origen de la guerrilla. Durante la bonanza del algodón en el departamento, dice Villa, los dueños de las plantaciones abusaban de sus trabajadores y a raíz de ese abuso comenzó la etapa de la violencia en el Cesar. Villa le cuenta al periodista que:

“los señores algodonereros trataban muy mal a los obreros. Los trataban demasiado mal, para ser sincero. Traían a los recolectores de todo el país y una vez acá les pagaban una pichurria: más o menos lo que a cada cual le daba la gana. ¡Y cuando le daba la gana! Hubo un maltrato constante contra esta gente: los ponían a dormir en los sardineles de

sus casas [...] En fin, la gran mayoría de los algoneros se burló de los derechos de los trabajadores.

Y apareció la guerrilla. Es falsa esa tesis de que los guerrilleros se asomaron por estas tierras buscando el dinero de los millonarios ganaderos. Ellos llegaron invitados por los peones de sus fincas que los buscaron para hacerse respetar” (Sánchez 173)

El abuso y la inequidad en los ingresos son las razones que facilitaron el crecimiento de la guerrilla en un principio. Sin embargo, las causas socioeconómicas del conflicto armado, que el periodista ha mostrado mediante la reconstrucción de la historia de Ricardo Palmera –quien se convirtió en guerrillero– y mediante las distintas voces que intervienen en el relato, quedan relegadas a un segundo plano, pues la explicación del conflicto armado que ofrecen tanto el narrador como varios de sus entrevistados es el odio, y esto se va haciendo más evidente a medida que avanza la novela.

A lo largo de la novela el odio y los factores culturales van desplazando a un segundo plano a lo social, lo político y lo económico como causas del conflicto armado. Por ejemplo, el odio lleva a Josefina Palmera a apoyar a los grupos paramilitares; y la rabia y el odio son los catalizadores de la transformación de un ser pacífico en un temible comandante de los paramilitares.

Tanto el narrador como Josefina construyen la imagen idealizada de un pasado donde todos los miembros de la sociedad del Cesar eran una gran familia, Valledupar era un pueblo pequeño donde todos se conocían con todos. Sin embargo –para Josefina– esto cambió en los últimos años debido al crecimiento de la población, pero para ella esa idea del amor y el odio que hay entre hermanos explica el conflicto, por ejemplo, más o menos al comienzo de la

novela, Josefina le pregunta al narrador: *“¿Por qué crees que este pueblo fue capaz de abrigar dos odios tan portentosos o rotundos como el de este dúo que protagoniza tu historia? Sencillo: porque nos odiamos como hermanos”* (Sánchez 66). Es decir, lo que guía a Tovar y a Palmera es el odio que siente el uno por el otro, no sus diferencias ideológicas.

Y más adelante Josefina se queja de que los políticos fueron los que dañaron el ambiente familiar del pueblo al sembrar el odio entre hermanos:

“Este es un pueblo donde pulula el cariño y el cariño tiene un componente de amor y otro –más canceroso– de odio. El caso es que hablar mal del contrincante suele causar heridas difíciles de sanar. Y el odio nació, y el odio se alborotó, y el odio se enquistó, y el odio hizo metástasis, y el pueblo entero se convirtió en avispero. Como quien dice, antes de la llegada de los paracos esto era un inmenso paraco.” (Sánchez 136)

De manera que desde su perspectiva el paramilitarismo no es más que una propagación del odio, con lo cual se convierte en la causa primera del paramilitarismo a la vez que en abono para que crezca y se reproduzca.

Y posteriormente Josefina dice: *“Supongo que tanta violencia no es más que némesis divina que ganamos con el sudor de nuestras frentes luego de tanto odio y tanta envidia en nuestros corazones”* (Sánchez 301). Como es sabido Némesis es la diosa de la justicia retributiva, en otras palabras, Josefina está diciendo que lo que sembramos en odio y en envidia lo recogemos en violencia, pero ahora Josefina usa la primera persona plural, con lo cual incluye a todos los colombianos y el odio se convierte en una característica inherente a la sociedad. Es preciso notar que, hasta el momento, las causas del conflicto entre paramilitares y guerrilleros

son abstractas, son los políticos –según el narrador de la novela, casi todos corruptos y sembradores de odio–, es el odio, y ahora, según el personaje de Josefina Palmera, es una cuestión inherente a la cultura, el odio está en nuestros corazones.

Y finalmente es el odio el que mueve a Josefina Palmera a apoyar a los paramilitares, el odio contra una guerrilla que le ha matado a tres hijos, como se puede ver en el capítulo *“De cómo el dolor me llevó al odio”*. Según Josefina, su hija Alicia fue asesinada por “culpa de la guerrilla” (Sánchez 338), pues ella decidió vincularse a proyectos políticos relacionados con causas sociales, y como consecuencia fue asesinada por las “fuerzas del bien”; por otra parte, la guerrilla asesinó y torturó a dos de sus hijos. Todas estas muertes llevaron a Josefina a patrocinar a los grupos paramilitares y a prestarle sus fincas cuando los perseguía la justicia, tal como lo dice en este capítulo.

La visión de Josefina de que el motor del conflicto colombiano es el odio también la comparten otros personajes, por ejemplo, la líder indígena Leonor Zalabata le dice al periodista que:

“El mayor daño que nos han hecho no provino de ellos, sino de la sociedad civil, porque aquí no hay una lucha entre ejércitos sino unos odios personales en constante guerra. ¿Por qué se mata la gente de uno y otro bando? El odio llega al extremo de que no sólo se mata al que se odia sino también al que se cree que hace parte del otro bando.”
(Sánchez 179)

De nuevo aparece la idea que el conflicto colombiano no es el producto de una lucha ideológica, sino de odios, y peor aún –no un odio de clases– sino un odio personal. Esto suena

como si el conflicto armado fuera el resultado de dos personas que se odian mutuamente, eclipsando las otras causas posibles.

El odio también mueve a Ricardo Palmera y a Rodrigo Tovar. El narrador, cuenta que el Ricardo Palmera, después de haber sido detenido estaba “habitado por el odio de pies a cabeza” (Sánchez 152), y en la historia esta será una de las razones que lo llevaron a convertirse en guerrillero, el odio contra un sistema que impedía el cambio social. De igual forma, el odio mueve a Rodrigo Tovar Pupo; la primera y única vez que el mató a un guerrillero lo hizo en un día que estaba lleno de “angustia y rabia” (Sánchez 296); y esa misma rabia –según el narrador– hizo “metástasis” en Rodrigo Tovar hasta convertirlo en Jorge Cuarenta, en un proceso idéntico al que había tenido lugar en Ricardo Palmera cuando se transformó en Simón Trinidad (Sánchez 334). La rabia que deriva en odio es un elemento tan fundamental dentro del conflicto armado colombiano que el narrador se pregunta: “¿Será que la narrativa de Colombia es la mitología del odio y la locura?” (Sánchez 335). Este odio, que explica el conflicto armado, crece y se fortalece gracias a factores culturales como el machismo y la homofobia, según el narrador de la novela y también de acuerdo con Josefina Palmera.

Josefina Palmera le dice al periodista, por ejemplo, que “*No digo que el paramilitarismo existe porque somos machistas, sino que el machismo fue el meandro que sirvió de cuna para lo que sirvió de éxito en otras regiones.*” (Sánchez 272) Aquí el personaje de Josefina afirma explícitamente que el machismo es un factor cultural que propició el surgimiento del paramilitarismo. Y el narrador de la novela comparte esta visión, por ejemplo, cuando el narrador está conversando con Josefina sobre la doble moral de la sociedad cesariense –y colombiana en general– afirma que en Colombia no es inmoral matar o robar, sino que la única

moral es la sexual. Y por ende –afirma el narrador– elementos ancestrales de la cultura colombiana como el machismo y la homofobia, que aparentemente no tienen nada que ver con el tema de la violencia y el conflicto armado, pueden llegar a ser parte de la “esencia” del problema (Sánchez 312).

La relación entre el odio, la violencia y la homofobia se hace explícita hacia el final de la novela, cuando el narrador dice que:

“Pero esas personas que quieren olvidar el dolor son las mismas que no quieren olvidar el odio. No quieren olvidar que algún día fueron víctimas de un hecho violento, de una acción guerrillera, de una toma paramilitar. A diferencia del dolor, que se asimila con la tristeza, para estas personas el odio redime. Es la razón por la que el odio se grita, se exalta, se vende, se expresa de mil maneras. El odio reclama testigos y es mil veces mejor consejero que la tristeza, porque el dolor es amaneramiento, el odio es una exigencia masculina en un país que vive con el temor a costas de que la vida se homosexualice. Esto sin contar que el odio vende. Vende porque legitima. Legitima el propio odio del lector, del espectador, de quien escucha las noticias en la radio o en la tele: saber que otros son tan <<malos>>, tan llenos de odio como uno mismo, produce un efecto liberador.” (Sánchez 325)

Aquí el odio aparece en el centro de la sociedad colombiana como motor del conflicto, el rencor de la gente resentida impide canalizar la rabia y el odio a través de otros sentimientos como la tristeza, en parte porque es un sentimiento asociado con los homosexuales, en una sociedad que es machista.

Finalmente, en la penúltima página de la novela se lee la siguiente cita:

“¡La violencia no sirvió pa’ ni mierda!

Ni desaparecieron las desigualdades sociales por las que luchaban Ricardo Palmera y Simón Trinidad, ni terminó la violencia de esta guerra de odios que proyectó acabar Rodrigo Tovar y Jorge Cuarenta: esta misma guerra de odios que cada día cobra más adeptos, más seguidores, más partidarios, más fanáticos, toda suerte de discípulos que aplauden complacidos la llegada de más muertos –los de la izquierda celebran los muertos de la derecha, y viceversa–.

Es cierto: hoy en el Cesar –y mucho menos en Valledupar– no se puede cosechar un solo buen fruto de ninguna de las dos experiencias, de ninguna de las dos visiones, de ninguna de las dos versiones ideológicas.” (Sánchez 356)

Quiero comentar dos puntos de esta cita: el primero es que es falso que la violencia no haya servido para nada, tal como lo señalé en el segundo capítulo de esta tesis, personas como Salvatore Mancuso o ‘Jorge Cuarenta’ se enriquecieron con la guerra, y estos sólo son algunos de quienes se beneficiaron del conflicto armado. El segundo es el tema de la “guerra de odios”, de nuevo es el odio el que prima por encima de las desigualdades sociales y de los abusos de la guerrilla, es decir, el motor de la guerra pareciera ser el odio.

De manera que en la novela el conflicto armado lo promueve el odio, y no razones económicas. Por otra parte en la novela hay dos silencios: el de las víctimas civiles y los crímenes de los paramilitares. El primero y más notorio es el de las víctimas civiles del conflicto armado colombiano. La novela muestra varios tipos de víctimas del conflicto armado, Josefina Palmera,

por ejemplo, perdió a tres de sus hijos en el conflicto armado; las “fuerzas del bien” secuestran y asesinan personas de izquierda; la guerrilla secuestra y extorsiona ganaderos. Pero en el libro poco se dice de las víctimas civiles de los paramilitares, las personas del comercio que han sido extorsionadas por ellos o los campesinos a quienes les han quitado sus tierras.

En segundo lugar, mientras los crímenes de las ambiguas “fuerzas del bien” se describen en detalle cuando se trata del ejército y la guerrilla, los crímenes cometidos por los “paramilitares” sólo ocupan unas pocas páginas del libro. En la novela los paramilitares como tal –es decir, a quienes el narrador identifica explícitamente como paramilitares– sólo cometen cuatro crímenes de forma explícita: expulsar a los homosexuales de un pueblo (Sánchez 282); los dos crímenes cometidos por Jorge Cuarenta –uno de ellos cumpliendo órdenes de Castaño–; y el de un hacendado que asesinó a varios campesinos para recuperar unas tierras que –según él hacendado– habían sido invadidas por los campesinos (Sánchez 331). Este desbalance en el detalle y en el número claramente crea un sesgo en la imagen del fenómeno del paramilitarismo.

En conclusión, la representación que la novela *Libranos del bien* hace del paramilitar Jorge Cuarenta lo humaniza al describirlo con base en su personalidad antes de ser el jefe paramilitar que llegó a ser, pero además reduce su historial criminal. En el plano ideológico en cambio, a pesar de que la novela desarrolla un poco más el contexto socioeconómico en el que nacen la guerrilla y el paramilitarismo, en primer el autor de la novela a través de su narrador afirma –equivocadamente desde mi perspectiva– que la guerrilla y los paramilitares son idénticos, en tanto ambos actúan a nombre del bien. En segundo lugar en su novela Sánchez sugiere que el odio es un factor con bastante importancia en el conflicto armado colombiano, si

bien es cierto que en la novela muestra que también hay razones sociales y económicas en la raíz del conflicto armado colombiano, estas quedan eclipsadas parcialmente por el odio y por la cultura. Creo que Baute en su novela propone que a la hora de explicar el conflicto armado colombiano, tradicionalmente se hace mucho énfasis en los factores económicos y políticos y se minimizan los factores culturales—y esto lo reafirma el autor en una entrevista concedida a El Espectador (“Entrevista a Alonso Sánchez Baute”)—, y por tanto para solucionar el conflicto armado colombiano habría que empezar por transformar la cultura colombiana.

Personalmente estoy en total desacuerdo con esta idea, pues en mi opinión el principal aspecto del conflicto armado colombiano es el económico y político, comenzó en los años 50 como una lucha entre liberales y conservadores con las guerrillas liberales; siguió en los 60 como un conflicto político —durante los años 60 nacieron tres grupos guerrilleros— aunado a un problema de distribución de la tierra, y así sucesivamente.

La novela, por otra parte, presenta ideas que no desarrolla, pero que sería bastante interesante que lo hiciera. Por ejemplo, el hecho de que personas como Jorge Cuarenta sólo son títeres de poderes superiores; o la misma idea de explorar las razones que llevaron a Jorge Cuarenta a convertirse en lo que fue, sin embargo el autor no lo hace. Para terminar esta sección de la tesis me gustaría reiterar que considero que esta es una novela valiosa, que contribuye a la reflexión sobre la sociedad colombiana al exponer los problemas culturales que tiene nuestra sociedad, como por ejemplo, el machismo. También es una novela que vale la pena leer, en tanto utiliza técnicas narrativas interesantes y toca un tema bastante complejo y que pocos escritores se han atrevido a abordar, el de los paramilitares relacionados con las AUC, sin embargo, creo que la imagen que ofrece del paramilitar ‘Jorge Cuarenta’ es indulgente; a la

vez que la imagen que ofrece del fenómeno del paramilitarismo hace demasiado énfasis en el plano cultural.

CONCLUSIONES

Desde diversos géneros, los tres libros que he analizado en este trabajo reflexionan sobre uno de los movimientos paramilitares más importantes: la organización de las AUC. Tanto los autores como las editoriales trataron de sacar provecho del cubrimiento que los medios de comunicación le habían dado al proceso de desmovilización de este grupo –cubrimiento que convirtió a Carlos Castaño, Salvatore Mancuso y Rodrigo Tovar Pupo en hombres públicos, conocidos por todos los habitantes de Colombia–, como de la curiosidad que había suscitado entre los colombianos este fenómeno y las vidas de estas personas. Y de hecho *Mi confesión* lo logró, fue uno de los libros más vendidos en Colombia en su momento. En general, los tres libros deben enmarcarse dentro de un gran debate, relacionado con el tipo de memoria y de imagen que los colombianos queremos formar de los paramilitares y que en su momento estuvo relacionado con el dilema: ¿Son los paramilitares una organización criminal que devino en una organización político-militar o son una organización político-militar con algunos elementos criminales infiltrados? Durante el proceso de desmovilización esta pregunta era central, en tanto definía las posibilidades de negociar con el gobierno así como las penas que recibirían algunos de sus líderes. Después del proceso de paz, sigue siendo una pregunta importante, porque define el tipo de memoria histórica que queremos fijar del fenómeno de las AUC. En este contexto salen publicados estos tres libros que, de una u otra forma, reconstruyen las vidas de estos jefes paramilitares.

Las preguntas que me formulé al comenzar esta tesis fue ¿cómo representan tres libros diferentes a tres paramilitares de las AUC? ¿Qué perspectiva dan estos tres libros del fenómeno paramilitar? Y ¿Qué silencios hay en estos tres libros? A lo largo de este trabajo he mostrado que los tres los representan de una forma indulgente, los tres resaltan sus rasgos humanos y justifican sus acciones con puntos en los que coinciden y puntos en los que difieren.

Los tres libros coinciden en resaltar el efecto negativo que han tenido algunas de las tácticas de la guerrilla, como por ejemplo, la de financiar su lucha a través del secuestro; o la de combinar todas las formas de lucha, es decir, combinar la lucha armada con la lucha electoral mediante la creación de organizaciones políticas y sociales, como lo fue la creación del partido político Unión Patriótica. También son claros en enfatizar que los paramilitares surgen no sólo como una reacción contra estas tácticas de la guerrilla, en especial la del secuestro y la extorsión; sino también ante la incapacidad del Estado para garantizarles la seguridad a los colombianos y para resolver los conflictos sociales que generó el desarrollo económico colombiano.

En lo personal, creo que los paramilitares antsubversivos, y en particular las AUC, sí pueden ser consideradas como el resultado de la guerrilla, pero creo que el problema no es que el Estado no les garantice la seguridad a los colombianos, sino que la clase dirigente colombiana, el Estado y el gobierno colombiano han sido incapaces de darle salida a los problemas socioeconómicos que explican el surgimiento de la guerrilla, y el Estado colombiano optó más bien por una solución militar, y por este camino el problema se fue del plano social o económico al de la fuerza o, en otras palabras, se intentó resolver un problema ideológico y político a través de la eliminación del oponente político, algo que los paramilitares han continuado.

Un segundo punto en que coinciden los tres textos es en que, si bien se menciona a las víctimas del conflicto armado, se ignoran las víctimas civiles. En primer lugar las tres novelas dedican bastantes páginas a describir los crímenes de la guerrilla en comparación con los de los paramilitares. En segundo lugar, la guerra colombiana ha sido una guerra irregular, en la que – tal como lo describe Castaño– ambos bandos se camuflan en las organizaciones legales civiles, de ahí que, por ejemplo, Colombia sea uno de los países con mayor cantidad de sindicalistas asesinados en el mundo, sin embargo, para Castaño, sus víctimas son “guerrilleros” disfrazados de civil; para la biógrafa de Mancuso, sus víctimas sólo son los tres guerrilleros que él emboscó y los procesos que cursan en su contra; y para el novelista las víctimas del paramilitarismo sólo son pocas en comparación con las “fuerzas del bien”; pero, en mi opinión, en la novela faltan las víctimas que no estaban involucradas en el conflicto armado, y que se vieron afectadas por él. Los seres humanos que habiendo sido víctimas de los paramilitares, a pesar de no estar involucradas en la guerra irregular o de no querer involucrarse, o aquéllos que nunca tomaron el camino de las armas o de la violencia; en Colombia, los excesos de los paramilitares han sido documentados –entre otros– por el Centro de Memoria Histórica, el cual es parte de la Comisión Nacional de Reparación y Reconciliación (una entidad creada por la Ley de Justicia y Paz para facilitar el proceso de reinserción, la misma que ley que le dio respaldo jurídico al gobierno para negociar con los paramilitares).

Paradójicamente, con excepción de Castaño –que asume la responsabilidad de algunos de los crímenes que ordenó y que cometió–, los autores de los tres libros, Mauricio Aranguren, Glenda Martínez y Alonso Sánchez Baute poco hablan de las víctimas inocentes de los paramilitares. Los dos primeros escritores parecieran ignorar las historias que organizaciones

gubernamentales y no gubernamentales han venido denunciando desde hace varios años relacionadas con el abuso de los paramilitares; Alonso Sánchez, en cambio, reconoce que existen, pero prefiere atribuir las a “las fuerzas del bien” –rara vez a los paramilitares–, y prefiere hacer énfasis en otros aspectos de su personaje para librarse de este tema, como por ejemplo, narrar cómo era él antes de ser paramilitar. A raíz del silencio de las víctimas inocentes de los paramilitares, es preciso cuestionarse acerca del papel del escritor en la sociedad colombiana, pues en el caso de Mauricio Aranguren, por lo menos, es un intelectual que sirve de altoparlante de los paramilitares dado que no cuestiona en los más mínimo a Castaño, y en parte esto se entiende –pero no se justifica– por el personaje a quien entrevista. Por otra parte, el hecho de que hayan salido tres libros que exculpan a los paramilitares muestra que estos tienen gente que coincide en algunos puntos con ellos, en especial, en el punto de la necesidad de acabar con el conflicto armado que ha promovido la guerrilla durante los últimos 50 años.

Al resaltar el efecto negativo de la guerrilla sobre la sociedad –que lo ha tenido– y al enfatizar cómo la guerrilla secuestra y extorsiona, los tres libros expresan el sentimiento de las clases medias y medias altas del país que han sufrido el efecto de la guerrilla, y que a su vez demandan una solución al problema de la seguridad (en realidad la guerrilla no afecta a las personas relacionadas con las clases más altas del país). Como reacción, ante la incapacidad del estado para ofrecerle seguridad a sus ciudadanos, nacen los grupos paramilitares, creados por una mezcla entre sectores criminales como narcotraficantes y sectores sociales como los ganaderos, estos grupos paramilitares materializan el deseo de las clases medias y medias altas colombianas de mantener el orden social que existe; por esta razón hay sectores de la sociedad

que ven a los paramilitares como héroes que restablecieron el orden social, lo cual queda más claro en los libros sobre Mancuso y sobre Castaño.

En el plano del imaginario las representaciones del paramilitar van desde el personaje que toma la justicia por su cuenta y termina convirtiéndose en líder político, cuyos valores son la sinceridad y su responsabilidad, como en el caso de *Mi confesión*; pasando por el ganadero culto, temerario y líder que se convirtió en el paladín de los ganaderos víctimas de la guerrilla, el caso de, *Salvatore Mancuso su vida*; hasta el ser humano alegre y trabajador que se convierte en victimario por la presión de la guerrilla.

Desde el punto de la perspectiva que dan del fenómeno paramilitar, el libro *Mi confesión*, publicado un año antes de la desmovilización, tiene como propósito ambientar la tesis de que la organización paramilitar de las AUC son una organización armada con carácter político, con lo cual los paramilitares tendrían acceso a una serie de derechos legales, entre otros, el derecho a negociar con el gobierno y el indulto de los crímenes cometidos. El libro sobre Mancuso, publicado cuando ya estaba marchando el proceso de desmovilización, apunta a mostrar la institucionalidad del fenómeno paramilitar en Colombia, es decir, muestra cómo el paramilitarismo se desarrolló con el apoyo directo del ejército colombiano y hace énfasis en las normas legales que permitieron su desarrollo, al mismo tiempo que trata de establecer una diferencia entre los distintos grupos paramilitares –unos son criminales y otros no lo son–; con lo cual sugiere que quien recurrió a las armas en defensa propia, con el apoyo del ejército, amparado por la ley colombiana, y apoyado por la comunidad; no debería ser juzgado como un criminal. Finalmente, la novela *Líbranos del bien* ofrece una perspectiva más rica y compleja del ambiente y las causas sociales que devienen en la formación de la guerrilla y los paramilitares,

sin embargo, en la novela el autor, por una parte, equipara a los paramilitares y a los guerrilleros al afirmar que ambos actúan bajo el precepto de estar haciendo el bien y de recurrir a la violencia para imponer sus ideales; por otra, el autor le atribuye un valor excesivo al odio como factor que explica el conflicto armado colombiano.

En mi opinión el libro de Castaño es el más interesante, no sólo por tratar de relacionar a los paramilitares con un proyecto político antsubversivo, sino también porque algunos de sus principales puntos se repiten en los otros libros, como la relación entre ejército y paramilitares, y porque afirma una idea a la que un sector importante de los partidos políticos de izquierda desconoce y minimiza, y es que el paramilitarismo es una consecuencia de las tácticas de la guerrilla. En contraste con el libro de Castaño, el libro de Mancuso trata de exculpar únicamente a Mancuso, haciendo énfasis en que él actuó con la aprobación de un oficial del ejército y separándolo de otros paramilitares que sí son criminales, y con el tiempo me di cuenta que Salvatore Mancuso tiene publicado el libro de Glenda Martínez en su página web en internet (http://www.salvatoremancuso.com/libro_sm.php). También me parece interesante que, en comparación con el libro de Baute, Castaño da en su libro la versión del conflicto armado desde su perspectiva como político; mientras que Baute ofrece su interpretación del conflicto armado como intelectual; así mientras Castaño busca ganar adeptos para su causa –cosa que no funcionó conmigo–, Baute está tratando de explicar el conflicto armado con base en factores culturales. Por todas estas razones le he dedicado un espacio importante de mi tesis al libro de Castaño.

El tema del paramilitarismo es un tema bastante difícil de abordar, en especial porque el conflicto armado no ha terminado, luego aún es un tema bastante sensible en una sociedad

como la colombiana, pero por otra parte porque dos de los tres paramilitares de los que tratan estos libros –Mancuso y Jorge Cuarenta– aún están vivos. Sin embargo, es preocupante que los tres libros terminen presentando una visión indulgente del paramilitarismo, en contraste con visiones más críticas que existen en otros medios menos comerciales, el caso de la obra de teatro *Quilele* que dramatiza la perspectiva de víctimas de las masacres y los desplazados, montada por el grupo de teatro Varasanta, en esta obra el tema son, precisamente, las víctimas de los paramilitares.

Como posibles desarrollos de este tema cabe mencionar dos: por una parte examinar los otros libros de no ficción que se han publicados sobre los jefes de las AUC y sobre sus miembros, en cierta forma estos tres libros han sido pioneros en sus respectivos géneros. De otra parte, sería bueno compararlos con el imaginario que se ha creado de la guerrilla colombiana en novelas y biografías, como las que han escrito Joe Broderick, sobre Camilo Torres y el ‘Cura Pérez’, dos líderes del Ejército de Liberación Nacional o la de Arturo Alape sobre el líder de las FARC ‘Tiro Fijo’; así como sobre las novelas que recrean la historia de la guerrilla en Colombia.

BIBLIOGRAFÍA

- Aranguren, Mauricio. *Mi confesión: Carlos Castaño revela sus secretos*. 11th ed. Bogotá D. C.: Oveja Negra, 2001. Print.
- Barrios, Satniago. “‘Líbranos del bien’ de Alonso Sánchez Baute.” *Revista semana*. 13 Nov. 2008. n. pag. Web. 16 May 2012.
- “Carlos Castaño Gil.” *Verdad Abierta*. Web. 14 May 2012.
- Castaño, Carlos. *Colombia siglo XXI: las autodefensas y la paz*. Bogotá D. C.: Talleres Colombia Libre, 1999. Print.
- Castillo, Cardona. “‘Líbranos del bien’ es la nueva novela de Alonso Sánchez Baute.” *Cambio*. 2 Nov. 2008. Web. 16 May 2012.
- Castoriadis, Cornelius. *The Imaginary Institution of Society*. Traducción de Kathleen Blamey. Cambridge: MIT Press, 1987. Print.
- Castro, Gremán. “Los paramilitares.” *En secreto*. Bogotá D. C.: Planeta, 1996. Print.
- Civico, Aldo. “No divulgar hasta que los implicados estén muertos”. *Las guerras de “Doblezero”*. Bogotá D. C.: Intermedio, 2009. Print.
- Congreso de la República de Colombia. “Ley 418 De 1997.” *Diario Oficial* Dic. 26 1997: n. pag. Print
- Consultoría para los Derechos Humanos y el Desplazamiento. “Número de desplazados por año.” *verdadabierta.com*. Verdad abierta 2011. Web. 27 en. 2012.
- “Constitución política de Colombia 1991.” n. pag. Print.
- EFE.
- “Semanario un pasquín reveló vínculos entre periodistas y el fallecido paramilitar Carlos Castaño.” *El Mundo* 16 Sept. 2011. Web. 12 May 2012.

“Entrevista a Alonso Sánchez Baute.” *El espectador*. 12 Oct. 2008. Web. 16 May 2012.

Equipo de Verdad Abierta. “Dos veces despojados.” *Verdad Abierta*. 30 abr. 2009. Web. 26 ene. 2012.

Garzón, Iván. “Libranos del bien, de Alonso Sánchez Baute.” Iván Garzón Vallejo. 11 Julio 2010. Web. Abr.2012

González, Herminia. “Reseña.” *Revista Iberoamericana de Antropología* 2.1 (2007): 157–158. Print.

Guillermoprieto, Alma. “Confessions of a Killer.” *The New York Review of Books* 10 Oct. 2002 : 23–25. Print.

Hernández, Salud. “Prólogo.” *Mi confesión Carlos Castaño revela sus secretos*. 11ª ed. Bogotá D. C., 2002. Print.

Jaraba, José. *Confesiones de un paraco*. Intermedio Editores. Bogotá D. C., 2007. Print.

“La senda macabra de Salvatore Mancuso.” *El espectador*. 1 Nov. 2008. Web. 27 Abr. 2012.

Lara, Patricia. “Isabel Bolaños, La Chave, dirigente de las Autodefensas.” *Mujeres en la guerra*. Bogotá D. C.: Planeta, 2000. Print.

---. “‘Libranos del bien’, un libro necesario.” *El espectador*. 30 Sept. 2008. Web. 16 May 2012.

Lee, Harmione. *Biography: A Very Short Introduction*. New York: Oxford University Press, 2009. Print.

Macherey, Pierre. *A Theory of Literary Production*. Translated from French by Geoffrey Wall. London: Routledge & Kegan Paul, 1978. Print.

Martínez, Glenda. *Salvatore Mancuso su vida*. Bogotá D. C.: Norma, 2004. Print.

“Masacre de Chengue, Sucre (Enero del 2001).” *Verdad abierta*. Web. 15 May 2012

“Masacres: la ofensiva paramilitar.” *Verdad abierta*. Web. 15 May 2012.

“¿Quiénes aparecen en la caleta de Mancuso?” *Cambio* feb. 2008. Web. 26 ene. 2012.

Sánchez, Alonso. *Libranos del bien*. 10ª ed. Bogotá D. C.: Alfaguara, 2011. Print.

Sanín, Carolina. “Un libro hospitalario.” *El espectador*. 7 May 2009. Web. 16 May 2012.

Scott Wilson. "True Confessions of a Political Assassin." *Latinamericanstudies.org*. The Washington Post 9 Feb. 2002. C01. Web. 14 Feb. 2012.

"Se cierran 127 procesos penales contra Carlos Castaño." *Caracol.com. co*. Caracol Radio. 5 sep. 2006. Web. 27 Apr. 2012.

Smith, Sidonie, y Watson Julia. *Reading Autobiography a Guide for Interpreting Life Narratives*. 2nd ed. University of Minnesota Press, 2010. Print.

-----, "The Trouble with Autobiography: Cautionary Notes for Narrative Theorists." *A Companion to Narrative Theory*. Malden: Blackwell, 2005. 356–371. Print.

Toncel, Eudes, y Monroy, Silvia. "Para librarnos del 'bien' y entender el mal: un rompecabezas cultural de la guerra en Colombia. Reseña del libro Libranos del bien De Alonso Sánchez Baute." *Revista de estudios sociales* 36 (2010): 150–153. Print.

Ungar, Elisabeth, y Juan Felipe Cardona. "¿Hubo una bancada parapolítica?" *Y refundaron la patria..... De cómo los mafiosos y políticos reconfiguraron el estado colombiano*. Primera. Bogotá D. C.: Corporación Nuevo Arco Iris, 2010. 274. Print.

Unidad de Justicia y Paz de la Fiscalía. "Hechos confesados en versiones libres a julio de 2011." *verdadabierta.com*. Verdad abierta (n.d). Web. 26 Jan. 2012.

Unidad de Justicia y Paz de la Fiscalía. "Hechos documentados por la fiscalía a julio de 2011." *verdadabierta.com*. Verdad abierta (n.d.). Web. 26 Jan. 2012.

Valcárcel, Juan. "Beligerancia, terrorismo y conflicto armado: No es un juego de palabras." *International Law: Revista colombiana de derecho internacional* 13 (2008): 363–390. Print.

Williams, Raymond. *Marxism and Literature*. New York: Oxford University Press, 1977. Print.

"'Yo maté a Carlos Pizarro': Carlos Castaño." *Semana* 10 Sept. 2001. Web. 27 Apr. 2012.